

EL PASTOR

Hermas

(Escrito entre los años 140 y 155)

INTRODUCCION

Este libro, El Pastor, de Hermas, piadoso y curioso lector (una u otra cosa, o, ambas a la vez tienes que ser, cuando has pasado de su título y portada y te ves con ánimos de ingresar a esta Introducción), es uno de los más interesantes, sorprendentes y de más extraña confección que nos legó la remota cristiandad del siglo II, tiempo, en que en verdad, se escribía y hablaba menos de lo que se obraba y vivía, muy al revés del nuestro, por el mal de nuestros pecados. Y si ha de hablarse propia y francamente de libros, este de El Pastor, es el único de los escritos de los Padres Apostólicos que, por su extensión y composición, merece el nombre y categoría de libro; categoría, válgase lo que se valiere, al que no pueden aspirar, ni el esbozo de catecismo de la Didaché, ni la extensa carta I de San Clemente, ni la primera homilía conocida, que es la llamada II Clementis, ni las admirables epístolas ignacianas, palpitantes de sangre enardecida por las ansias del martirio, ni la pulida elocuencia del innominado rétor cristiano que escribe al estoico Diogneto, ni ninguna otra obra, tan interesantes todas por mil conceptos, anterior a los apologistas.

Y este libro, cristiano o curioso lector, que sin grave temeridad puedo afirmar que cae por vez primera en tus manos —en versión española, sin género de duda—;¹ libro que se te hará extraño por su materia y por su estilo, por su fondo y por su forma, fue uno de los más estimados en la antigüedad cristiana, y durante siglos anduvo rondando el canon de los divinamente inspirados, y cabe la palabra divina del Nuevo Testamento durmió, en su texto griego, el largo sueño del olvido en el famoso Codex Sinaítico, que se remonta, como es notorio, al siglo IV, y fue descubierto, con estupor del mundo, por Tischendorf el año de 1859.²

1 Leo en la *Patrologia*, de Basilius Steide, O. S. B. (Friburgi Brisgoviae, MCMXXXVII), pág. II: “Cl. Ricci, BA 1939 (v. hispanica) “. Por desgracia, no conozco esa “v. hispanica”.

2 El *Codex Sinaiticus* sólo contiene una cuarta parte de la obra: Vis. I hasta Mand. IV. 3,6. En cambio, el manuscrito descubierto en el monte Athos, *Athenis*, publicado por el mismo Tischendorf, Leipzig, 1856, la contiene casi íntegra. Parte de la Sim. IX, y la Sim. X íntegra, se conocen aún sólo por la versión latina. El doctísimo oratoriano Andrés Gallandi, en su *Bibliotheca veterum Patrum*, tomo I, Venetiis, 1765, y después de él Migne, P. G., tomo II, publicaron los extractos que del texto griego hizo el autor de la *Doctrina ad Antiochum Ducem*, obra sin valor, que vino a parar entre las de San Atanasio, donde la publicó Monfaucón. Luego se han descubierto otros fragmentos en papiros. Véase A. Puech, *Hist. de la Litt. grecque chretienne*, tomo II.

Como de todos lo afirma el dicho latino, habent sua fata libelli, este de El Pastor tuvo también sus hados, y de libro tenido por divinamente inspirado, fue pasando, en largo ocaso, a libro totalmente olvidado. Sin embargo, el hado que jamás le abandonó fue el de ser un libro discutido, lo mismo en su vida primera, en la antigüedad cristiana, así como en su nueva epifanía de los tiempos modernos. Fue siempre, en verdad, como diría —y dijo— Eusebio el gran historiador de la Iglesia, un antilegónon.

Escrito, como luego diremos más cumplidamente, hacia la mitad del siglo II, los Padres y Doctores de la Iglesia no se cansan de citarlo hasta que se pierde su memoria en las primeras nieblas de la Edad Media. De San Ireneo nos dice Eusebio que no sólo conoce El Pastor, sino que lo acepta como Escritura.³ Clemente Alejandrino⁴ hace largo uso de él en sus Stromateis o Tapices, acepta, sin discusión, bien extrañas opiniones suyas, como la predicación de los apóstoles después de muertos a los justos anteriormente muertos, y hasta la de la única penitencia después del bautismo, y, por lo menos, en un pasaje (Strom. I, 19), le llama libro “divinamente” inspirado. Sigue a Clemente, y aun le supera, en aprecio y estimación de El Pastor, el gran Orígenes, cuyas citas se reparten por varias de sus obras y en muy crecido número. De entre ellas hay que hacer particular mención de su comentario ad Rom. XVI, 14, en que San Pablo saluda nominalmente a varios personajes de la Iglesia romana, entre los que aparece un Hermas. Y comenta Orígenes:

“A todos estos, les dirige un saludo sencillo, y nada insigne se añade en su alabanza. Creo, por mi parte, que este Hermas, de quien aquí se habla, sea el autor del librito que se titula El Pastor, escrito que a mí me parece utilísimo y, a lo que opino, divinamente inspirado...”⁵ Como se ve aquí, y en otros textos de Orígenes se confirma plenamente, que no se trata de una admisión unánime, sino de una opinión personal del gran comentador alejandrino, que no se recata de confesar otras veces que el libro llegaba hasta ser despreciado por otros. El péndulo de las

3 Eus., *Hist. Eccl.*, V, 5; cf. Iren., *Adv. Haer.*, IV, 20. 2. 1

4 Las citas de Clem. Al. son: Strom. 1,17, sobre los falsos profetas; *Pastor*, Mand. X, I. *Ibid.* 19; *Pastor*, Vis. III, 4. Strom. II, I; *Pastor*, Vis. III, 3. *Ibid.* 9, sobre la predicación por los apóstoles a los justos muertos del A. T.: *Pastor*, Sim. IX, 16. *Ibid.* 12, sobre las virtudes que sostienen la Iglesia: *Pastor*, Vis. II, 8, sobre el temor de Dios: *Pastor*, Mand. IV, 2, 3. Strom. IV, 9; *Pastor*, Vis. IV, 2. Strom. VI, 15; *Pastor*, V15. II, I.

5 *In Rom.* X, 31. Migne, PG. XIV, 1282. Las restantes citas de Orígenes son: *Hom.* VIII in *Num.*, con duda sobre su inspiración: *Pastor*, Sim. VI, 4. *Hom.* in *Josua*, la vid y el olmo; *Pastor*, Sim. VI. *Hom. I.* in *Ps.* XXVI, sobre el ángel castigador, con duda de su inspiración: *Pastor*, Sim. VI, 3. *Hom.* XIII in *Ezech.*, los nombres de las doce vírgenes: *Pastor*, Sim. IV, 2, 15. *Comment.* in *Ossee*, VIII, sobre la trabazón de la construcción de la torre; llama al *Pastor he graphe*: *Pastor*, Sim. IX, 9, 15.18. *Comenen.* in *Matth.*, tom. XIV, Opp., tomo II, página 644: *Pastor*, Sim. VIII, 3. *Tract.* XXX. *Comment.* in *Matt.* XXIV. 32, comparación de los árboles secos y verdes: *Pastor*, Sim. III. *Tract.* XXXI in *Matth.* XXIV, 42; *Pastor*, Mand. VI, 2. *Comment.* in *Job* I, 1, sobre la creación *ex nihilo*, citado junto a Mach. 7, 28; *Pastor*, Mand. I. *De Princ.* I, 3; *Pastor*, Mand. I. *Ibid.* II, 2, sobre la creación *ex nihilo*, junto a Mach. 7, 28; *Pastor*, Mand. I. *Ibid.* III, 2, sobre los dos ángeles de cada hombre: *Pastor*, Mand. VI, 2. *Ibid.* IV; 2: “El libro de *El Pastor*, despreciado por algunos”: *Pastor*, Vis. II, 4. *Expl. in epist. ad Rom.* XVI, 14. Copiado arriba. Los textos completos pueden verse en Gallandi, *Bibliotheca...* Tomo I, página 53-54.

opiniones fue haciendo pasar durante varios siglos a El Pastor, del extremo de libro divinamente inspirado al de falsario y apócrifo, pasando por el término medio de los que sólo lo tenían por lectura edificante y provechosa, señaladamente para la iniciación en la fe y piedad cristiana.

Esta posición media representa Eusebio, quien en los comienzos del siglo IV nos atestigua que el libro, cuyo autor identifica también con el Hermas de Rm 16,14, era discutido por unos y tenido en cambio por otros, como muy útil para los que habían de iniciarse en los elementos de la fe. “Por lo cual —dice Eusebio— sabemos que se lee públicamente en algunas iglesias, y he hallado que le citan algunos de los más antiguos escritores”.⁶ Con todo esto, más adelante el mismo historiador pone El Pastor, junto con los Hechos de Pablo y otros, entre los libros decididamente nothoi o espurios.⁷

Por lo decidido de su monoteísmo y alguna idea trinitaria propicia a la confusión, parece que los arrianos quisieron arrimar a su herejía el testimonio del viejo Hermas. Pero el hecho de que San Atanasio tenga El Pastor en tan alta estima, que lo cite por tres veces⁸ justamente en el pasaje de la más rigurosa profesión de fe en Dios uno, prueba que este monoteísmo de Hermas no ofrecía sospechas sobre su fe trinitaria, en verdad no del todo clara y precisa. San Atanasio pone ya a Hermas fuera del canon, pero lo guarda como libro útil para los que “acaban de llegar a la fe y quieren instruirse en la palabra de la piedad”.⁹ Todavía, sin embargo, está ahí igualado El Pastor con la Sophia de Salomón.

Entre los latinos, si no fue tan próspera la fortuna de El Pastor como entre los griegos, tal vez haya, no obstante, que tomar con alguna reserva la afirmación de San Jerónimo de que fuera casi desconocido.¹⁰ San Agustín, en efecto, no lo conoce. Sin embargo, la existencia de dos versiones latinas, una de las cuales debió de seguir muy cerca la aparición del original, pues la conoce ya Tertuliano, y las no escasas citas por escritores latinos, prueban que también el occidente se edificó y recreó en las suaves visiones y enseñanzas de Hermas, que, al cabo, escribió en Roma.

El primero, pues, que entre los latinos alega El Pastor y justamente como Escritura, es el ya mencionado Tertuliano, antes de pasarse al montanismo.¹¹ Montanista, ya y separado de la

6 *Hist. Eccl.*, III, 3.

7 *Ibid.*, III, 25.

8 Athan., *De. Inc. verbi Dei*, 3 y 18, y en la *Epíst. ad Afros episc.* 5: *Pastor*, Mand. I.

9 *Epíst. Festalis*, de hacia 367, *sub finem*.

10 *De vir. inl.*, X. El testimonio de San Jerónimo depende de Eusebio (*Hist. Eccl.*, III, 3) ; sin embargo, debió de leer por sí mismo también *El Pastor*, como veremos luego.

11 *De or.*, XII: “Hermas ille, cuius scriptura fere *Pastor* inscribitur”.

Iglesia, le anatematiza como “Pastore moechorum”, que, como tal, tenía que defender a la grey de los impúdicos. La idea de una “segunda penitencia” saca de quicio a este abogado africano, que no puede oír hablar de la bondad de Dios. El Pastor, dice, es la escritura quae sola moechos amat. Libro tenido por apócrifo y falso por todas las iglesias, “aun las vuestras”, les dice a los católicos. El pseudo Cipriano De Alcatoribus¹² cita también El Pastor como Escritura. San Jerónimo, que, cuando copia a Eusebio, todavía llama al Pastor libro útil y le cita alguna que otra vez,¹³ lo marca a fuego en otra ocasión, “como libro necio”, por su idea, extravagante desde luego, de poner al ángel Thegri al frente de las fieras.¹⁴ Finalmente, en su famoso Prólogo galeato, lo expulsa del canon, si bien todavía sale El Pastor en la honrosa compañía de la Sapientia Salomonis, el libro de Jesús, hijo de Sirach, y los de Judit y Tobías.

El fin de la antigüedad cristiana marca también el ocaso del valor y boga de El Pastor. Aun le cita Casiano¹⁵ a propósito de la doctrina de los dos ángeles que acompañan a cada hombre, y le refuta San Próspero de Aquitania, objetándole que “no tiene autoridad ninguna el testimonio tomado de El Pastor”.¹⁶ También se acuerda de él San Beda Venerable, a propósito, igualmente, de los ángeles custodios, y hacia el 530, el autor de la vida de Santa Genoveva,¹⁷ pero ya Juan Sarisburiense confiesa no saber si El Pastor se conserva en alguna parte, y se remite al testimonio de San Jerónimo y de Bea. Sin embargo, en el siglo IX, Sedulius Scotus¹⁸ aun comparte la opinión de Orígenes de identificar al autor del Pastor con el Hermas de Rm 16,14, y tiene por inspirado el libro, no obstante haberle expulsado definitivamente del canon el decreto gelasiano, o sa Decretum Damasi, en el concilio romano de 382.

Hasta 1856, en que Tischendorf publicó el texto griego del manuscrito del monte Athos (Athensis), El Pastor no era conocido más que en la versión latina que publicó por vez primera, París, 1513, Lefebvre d'Étaples, en su Liber trium virorum et trium spiritualium virginum. Es la llamada versión vulgata. De la impresión aparecida en 1672 deriva, principalmente, la del doctísimo

12 Ed. Hastel, tomo III, p. 96.

13 *Comment. in Osee*, ad VII, 9.

14 *Comment. in Habacue*, ad 1, 14: “Ex quo liber ille apocryphus stultiae damnandus est in quo scriptum est quendam angelum nomine Tyri praese reptilibus”. Cf. *Pastor*, Vis. IV, 2. Sin duda, San Jerónimo cita de memoria.

15 *Collationes*, VIII, 17s *Pastor*, Mand. VI, 2.

16 *Cotra Collatorem*, cap. XXX.

17 *Apud Bollandum*, 3, januarii: *Vita sanctae Genovefae*, IV, 15. Cita la enumeración de las virtudes de la Sim. IX, 2 y 15 El autor de la *Vita* sigue la versión latina llamada Palatina.

18 *Collect. ad.*, Rom. XVI, 14. Citado por Bareille, DThC, 6.

Gallandí,¹⁹ con los extractos de la Doctrina ad Antiochurn ducem, y de esta, la de Migne. Como queda indicado, hay otra versión latina, dicha palatina, de manuscrito del siglo XIV, del fondo palatino del Vaticano.²⁰ Digamos, finalmente, que existe también una versión etiópica, que depende del texto griego, puesta en latín por Antonio d'Abbadie en 1860, y algunos fragmentos de otra copta. Testimonio todo ello de la universal difusión de El Pastor. Y en qué concepto se le tuviera por aquellas remotas tierras, lo prueba la anotación final que pone en su labor el traductor etiópico: Finitae sunt visiones et mandata et similitudines. Hermae, qui est Paulus. Hermas, pues, se identifica con San Pablo. Difícil era subir más alto. Tales son, algo someramente contados, los sucesos externos de este un día famoso librito El Pastor, de Hermas. Ya es hora de adentrarnos por sus páginas y enterarnos de su historia interna. ¿Quién es, ante todo, este Hermas, que suena tan a secas y de tal modo se ha pegado al título de su obra que vino a confundirse a veces con él y no todos le distinguen aun hoy día? El descubrimiento por el doctísimo L. A. Muratori del célebre fragmento que lleva su nombre y fue por él publicado en 1740, invalidó desde todo punto la opinión de Orígenes, de quien depende Eusebio y San Jerónimo, que identificaba al autor del Pastor con el Hermas, a quien da recuerdos San Pablo al final de su carta a los romanos. El presbítero romano que redacta en bárbaro latín la lista de libros canónicos del Fragmento Muratoriano, pudo estar mejor enterado que un alejandrino sobre el autor de una obra, escrita indudablemente en Roma, en sus mismos días, por un personaje nada oscuro para la Iglesia, como hermano que era del obispo de la propia ciudad de Roma. Dice el testimonio:

*“En cuanto al Pastor, muy recientemente, en nuestros tiempos, lo escribió Hermas, en la ciudad de Roma, sentándose, como obispo, en la silla de la ciudad de Roma, Pío, hermano suyo. Por lo tanto, conviene ciertamente que se lea; pero no que se publique en la Iglesia para el pueblo, ni entre los profetas, como quiera que su número está completo, ni entre los apóstoles, por haber terminado su tiempo”.*²¹

El Fragmentum Muratorianum, a la vez que nos da el sentir de la Iglesia romana, hacia el 180, sobre la autoridad del Pastor, nos ofrece un punto de apoyo cronológico seguro para la

19 *Bibliotheca veterunz Patrum...* cura et studio Andreae Gallandii, presbyteri congragationis oratorii, Venetiis, 1765, tomus I.

20 Ediciones críticas de las dos versiones: *Vulgata*, Leipzig, 1873, por Hilgenfeld: *Palatina*, Berlín, 1837 y 1863, por Dressel, y Berlín, 1858, por Hollenberg.

21 He aquí el texto latino: *Pastorem vero nuperrime, temporibus nostris, in urbe Roma Hermas conscripsit sedente cathedre urbis Romae ecclesiae Pio episcopo frater eius: et ideo legi eum quidem oportet, se publicare vero in ecclesia populo neque inter prophetas completo numero, neque inter apostolos in fine temporum potest.* Del *Enchirion f. hist. Ecc. antiquae*, 1941, pág. 95. Herder.

*inteligencia de la obra y, a través de ella, de su autor: el pontificado del Papa Pío, que se coloca de 141 a 155. Nos hallamos, pues, al abrir El Pastor, en plena cristiandad romana de mediados del siglo II. Cristiandad todavía de los tiempos heroicos de persecución y martirio, pero ¡qué lejos ya de aquella comunidad escogida de “llamados de Jesucristo, amados de Dios todos cuantos eran en Roma, llamados santos”, a la que saludaron San Pablo, iba para cien años, en el pórtico grandioso de su no menos grandiosa carta a los romanos!²² Si ya el Apóstol pudo ponerlos en guardia, en una posdata apremiante, contra los que fomentaban las “disensiones y escándalos, sirviendo antes a su vientre que a Nuestro Señor Cristo, y embaucaban con sus charlatanerías a los sencillos,²³ disensiones, escándalos, timos, doctrinas y vicios de todo género habían ahora brotado como maleza lujuriente en el campo del padre de familia. Junto a los mártires, había también apóstatas y traidores; junto a la pureza de las vírgenes y la modestia y austeridad de la madre cristiana, flores nuevas traídas por Jesús al mundo, y que sólo brotan al calor de su gracia y amor, germinaban también las malezas de ciénaga del adulterio, impureza y disolución. La especulación malsana apuntaba ya también y junto a los sencillos, los enteros y de una sola pieza, para quienes la fe y la vida cristiana se cifraba en una íntima aceptación y movimiento casi natural del alma, estaban los dobles, los vacilantes, aquellos a quienes la duda y la incertidumbre desgarraba y dividía el alma. El Pastor los tiene a cada momento delante y los señala con la palabra, de difícil traducción, de *dipsychoi*, los de alma doble. Había también cambiado la composición de los miembros de la comunidad. Tal vez por este tiempo, no pudiera ya decir San Pablo a los romanos lo que les decía en su carta a los corintios.²⁴ En la Iglesia de Roma, junto a la gentecilla humilde, que a nada tenía que renunciar porque nada poseía en este mundo, había cristianos poderosos y ricos, con magníficas casas y posesiones, que les hacían fácilmente olvidar que no es esta la ciudad permanente y la patria verdadera; gentes orgullosas que se desdeñaban de vivir con “los santos”, pareciéndoles más grata la vida con los paganos; creyentes tibios, que se pegaban de tal modo a los bienes de la tierra, que al solo nombre de persecución renegaban del Señor y sacrificaban su fe a sus tratos y riquezas. Y menos mal, si sólo los miembros fueran atacados de tan graves dolencias. No siempre, ni todas las cabezas estaban sanas. No faltaba algún apóstata*

²² Rm 1, 6-7.

²³ Rm 16, 17-20.

²⁴ 1 Co 1, 26.

entre los dirigentes de la Iglesia; tal cual “diácono”, ministro, administrador, había dejado deslizar a su propio bolsillo lo que se le dio para bien de viudas y huérfanos. La ambición por los primeros puestos y “por cierto honor”, es decir, el episcopado, sembraba la disensión y perturbaba la paz y concordia de los llamados a dirigir al pueblo cristiano. No faltaban entre ellos ignorantes. “¿Cómo pretendéis instruir a los demás, si no tenéis vosotros instrucción”, les dice la Iglesia, en El Pastor (Vis. II, 9). Por este tiempo, finalmente, llegan a Roma los primeros maestros de la gnosis, si bien los que los siguen e imitan de entre los fieles son todavía, para El Pastor, más bien necios que malvados, prueba de que no había aún venido la ruptura con la Iglesia. Por otra parte, el fin de los tiempos no podía estar lejos. Tal vez se desencadenaría de pronto una gran tormenta de sangre, como algunas que habían ya estallado y de cuyos estragos tanta huella quedaba en las almas, y después de ella todo terminaría. El Señor vendrá a establecer su reino entre sus escogidos.

En esa cristiandad romana, pues, de hacia 140, hemos de poner a Herma, testigo a la vez y actor de ella.

Se ha puesto en duda la realidad de los datos que Herma nos da sobre sí mismo en El Pastor, por tratarse de una obra de estilo apocalíptico o profético, que frisa, ciertamente, con la poesía y la novela. El profeta o vidente, lo mismo que el poeta, nos puede relatar que fue arrebatado por el espíritu a un paraje inhóspito, escarpado y cortado por aguas torrenciales, sin que se moviera de su casa; o que vio una enorme fiera tendida en el camino, sin más que prolongar desmesuradamente el cuerpo del propio can que le acompañara. Todo ello calza en el género literario que El Pastor, muy mesuradamente, por cierto, representa y continúa. Pero justamente por lo que tienen de prosaico, por el tono de ingenuidad con que se nos relatan, por el contraste que ofrecen con todo lo apocalíptico y visionario, creo que hay que aceptar confiadamente los datos que Herma nos da de su persona. Según eso, Herma, de niño o joven, fue vendido como esclavo a una señora cristiana, por nombre Roda, residente en Roma. Con esta noticia, justamente, se inicia El Pastor, que toma así, hablando a lo moderno, un aire de novela autobiográfica. Herma parece ser de origen griego, tal vez de aquella Arcadia, donde sitúa él una de sus visiones, (Sim. VIII) puesta, sin embargo, entre las Parábolas o comparaciones. Un recuerdo de ternura de los montes y valles de su infancia le traslada un día al paisaje de Arcadia, que él transfigura proféticamente y simbólicamente en su libro. Ciertamente que hay en este un sentido práctico, una preferencia por lo

moral sobre lo especulativo y hasta no sé qué sabor comercial y burgués que nos inclinaría a ver en Hermas a un auténtico romano; pero no faltan rasgos, más finos e íntimos, que nos permiten descubrir, bajo todos los estratos de trivialidad moral y práctica de la vida que pudo acumular la estancia y afincamiento en suelo romano, a un alma genuinamente griega. Ante todo, la lengua. Con todo su griego popular, tal como se hablaba por las plazas y mercados de Roma y en la intimidad de la comunidad cristiana, que era una isla de helenidad en el corazón mismo del Imperio; con toda su incorrección y descuido de estilo, ajeno en absoluto a los refinamientos aticistas de la época, todavía percibe Hermas matices de la lengua griega, que delatan en él al heleno de nacimiento,²⁵ si bien ajeno de toda formación literaria. Ciertamente que el género profético o apocalíptico que Hermas cultiva no tiene que ver con el espíritu clásico, tan enamorado de la claridad, de la medida y de la armonía, en el pensamiento, lo mismo que en la palabra. Sin embargo, nada hay en Hermas de desmesurado y enorme, si se exceptúa la fiera que se le aparece en la Vis. IV, que simboliza la próxima persecución. Si Hermas se formó en la lectura de Ezequiel, de Zacarías y del Apocalipsis de San Juan —aparte de la literatura apocalíptica apócrifa, tan exuberante en el tiempo—, prueba es de su espíritu griego no haber dejado filtrarse en su obra más que visiones suaves, alegorías traslúcidas y hasta cuadros idílicos, donde aún ríe la naturaleza de Italia; pero, sobre todo, brilla y lo ilumina todo la pureza cristiana. ¿Y no será también permitido ver un rasgo de espíritu helénico —pero del más puro, del más viejo, de aquel que oyó en un hexámetro homérico la risa inextinguible de los dioses felices—, esa perenne alegría que no sólo acompaña siempre a Hermas, risueño siempre e incapaz de irritarse, sino que figura entre las virtudes cristianas y es objeto de un mandamiento particular y apremiante de El Pastor? ¿Y quién no ve el abolengo griego de la inteligencia contada también como virtud y su identificación con la propia penitencia? “Yo —le dice el ángel a Hermas— estoy al frente de la penitencia, y a todos los que se arrepienten les doy inteligencia. ¿O es que no te parece que este mismo arrepentirse es inteligencia? Sí, me dijo, el arrepentirse es una inteligencia grande...” (Mand. IV, 2). En realidad, la penitencia no traduce la metánoia griega, cuya raíz, como la del espíritu griego entero, es un acto

25 A. Puech, *Hist. de la littérature grecque chrétienne*, II, pág. 95. Al mismo Puech sigo en los demás rasgos que creo demuestran el espíritu griego de Hermas, contra Leclercq, que tiene a Hermas por totalmente ajeno a la cultura griega, y no admite en él sino formación judía y cristiana.

de inteligencia.²⁶

Sea lo que fuere de su origen primero, no muy esclarecido, puesto en libertad por la bella y amable Roda, Hermias se dedica al comercio y se enriquece, quizá con no muy buenas artes, pues él nos confiesa humildemente que en sus tratos y negociaciones seculares jamás había dicho la verdad, encontrando la habilidad, sin embargo, para que por tal pasaran sus mentiras. Se casó; pero su mujer, que era de lengua suelta, y sus hijos, que salieron unos calaveras, solo le dieron disgustos. Hermas se arruinó. ¿Fue debido a los desórdenes de sus hijos? ¿Fue por confiscación de sus bienes en la persecución de Domiciano, el año 96? Él nos dice que fueron los propios hijos quienes denunciaron a sus padres por cristianos. No es fácil señalar la ocasión y pudo ser o en período de persecución oficial y violenta, o en cualquier momento del estado general de incertidumbre en que, aun en períodos de relativa calma, vivían los cristianos, desde que el rescrito de Trajano (año 112) los dejó a merced de cualquier acusación. El caso fue que la tribulación, la pérdida de la riqueza y los disgustos de familia, vuelven a Dios a Hermas, “Los ricos —le dirá luego el ángel— son las piedras redondas que no hay manera de encajar en la construcción de la torre, si no se les recorta y tira algo de su riqueza. Por ti mismo puedes, ante todo, darte cuenta, pues fuiste también de esas piedras” (Vis. III, 6).

Y aquí es donde Hermas empieza su vida nueva, de la que surgirá su obra de El Pastor. Porque este libro, que durante siglos fue del interés y edificación de la Iglesia, y que ahora vuelve a vivir, por lo menos en cuanto al interés y discusión de los eruditos, no hubiera jamás vivido, si no tuviera él una vida suya propia, que no pudo venirle sino de la vida de su autor. Su autor fue pecador; la familia de este fue también pecadora, levemente quizá la madre; pero los hijos se habían manchado no sólo con todo género de disoluciones, sino con el crimen de la apostasía y la infamia de la denuncia de sus propios padres. En este caso o semejante se encontrarían centenares o miles quizá de fieles de la Iglesia romana; unos, que desfallecieron ante la persecución; otros que, en período de paz, se dejaban arrastrar por tanto peso de miseria como ya de suyo lleva la naturaleza humana, y vivían muy por debajo del ideal cristiano, desesperados ya de sí mismos y de su vida, según frase del Pastor. Hermas había hallado, sin duda, la paz, la alegría y el rejuvenecimiento

²⁶ *Paenitet*, significa “tener falta de”, “no estar contento o satisfecho de”; de ahí se pasa a “tener pena de” y tiende a relacionarse *paenitt* con *poena*, de distinta raíz, y a escribirse *poenitet*. Hernout, *Dictionnaire etymologique de la langue latine*. París. 1932, s. u. p. 687. He aquí cómo las palabras tienen su raíz última en la raíz misma del espíritu.

de su espíritu por la sincera conversión a Dios. ¿Por qué no pensar en plasmar la misma gracia para toda la Iglesia? Era, sin duda, necesaria una intervención divina, porque lo que Hermas iba a pregonar era algo que se salía de todo lo normal y corriente en aquellos días de la Iglesia, en que ni la noción del pecado ni los medios para perdonarlo se habían precisado aun suficientemente en las mentes de todos: “He oído decir —le dice Hermas al Pastor— a ciertos maestros que no hay otra penitencia sino aquella de cuando bajamos al agua y recibimos la remisión de nuestros pecados pasados”. “Has oído bien —le contestó el ángel—, pues ésa es la verdad; porque quien una vez recibió el perdón de sus pecados, no debiera pecar más, sino vivir en pureza”.

¡No debiera pecar más! Esa es la verdad; pero sólo una verdad ideal; la realidad era muy diferente y el pecado mostraba su fea y fiera faz por donde quiera que se volvía la mirada en la Iglesia. Hermas ha meditado largamente y ha visto claro estos dos puntos, base y fundamento sobre que, en definitiva, se asentará todo el sistema penitencial y en que apoya él su mensaje: Dios es misericordioso, y el hombre, frágil y pecador. “Como sea el Señor conocedor de los corazones y previsor de todas las cosas, previó también la flaqueza de los hombres y la astucia del diablo, que había de hacer mal a los siervos de Dios y ensañarse con ellos. Siendo, pues, mucha su misericordia, tuvo lástima el Señor de su criatura y estableció esta penitencia, y me dio a mí la potestad de ella.”

Quizá después de mucho orar, llevado tal vez de un auténtico impulso divino, como hombre que se siente portador de un mensaje del cielo a sus hermanos, o quizá también después de pensarlo muy en frío y echando mano de la forma admitida de la revelación o apocalipsis, Hermas, por su cuenta y riesgo, sin que por ningún lado se vea su conexión o dependencia con la autoridad jerárquica de la Iglesia, a la que más bien fustiga y llama a la conversión,²⁷ se decide a proclamar esta penitencia, la suya, el perdón y jubileo general de todos los pecados cometidos hasta el momento. Esta penitencia apocalíptica, jubileo preparatorio para la venida del Señor, que está próxima —la torre, que es la Iglesia de los escogidos, no puede tardar en terminar de edificarse— no podrá repetirse, pues ni ocasión habrá para ello, dada la proximidad de la parusía. Pero esta penitencia, para cuya concesión ha sido preciso poner en movimiento cielo y tierra, y cuya proclamación en la Iglesia ha requerido una revelación particular a un profeta, no puede en manera

²⁷ Entiéndase a las personas que ejercen esa autoridad, pues Hermas no discute jamás la legitimidad de la autoridad, sino la conducta de sus representantes. Un profeta no es un rebelde.

alguna confundirse con la penitencia ordinaria, cuyo poder tiene la Iglesia, y cuya profunda razón de ser —misericordia divina y miseria humana— con tanta precisión señala el mismo Pastor, ángel de la penitencia. La penitencia de Hermas —esta penitencia, como él mismo precisa— no tiene que ver ni con el sacramento de la penitencia de que jamás habla, ni con el proceso canónico que por entonces ya, o poco más tarde, establece la Iglesia para la reconciliación de los pecadores. La metánoia es, en definitiva, la conversión, y entraña un cambio, un giro en redondo de la vida. La limitación a una sola vez y a los que pecaron antes de proclamarse esta gracia, se explica suficientemente por la preocupación escatológica de Hermas. Hay que convertirse antes de que se termine la torre, y el tiempo en verdad apremia.²⁸ Justamente porque después de escrita la Vis. III y promulgada la penitencia, el mundo se empeñaba en no acabarse tan pronto como soñó el vidente, no tiene este otro remedio que interrumpir por un tiempo, en la Sim, IX, la construcción de la torre y dar lugar a que se conviertan los pecadores reacios.²⁹

Entendida la penitencia en su sentido pleno de conversión, se comprende bien que en torno a ella haga girar Hermas todo su libro y sea esa idea la que da unidad a sus partes un tanto heterogéneas: Visiones, mandamientos y parábolas.

Pero si el libro surgió del hecho primordial de la conversión del propio Hermas y del ardiente deseo suyo de convertir a su familia y juntamente a todos los que en la Iglesia necesitaban convertirse, y en torno a la conversión o penitencia gira todo él, no es solo el aspecto del alma de autor, que El Pastor nos revela. Como pecador que fue, supo ahondar en el misterio de la misericordia infinita y quiso transmitir a los demás su mensaje de confianza. El éxito del libro prueba que otras muchas almas se hallaban en su mismo caso,

Pero, además, corre por todo él como un aire de alegría, que no era de esperar en una llamada general a la penitencia, cuando se cree que el mundo está para entrar en los estertores de la agonía. Esa alegría sale del alma misma de Hermas. La risa le acompaña siempre, y él se presta a los personajes que se le aparecen del otro lado del mundo. Roda, desde el cielo, le reprende, cierto, el mal pensamiento que sobre ella tuvo Hermas; pero lo hace riendo (Vis. I, 1). La anciana, representación de la Iglesia, se sorprende de no hallarle risueño, como de costumbre (Vis. I, 2), y después de su lectura apocalíptica, se retira alegre del lado de Hermas, diciéndole: “Hermas, sé

28 Sim. IX, 5, 1.

29 Vis. III, 7, 9.

hombre". (Vis. I, 4). *La Iglesia sonríe al mirar a Hermas y mostrarle las virtudes que sostienen la torre, que es la misma Iglesia (Vis. III, 8). La tristeza envejece al espíritu. La tribulación arroja la tristeza y angustia del corazón, como el fuego purifica al oro de su escoria. La paciencia es alegre. El Espíritu Santo que habita en el hombre quiere servir a Dios con alegría. Los mandamientos de Dios están puestos para alegrar el corazón del hombre. Un mandamiento íntegro, de los doce que El Pastor da a Hermas, tiene por objeto la alegría: "Quita de ti la tristeza, porque esta es hermana de la duda y de la impaciencia..." (Mand. X, 3). "Revístete de la alegría, que halla siempre gracia delante de Dios y es acepta ante él, y ten en ella tus delicias. Porque todo hombre alegre, obra y piensa el bien y desprecia la tristeza. En cambio, el hombre triste obra mal en todo..." (Mand. X, 3). De aquellas doce vírgenes, tan helénicas como cristianas, que tan amable acogida le dan al buen Hermas la noche que pasa con ellas, y cuyos nombres, junto al del Hijo de Dios, ha de llevar todo el que quiera entrar en el reino de Dios, una es la Alegría ,(Sim. IX, 15). Insisto en este rasgo, que en verdad sorprende en un libro apocalíptico, no sólo porque, sin duda, hay todavía en este siglo XX cristiano más de un alma a la que hay que llevar el mensaje e imperativo de ¡más alegría!, sino porque me place hallar un texto que refuta la afirmación de un famoso historiador de la literatura griega que califica al período cristiano "como un mundo en que se había olvidado la risa".³⁰*

Y es que Hermas era un alma suave, nacida para la contemplación y el amor. Contempla la naturaleza y magnifica a Dios por lo grandes y bellas que son sus criaturas. Y como la contempla can ojos de fe, la transfigura y sublima al plano de las representaciones de lo espiritual y divino. Unos árboles sin hojas en invierno, en que no se distingue cuáles están secos de veras y cuáles han de reflorar en primavera, son para el contemplativo Hermas el símbolo de este mundo, que es invierno en que se confunden y mezclan justos y pecadores. El mundo venidero será la primavera que los distinguir . Otra vez se para y contempla cómo trepa una vid por entre las ramas frondosas y estériles de un olmo, y el  ngel viene a explicarle la bella comparación del pobre y el rico, que han de enlazar y entrecruzar su acción —espiritual el pobre, poderoso por su oración ante Dios, y material el rico, administrador de los bienes de Dios—, para mutuamente apoyarse

30 La frase es de Wilamowitz-Moellendorff. De antiguo me impresionó una página de Menéndez Pelayo que he releído ahora, aquella en que, a propósito de Tirso de Molina, religioso y poeta cómico, dice el Maestro : "No había entrado aún en los ánimos —en el siglo de Tirso— esa apocada y vil tristeza, ese pesimismo feroz que algunos consideran como el único signo del creyente. La devoción continuaba siendo alegre, confiada y española", etc. Véase *Estudios y Discursos de crítica literaria*, III, página 68. Ed. del C. S. I. C., 1941.

y sostenerse. Luego vemos al siervo, inteligente y trabajador, que cerca y limpia la viña, y así de otros tantos rasgos que suponen una observancia directa y amorosa de la naturaleza por un alma que tiene además iluminados los ojos del corazón. Hay aquí una genuina poesía, reflejo en parte de la divina y nunca superada poesía de las parábolas evangélicas, tanto más sabrosa cuanto más ingenua y ajena a todo artificio literario. Como nota bien Bioissier,³¹ Hermas inicia el simbolismo cristiano, de tanta trascendencia en la historia literaria, como que habrá de desembocar, pasando por Prudencio, en la Divina Comedia, de Dante, y en los Autos, de Calderón de la Barca. Claro, que el camino por recorrer es todavía largo...

Hermas es además un tierno. Ama a los niños y los pone no sólo por modelos de quienes han de entrar en el reino de Dios, como ya los pusiera Jesús, sino como los primeros ante Dios. La mujer es también objeto de predilección de Hermas, si bien en su obra no hay rastro de sensualidad y no pasa de una “frase” decir, como Leclerq, que Hermas las amaba a todas, excepto a la suya. Si esta le dio más de un disgusto, a procurar su conversión se dirige ante todo su revelación, y del ángel recibe mandato —que sin duda cumplió— de recibirla como a una hermana y no guardarle rencor alguno de lo pasado. El Pastor se abre con la deliciosa escena de Roda, la antigua ama de Hermas, hermosa y buena, que él hubiera deseado por esposa, y se cierra casi con el no menos delicioso idilio de las doce vírgenes, en cuya compañía pasa Hermas una noche, en que se siente rejuvenecido y que luego nos enteramos son doce bellas y amables virtudes.

*Lo que en verdad no fue Hermas, ni por asomo, un especulativo, un teólogo. Habla de Dios, pero en verdad que lo hace a la buena de Dios, para desesperación de los verdaderos teólogos, a quienes desconcierta en más de un punto de su libro. Pero tal vez la culpa la tengan estos mismos teólogos que se atienen demasiado a lo que suenan las palabras, y donde ven *hagion pneuma* meten todo lo que ellos piensan y saben del Espíritu Santo, cuando es muy posible que Hermas no supiera nada. Ciertamente que había oído que había un Espíritu Santo y sabía muy bien que el Hijo de Dios había venido al mundo y tuvo que trabajar y sudar en la obra de limpiar la viña, cuyo trabajo, le encomendara su Padre; pero en qué relación personal estuviera ese Espíritu con el mismo Padre y con el Hijo, es muy probable que jamás se detuvo Hermas a pensarlo; y así, para él, el Espíritu Santo viene a significar poco más o menos lo mismo que la divinidad. Imprecisión enorme*

31 *La fin du paganisme*, tomo II, pág. 10.

de términos que ahora hace devanarse los sesos a quienes pretenden concertar con la ortodoxia una proposición como esta: “El Hijo de Dios es el Espíritu Santo”. Lo mismo hay que decir del concepto —mejor dicho, falta de concepto— que Hermas tiene de la Encarnación. El Espíritu Santo, según él, habitó en la carne que Dios escogió para morada suya. Esta carne sirvió fielmente, sin mancha y sin reproche, al espíritu y fue por Dios levantada a ser coheredera con el Hijo de Dios, que es el mismo Espíritu. ¿Es que no tuvo Hermas fe en la Trinidad de Dios, cuando tan enérgica y precisamente formula su fe en la Unidad? No es que no tuviera fe, sino que su fe no había alcanzado la precisión y claridad que, aun dentro de la Iglesia, había de tardar siglos —¡y qué siglos de polvareda de combate!— en alcanzarse.

Otro tanto habría que decir de la doctrina de los ángeles, confusa a veces y fantástica con frecuencia. Fantástica es también la teoría de Hermas, que recogió Clemente Alejandrino, pero no halló eco en los Padres, de que los justos del Antiguo Testamento tuvieron necesidad de recibir “el sello”, es decir, el bautismo, y que, por ende, hubieron de bajar, después de muertos, los apóstoles a predicarles al Hijo de Dios y bautizarlos.

De la Iglesia, en cambio, tiene Hermas ideas magníficas y bellas.³² Ella forma el centro del Universo y la razón de ser de la creación. Ella se aparece en las primeras visiones a Hermas y le da los primeros mensajes de penitencia. Como madre, se dirige a todos en una alocución o exhortación que Hermas pone en sus labios y que no carece de vida y elocuencia. Está simbolizada por una torre que construyen los ángeles, cuyas piedras representan los diversos órdenes de fieles que la integran, desde los apóstoles, obispos, maestros, ministros, mártires y justos, hasta los mismos pecadores, piedras rechazadas temporalmente, que pueden volver a la construcción por la penitencia. Habría que transcribir todo El Pastor si quisiéramos puntualizar cuanto Hermas nos dice de la Iglesia, pues ella, directa o indirectamente, lo llena todo. ¿Cómo no, si es ella, en dicho audaz de San Pablo, la plenitud, pléroma, de quien todo lo llena? Cuando la Iglesia personificada desaparece de la escena, ella es quien le envía al ángel en arreos de pastor, que termina la instrucción de Hermas. En las comparaciones o parábolas, la Iglesia vuelve a ocupar otra vez el

³² Sobre esto hay una “tesis presentada para el doctorado en el curso académico 1933-1934 por el presbítero Cástor Alverte Nieves, en la Facultad teológica de Comillas”. Me complazco en citarlo, por ser el único trabajo español sobre *El Pastor* que ha venido a mis manos. Ahora bien, no se me ocurre por qué en una tesis no pueda escribirse algo amenable. ¿No son tesis las que formula y defiende aquel teólogo poeta que escribió *Los Nombres de Cristo*? Pero cualquiera habla ahora de poesía a ciertos señores teólogos. Por lo demás, creo que la idea de Iglesia triunfante es ajena a Hermas. La torre es la Iglesia de “los santos”, pero de este mundo. Los pecadores pertenecen también a la Iglesia, como piedras que pueden entrar, por la penitencia, en la construcción de la torre.

centro del libro, sobre todo en aquella magnífica Sim. IX, en que rehace en cierto modo la comparación de la torre, que se construye ahora sobre la roca viva del Hijo de Dios. Bien vale la pena atravesar, en lectura más de una vez fatigosa, el largo pedregal de esa comparación de los doce montes de Arcadia, para llegar, poco después del idilio nocturno de las doce vírgenes, a la magnífica explicación del misterio de la puerta por donde se entra a la Iglesia, reino de Dios en la tierra y en la eternidad: “¿Viste cómo las piedras que entraron por la puerta fueran colocadas en la construcción, y las que no entraron por ella fueron rechazadas? Pues de este modo nadie entrará en el reino de Dios, si no toma el nombre del Hijo de Dios” (Sim. IX, 12).

Pero cabe preguntar: ¿Qué era el mismo Hermas dentro de la Iglesia? La respuesta no ofrece, a mi ver, ninguna duda: un simple fiel cristiano, pecador primero, piedra redonda de riqueza que hubo que recortar para encajarla en la torre, y convertido después por sincera penitencia. Se ha querido hacer de él un presbyteros, un anciano de la Iglesia romana, como lo fue su hermano Pío; pero no hay razón convincente para ello. Su ausencia de formación teológica, el mismo hecho de no escribir ni una sola vez en su obra el nombre de Jesús, a quien sólo vagamente llama siempre el hijo de Dios, ¿son compatibles con una piedad sacerdotal, por muy remota que la supongamos del fuego de un Pablo o Juan? Fue, sí, un profeta, es decir, un hombre que se sintió movido en un momento de su vida por el Espíritu para llevar un mensaje de reforma moral a la Iglesia; pero el profeta no entraba por sí mismo en el cuadro fijo de la jerarquía de la Iglesia, a la que, en definitiva, incumbía la inspección y vigilancia del mismo profeta. El Pastor, siguiendo la tradición ya vieja de la Didaché, da testimonio de ello. Y aquí tiene el pío, curioso y paciente lector este viejo libro del segundo siglo cristiano, que puede todavía edificar a la Iglesia, en aquel sentido en que él mismo habla tantas veces de construcción de la torre de los elegidos de Dios. Edificarnos y recrearnos, por poco gusto y sabor que guardemos en esta nuestra edad de complicaciones y sustitutivos —aun en lo divino— por lo sencillo, lo ingenuo y primero, lo que, como de los niños creía Hermas, está más cerca de Dios; sencillez suma y primer principio de todo. Lo que se escribió con ingenuidad, con ingenuidad debe ser leído. Lo que salió del alma sin pasar por los alambiques de ningún género de retórica, sin alambicamiento quiere ser también gustado y sentido, y tal es El Pastor de Hermas. Los entendidos nos aseguran que este libro recuerda el arte cristiano de las Catacumbas, y yo lo creo sin dificultad. Pero me imagino que el arte de las Catacumbas ha de exigir, como mínimo requisito, que se entre o baje a ellas para contemplarlo. Y El Pastor de

Hermas nos exige que nos traslademos a los días de la Iglesia —días justamente de Catacumbas— y entremos en el alma de quien lo escribió y en las de aquellos para quienes fue escrito, y no cometamos el error tan frecuente de sustituir la de ellos por la nuestra. Ahora bien, ¿puede haber nada tan delicioso como salir de nuestro tiempo y de nosotros y huir a otros siglos y otras almas que nos hagan olvidar por unos momentos que hubo hace no más que unos días una guerra mundial y le ha seguido una paz que no aparece por el mundo?

BIBLIOGRAFIA

A quien quiera enterarse de los múltiples estudios a que ha dado origen El Pastor de Hermas puede consultar la Patrología, de Altaner, pág. 45 (edición alemana). Yo no he logrado disponer más que de las obras siguientes: Bareille, Dictionaire de la foi catholique, 6, 2268-88. Abundante bibliografía. Leclereq Dictionaire d'Archeologie... et Liturgie, 6, 2265-90. Tixeront, Historia de los dogmas, versión española; Pamplona, 1912, I, p. 132 y sigs. L. Duchesne, Storia della Chiesa antica, tomo I, pág. 125-130. Estudio desde el punto de vista histórico. Boissier, La fin du paganisme, tomo I, pág. 10. La Eclesiología en El Pastor de Hermas, tesis presentada para el doctorado en el curso académico 1933-34 por el presbítero Cástor Alberte Nieves, en la Facultad Teológica de Comillas.

Mi versión se funda en el texto griego de Patrum Apostolicorum opera, editio minor, de Gebhardt, Harnack, Zahn. Por desgracia, ninguna versión moderna ha venido a mis manos y las hay, naturalmente, en inglés, francés, alemán e italiano. Ignoro si la hay española. Su ayuda me hubiera sido inestimable en un texto griego, sembrado de formas populares y de hapax terribles, que no han entrado ni en los diccionarios. Téngalo en cuenta el benévolo lector. Y si me enseña algo que yo no he sabido, hará una obra de misericordia, que desde ahora le agradezco, y con esto, Dios te dé salud y a mí no me olvide. Vale.

Salamanca, en la fiesta de Santa Cecilia de 1946.

D. R. B.



EL PASTOR

VISIONES

VISIÓN PRIMERA

Pecado de pensamiento

1. El amo que me crió, me vendió en Roma a una señora, de nombre Roda, a la que, después de muchos años, volvería a reconocer y la empecé a amar como a una hermana. Después de algún tiempo, la vi lavándose en el río Tíber, y le tendí la mano y la saqué del agua. Viendo, pues, su belleza, pensaba para mí mismo: “¡Qué feliz sería, si lograra una mujer como esta en belleza y costumbres!” Esto solo pensé y nada más.

Después de algún tiempo, como marchara yo en dirección de Cumas, glorificando las criaturas de Dios por lo grandes, magníficas y poderosas que son, me quedé dormido en mi paseo; y en aquel punto, el Espíritu me arrebató y me llevó a través de un desierto, por el que nadie podía caminar. El lugar era escarpado y cortado por las aguas. Pasado, pues, aquel río, llegué a un paraje llano, me hincé de rodillas y empecé a hacer oración al Señor y a confesar mis pecados. Estando yo en oración, he aquí que se abren los cielos y veo a aquella mujer, a quien yo había deseado, la cual me saluda diciendo:

—Dios te guarde, Hermas.

Alzando a ella los ojos, le dije:

—Señora, ¿qué haces tú aquí?

Y ella respondió:

—He subido aquí para discutir tus pecados delante del Señor.

—¿Cómo? —le digo—, ¿Tú vas a acusarme a mí?

—No —me responde—; pero escucha las palabras que te voy a decir. El Dios que habita en los cielos y que creó del no ser todo lo que es y lo ha acrecido y multiplicado por amor de su santa Iglesia, está irritado contra ti porque has pecado conmigo.

Le respondí yo:

—¿Contigo he pecado yo? ¿De qué manera? ¿Cuándo te dije una sola palabra vergonzosa?

¿No te veneré siempre como a una diosa? ¿No te respeté siempre como a una hermana? ¿Cómo falsamente me achacas, oh mujer, esas cosas impuras y malvadas?

Me dice ella riendo:

—El deseo del mal entró en tu corazón. ¿O es que no te parece cosa mala para un hombre justo que el deseo del mal entre en su corazón? Pecado es y grande —dijo—. Porque el varón justo, pensamientos justos piensa. Ahora bien, pensando pensamientos justos, su gloria se levanta en los cielos y tiene propicio al Señor en todo negocio; pero los que traman maldades en sus corazones, se acarrearán a sí mismos la muerte y la cautividad, mayormente aquellos que se conquistan este mundo y se glorían en su riqueza y no se adhieren a los bienes venideros. Un día, sin embargo, se arrepentirán las almas de aquellos que no tienen esperanza, sino que desesperaron ya de sí mismos y de su propia vida. Tú, por tu parte, haz oración a Dios y Él curará tus pecados y los de toda tu casa y los de todos los santos.

Descuidos familiares

2. Después que ella hubo terminado de decir estas palabras, se cerraron los cielos y yo me quedé temblando de pies a cabeza y lleno de tristeza, pues me decía a mí mismo: “Si este pecado se me tiene en cuenta, ¿cómo podré salvarme? ¿O cómo podré aplacar a Dios de mis pecados consumados? ¿O con qué palabras rogaré al Señor que me sea propicio? Estando en estos pensamientos y discursos en mi corazón, he aquí que veo delante de mí una silla blanca y grande, hecha de lanas blancas como la nieve. Y apareció entonces una mujer anciana, vestida de brillantísima vestidura, llevando un libro en la mano. Se sentó sola y me saludó diciendo:

—Dios te guarde, Hermas.

Y yo, triste y llorando, le respondí:

—Señora, Dios te guarde.

Y me dijo ella:

—¿Cómo estás triste, Hermas? Tú, tan paciente y manso, que estás riendo siempre, ¿cómo tienes ahora ese pecho de tristeza y no estás risueño?

Y yo le respondí:

—Por causa de una mujer muy buena, que dice que pequé con ella.

Y ella me dijo:

—¡En manera alguna, cosa tal puede suceder al siervo de Dios! Pero cierto es que entró, desde luego, algún pensamiento sobre ella en tu corazón, y este pensamiento es el que trae consigo el pecado a los siervos de Dios. Malo es, en efecto, y espantoso el pensamiento cuando un espíritu santísimo y ya probado desea una obra mala, y señaladamente si se trata de Hermas el continente, el que se aparta de todo mal deseo y está lleno de toda sencillez y de gran inocencia.

3. Pero no es ese el motivo por el que el Señor está irritado contra ti. Lo que quiere es que conviertas a tus hijos que han prevaricado contra el Señor y contra vosotros, sus padres. Y es que, como eres condescendiente con tus hijos, no los reprendiste, y consentiste que se perdieran espantosamente. Ese es el motivo de la ira del Señor contra ti. Pero Él remediará todos los males antes acaecidos a tu familia, pues por los pecados e iniquidades de ellos, te han salido a ti mal todos los negocios seculares. Pero, en fin, la gran misericordia del Señor se compadeció de ti y de tu familia y Él te fortalecerá y te asentará firmemente en su gloria. Sólo que tú no tienes que ser negligente, sino cobra ánimo y fortalece a tu familia. Porque al modo que el herrero, dando con el martillo sobre su obra, logra fabricar el objeto que quiere, así la palabra justa, a diario repetida, llega a dominar toda maldad. No dejes por tanto, de reprender a tus hijos; pues yo sé que, si se arrepienten de todo corazón, serán inscritos en los libros de la vida con los santos.

Libro misterioso

Terminado que hubo de hablar estas palabras, me dijo:

—¿Quieres oírme leer?

Le respondí:

—Quiero, señora.

—Pues escúchame y oye las glorias de Dios. Y escuché cosas grandes y maravillosas, que no tuve fuerzas para recordar, pues todas las palabras eran horripilantes y no hay hombre capaz de soportarlas. Así, pues, sólo retuve en la memoria las últimas palabras, pues eran provechosas y blandas para nosotros:

“He aquí que el Dios de las virtudes, el que con virtud invisible y poderosa y con su gran sabiduría creó el mundo y con glorioso consejo rodeó de magnificencia su creación y con su fuerte palabra clavó el cielo y asentó la tierra sobre las aguas, y con su propia sabiduría y providencia fundó su santa Iglesia, a la que también bendijo; he aquí que Él traslada los cielos y los montes y

los, collados y los mares, y todo se torna llano para sus escogidos, a fin de cumplirles la promesa que les prometió con gran gloria y alegría, con tal de que guardaran las disposiciones de Dios que recibieron con gran fe”.

4. Así que hubo terminado de leer y se levantó de la silla, se presentaron cuatro jóvenes y levantaron la silla y se retiraron hacia el oriente. Entonces ella me llamó y me tocó en el pecho y me dijo:

—¿Te agradó mi lectura?

Le respondí:

—Señora, estas últimas cosas, sí que me agradan; las anteriores son difíciles y duras.

Y ella me dijo:

—Estas últimas cosas son para los justos; pero las anteriores, para los gentiles y para los apóstatas.

Estando ella hablando conmigo, aparecieron dos jóvenes, que la levantaron por los brazos y se marcharon en la misma dirección que la silla, hacia oriente. Se retiró alegre y, según marchaba, me dijo:

—Hermas, sé hombre.

VISIÓN SEGUNDA

Nueva lectura

1. Marchando yo a Cumas por la misma época que el año anterior, me paseaba recordando la visión que tuve entonces y de nuevo me arrebató el Espíritu y me llevó al mismo sitio del año pasado. Llegado, pues, que hube a aquel sitio, me hincé de rodillas y empecé a hacer oración al Señor y a glorificar su nombre, porque se dignó darme a conocer mis pecados pasados. Pero apenas me hube levantado de la oración, he aquí que veo delante de mí a aquella anciana que había visto el otro año, la cual se estaba paseando y leía un librito. Y me dijo:

—¿Puedes anunciar todas estas cosas a los elegidos de Dios?

—Señora —le dije—, no puedo retener en la memoria tantas cosas; dame el librito y me lo copiaré.

—Tómalo —me dijo—, y luego me lo devolverás.

Lo tomé yo y, retirado en cierto paraje del campo, me lo copié todo letra a letra, pues no lograba encontrar las sílabas. Habiendo, pues, terminado de transcribir las letras del librito, súbitamente me fue arrebatado de entre las manos, sin que yo viera por quién.

Revelación de lo escrito

2. Al cabo de quince días, después de haber yo ayunado suplicando mucho al Señor, me fue revelado el sentido de la escritura. Lo escrito era lo siguiente:

“Tus hijos, Hermas, prevaricaron contra Dios y blasfemaron al Señor y traicionaron a sus padres con gran maldad y recibieron nombre de traidores de sus padres, y, después de traicionarlos, no se enmendaron, sino que a sus pecados añadieron sus disoluciones e impurezas de maldad y de este modo llegaron a colmo sus iniquidades. Sin embargo, notifica estas palabras a todos tus hijos y a tu mujer, que ha de ser hermana tuya, pues tampoco ella se modera en su lengua, con la que peca. Pero, cuando hubiere oído estas palabras, se contendrá y alcanzará misericordia. Después que tú les hubieres notificado estas palabras, que el Señor me ordenó que te fueran reveladas, entonces se les perdonarán a ellos todos los pecados que antes cometieron, y lo mismo a todos los santos que hubieren pecado hasta este día, con tal de que se arrepientan de todo corazón y arrojen de su corazón las dudas. Porque este es el juramento que hizo el Señor por su gloria acerca de sus escogidos:

“Si pasado este día, todavía se da pecado, ya no tendrán salvación. Porque la penitencia para los justos tiene un término. Cumplidos están los días de penitencia para todos los santos; pero para los gentiles, la penitencia dura hasta el último día.”

Dirás, pues, a los que presiden la Iglesia que enderecen sus caminos en justicia, a fin de recibir con creces las promesas con gran gloria, Perseverad, pues, los que obráis la justicia, y no dudéis, a fin de que tengáis vuestra entrada juntamente con los ángeles santos. Bienaventurados vosotros, los que soportéis la tribulación grande que está para venir, y cuantos no nieguen su vida. Porque juró el Señor por su Hijo, que a cuantos negaren a su Señor no los ha de reconocer Él en la vida de ellos, es decir, a los que ahora van a negar en los días que vienen. Pero a los que anteriormente negaron, se les mostró propicio por su gran misericordia.

3. Tú, Hermas, por tu parte, no guardes ya rencor contra tus hijos ni abandones a tu hermana, a fin de que se purifiquen de sus pecados pasados. Porque si tú no les guardas rencor, serán

instruidos con justa instrucción. El rencor produce la muerte.

Pero tú, Hermas, sufriste grandes tribulaciones en tu persona a causa de los extravíos de tu familia, por no haberte preocupado por ellos, sino que te desentendiste y anduviste envuelto en tus negociaciones perversas. Sin embargo, te salva el no haberte separado del Dios vivo, y también tu simplicidad y tu mucha continencia. Esto te salvó a ti, a condición de que perseveres, y esto salva a todos los que así obran y caminan en inocencia y sencillez. Estos dominarán toda maldad y permanecerán para la vida eterna. Bienaventurados todos los que practican la justicia. No se perderán para siempre.

A Máximo le dirás:

“Mira que viene una tribulación. Si se te presenta, niega de nuevo. Cerca está el Señor de los que se convierten, como está escrito en Eldad y Modat, que profetizaron al pueblo en el desierto”.

¿Quién es la anciana?

4. Me fue revelado, hermanos, mientras yo dormía, por un joven hermosísimo que me dijo:

—¿Quién te parece que es la anciana de quien recibiste el libro?

—La Sibila —contesté yo.

—Te equivocas —me dijo—, no lo es.

—¿Quién es, pues? —le dije.

—La Iglesia —me contestó.

—¿Por qué, pues —le repliqué—, es vieja?

—Porque fue creada —me contestó— antes que todas las cosas. Por eso es vieja, y por causa de ella fue ordenado el mundo.

Después de esto, tuve una visión en mi casa. Se me presentó la vieja y me preguntó si había entregado ya el libro a los ancianos. Contesté que no lo había entregado todavía.

—Has hecho bien —me dijo—, pues tengo que añadir aún unas palabras. Cuando hubiere, pues, terminado todas las palabras, serán notificadas por tu medio a todos los escogidos. Escribirás, pues, dos libritos y enviarás uno a Clemente y otro a Grapta. Clemente, por su parte, lo remitirá a las ciudades de fuera, pues a él le está ello encomendado, y Grapta instruirá a las viudas y a los huérfanos. Tú lo leerás en esta ciudad, juntamente con los ancianos que presiden la Iglesia.

VISIÓN TERCERA

Retiro en el campo

1. La visión que vi, hermanos, fue como sigue: Habiendo ayunado muchas veces y suplicado al Señor que me manifestara la revelación que me prometió mostrarme por medio de aquella vieja, aquella misma noche se me apareció la anciana y me dijo:

—Puesto que te encuentras tan necesitado y estás tan afanoso de saberlo todo, marcha al campo en que tienes sembrada la escanda y a la hora quinta me apareceré a ti y te mostraré lo que es necesario que veas.

Y yo le pregunté:

—Señora, ¿a qué lugar del campo?

—Al que quieras —me contestó.

Yo me había escogido un paraje hermoso y solitario; pero untes de que yo le hablara y le indicara el lugar, me dijo ella:

—Iré a donde tú quieras.

Me fui, pues, hermanos, al campo y calculé las horas y llegué al lugar donde me había señalado que fuera, y he aquí que contemplo colocado un banco de marfil y sobre el banco estaba tendido un almohadón de lino y encima desplegado un lienzo también de lino finísimo. Viendo pues estas cosas y que nadie había en aquel lugar, quedé atónito y me sobrecogió una especie de temblor y se me pusieron los cabellos de punta. Y al verme allí solo, me sobrevino como un escalofrío.

Así, pues, habiendo vuelto en mí mismo y acordándome de la gloria de Dios, y cobrado ánimo, me puse de rodillas y confesé otra vez mis pecados ante el Señor, como antes hiciera. Y he aquí que vino la anciana con aquellos seis jóvenes, que antes también había visto, y se puso a mi lado y estuvo escuchándome mientras oraba y confesaba mis pecados al Señor. Y habiéndome tocado, me dijo:

—Hermas, basta ya de hacer toda tu oración por tus pecados; pide también la justicia, a fin de que recibas alguna parte de ella para tu familia.

Entonces me levantó de la mano, y me condujo al banco y les dijo a los jóvenes:

—Marchad y edificad.

—Una vez que se retiraron los jóvenes y nos quedamos solos, me dijo:

—Siéntate aquí.

—Señora —le dije yo—, deja que se sienten primero los ancianos.

—Haz lo que te digo —me dice—: siéntate.

La gloria de los mártires

Queriendo, pues, yo sentarme a la derecha, no me lo consintió, sino que me hizo señas con la mano de que me sentara a la izquierda. Estando yo pensativo y triste, porque no me había dejado sentar a la derecha, ella me dijo:

—¿Estás triste, Hermas? El lugar de la derecha está reservado a otros, a aquellos que ya han agradado a Dios y sufrieron por el Nombre; a ti, en cambio, mucho te falta para que puedas sentarte con ellos. Sin embargo, persevera, como perseveras en tu sencillez, y te sentarás con ellos, lo mismo que cuantos practicaren las obras que ellos practicaron y sufrieren lo que ellos sufrieron.

2. —¿Qué es lo que sufrieron? —le pregunto.

—Escucha —me contesta—: Azotes, cárceles; grandes tribulaciones, fieras por causa del Nombre. Por eso se les reserva el lugar de la derecha de la santidad, a ellos y a quien quiera padezca por causa del Nombre. Para los otros es el lugar de la izquierda. Sin embargo, unos y otros, los sentados a la derecha y los a la izquierda, todos tienen los mismos dones y las mismas promesas. Sólo que aquéllos se sientan a la derecha y tienen gloria. Tú, en verdad, estás muy deseoso de sentarte con ellos a la derecha; pero tus defectos son muchos. No obstante, te purificarás de tus defectos, y todos los que no duden se purificarán también de sus defectos hasta este día.

La construcción de la torre

Dicho esto, hizo ademán de marcharse; pero, postrándome yo a sus pies, le rogué por el Señor que me mostrara la visión que me había prometido. Y ella otra vez me tomó de la mano, me levantó y me hizo sentar a la izquierda sobre el banco. Se sentó también ella, a la derecha. Y habiendo levantado una vara brillante, me dijo:

—¿Ves una cosa grande?

—Señora —le dije—, no veo nada.

—¿Cómo? —me replica—; ¿con que no ves delante de ti una gran torre que se está edificando sobre las aguas con piedras cuadradas brillantes?

Era un cuadrilátero, en efecto. Se estaba edificando la torre por mano de aquellos seis jóvenes que habían venido con ella. Millares de hombres traían piedras, unos de lo profundo del agua y otros de la tierra, y las entregaban a los seis jóvenes. Ellos las tomaban y edificaban. Las piedras sacadas de lo profundo las colocaban todas sin más en la construcción, pues estaban ya labradas y se ajustaban con las demás piedras. Y de tal manera se ajustaban unas con otras, que no aparecía juntura alguna, y la torre parecía construida como de un solo bloque. En cuanto a las otras piedras traídas de la tierra seca, unas las arrojaban, otras las empleaban en la construcción. Unas las hacían pedazos y las arrojaban lejos de la torre, otras muchas estaban tiradas alrededor de la torre y no las empleaban para la construcción, pues algunas estaban desmenuzadas; otras, con rajaduras; otras, deterioradas; otras, eran blancas y redondas, imposibles de adaptar a la construcción. Veía también otras piedras arrojadas lejos de la torre y que venían a parar al camino, pero que no se detenían en él, sino que iban rodando del camino al desierto; otras caían al fuego y allí se abrasaban; otras caían cerca de las aguas y no podían rodar hasta el agua, por más que deseaban rodar y llegar hasta ella.

3. Habiéndome mostrado todas estas cosas, quería retirarse corriendo. Entonces le digo:

—Señora, ¿de qué me sirve haber visto todo eso, si no sé lo que significan las cosas?

Me respondió diciendo:

—Eres astuto, hombre, queriendo conocer lo que se refiere a la torre.

—Sí, señora —le respondo—, con el fin de anunciarlo a mis hermanos y que se pongan contentos, y oyendo estas cosas, conozcan al Señor en mucha gloria.

Y ella me dijo:

—Oírlas, las oirán muchos; pero, una vez que las hayan oído, unos se alegrarán y otros llorarán. Sin embargo, aun estos, como oyeren y se arrepintieren, se alegrarán también. Escucha, pues, las comparaciones de la torre, pues quiero revelártelo todo, y ya no me molestes más sobre la revelación. Porque estas revelaciones tienen fin, pues ya están cumplidas. Sin embargo, tú no cesarás de pedir revelaciones, pues eres importuno.

Explicación de la visión

Ahora bien, la torre que ves edificándose, soy yo misma, la Iglesia, la que se te apareció lo mismo ahora que antes. Así, pues, pregunta cuanto quieras sobre la torre, que yo te lo revelaré, a

fin de que te alegres juntamente con los santos.

Le digo yo:

—Señora, una vez que me juzgaste digno de revelármelo todo, revélamelo.

—Todo lo que conviene que te sea revelado —me dijo ella—, se te revelará. Basta que tu corazón esté dirigido a Dios y no dudes en cuanto vieres.

Le pregunté entonces:

—Señora, ¿ por qué la torre está edificada sobre las aguas?

—Ya te dije antes —me contestó— que indagas con cuidado; naturalmente, indagando hallas la verdad. Escucha ahora por qué la torre está edificada sobre las aguas. La razón es porque vuestra vida se salvó por el agua y por el agua se salvará. Ahora bien, el fundamento sobre el que asienta la torre es la palabra del Nombre omnipotente y glorioso, y se sostiene por la virtud invisible del Señor.

4. Tomando la palabra le dije:

—Señora, todo esto es grande y maravilloso; pero aquellos seis jóvenes que están edificando, ¿quiénes son, señora?

—Estos son los santos ángeles de Dios, los que fueron creados primero, a quienes entregó el Señor toda su creación, para acrecentar, edificar y dominar toda la creación. Así, pues, por obra de estos se consumará la construcción de la torre.

—Y los otros, que llevan las piedras, —pregunté nuevamente—, ¿quiénes son?

—También estos —me contestó— son ángeles de Dios; pero estos seis los superan en excelencia. Ahora bien, cuando por obra de todos se consumare la construcción de la torre, todos juntamente se regocijarán en torno a ella y glorificarán a Dios, porque se terminó la construcción de la torre.

Le pregunté entonces:

—Señora, quisiera saber el fin de las piedras y cuál es la virtud de ellas.

Me respondió diciendo:

—No es que seas tú más digno que los demás de que se te revele; pues otros hay anteriores y mejores que tú, a quienes debieran mostrársele estas visiones. Sin embargo, para que el nombre de Dios sea glorificado, se te han revelado a ti y se te seguirán revelando por causa de los vacilantes, de los que discurren en sus corazones si esto es o no es. Diles que todas estas cosas son verdaderas

y que nada hay que esté fuera de la verdad, sino que todo es seguro y firme y bien asentado.

5. Escucha ahora acerca de las piedras que entran en la construcción. Las piedras cuadradas y blancas, que ajustaban perfectamente en sus juntas, son los apóstoles, obispos, maestros y ministros, que caminan conforme a la santidad de Dios y vigilaron, enseñaron y administraron santa y reverentemente a los escogidos de Dios. De ellos, unos han muerto ya, otras viven todavía. Estos son los que estuvieron siempre en armonía unos con otros, guardaron la paz y se escucharon mutuamente. Por eso, en la construcción de la torre, encajan sus juntas.

—Y las piedras sacadas de lo hondo del mar y sobrepuestas en la construcción y que encajaban en sus juntas con las otras piedras ya edificadas, ¿quiénes son?, —pregunté.

—Estos son —me contestó— los que sufrieron por el nombre del Señor

—Quiero saber, señora —le dije— quiénes son las otras piedras traídas de la tierra.

—Las que entraban en la construcción y no había que labrarlas —me dijo—, son los que probó el Señor, porque caminaron en la rectitud del Señor y cumplieron sus mandamientos.

—¿Y las que se traían y ponían a un lado en la construcción, —pregunté de nuevo—, quiénes son?

Y su respuesta fue:

—Estos son los nuevos en la fe; son creyentes, pero son reprendidos por los ángeles para que practiquen el bien, porque fue hallada maldad en ellos.

Y yo de nuevo:

—Y las que arrojaban y tiraban, ¿quiénes son?

—Estos son los que han pecado —me dijo—, pero quieren arrepentirse; por eso no se los arrojaba lejos, fuera de la torre; pues, si se arrepintieren, serán útiles para la construcción de la torre. Así, pues, los que han de arrepentirse, si de verdad se arrepienten, serán fuertes en la fe, con tal de que se arrepientan ahora, en tanto se está construyendo la torre. Pues una vez terminare la edificación, ya no tendrán tiempo para la penitencia, sino que serán reprobados. Por ahora, sólo se les concede una cosa: estar colocados junto a la torre.

6. ¿Quieres conocer las piedras que eran hechas trizas y se las arrojaba lejos de la torre? Estos son los hijos de la iniquidad, que creyeron fingidamente y no se apartó de ellos ninguna maldad. De ahí que no tienen salvación, pues a causa de sus maldades, no son buenos para la construcción. Por eso se los hizo pedazos y se los arrojó lejos, a causa de la ira del Señor, pues lo exasperaron.

Respecto a las que viste tiradas, en gran número, por tierra, y que no entraban en la construcción, de estas, las piedras desmenuzadas representan a los que han conocida la verdad, pero no perseveraron en ella ni se adhirieron a los santos. Por eso son inútiles.

—Y los que tienen grietas ¿ quiénes son? —continué preguntando.

—Estos son —me respondió— los que guardan en sus corazones enemistad unos contra otros y no viven mutuamente en paz; los que por delante tienen paz, pero apenas se separan unos de otros, siguen con todas sus maldades en sus corazones. Estas son las grietas que tienen las piedras. Las piedras deterioradas representan a los que han creído y tienen la mayor parte de su vida en la justicia; pero tienen también ciertas partes de iniquidad. De ahí que estén deteriorados y no enteros.

De nuevo pregunté yo:

—Y las piedras blancas y redondas y que no ajustaban en la construcción, ¿quiénes son, señora?

Ella me respondió diciendo:

—¿Hasta cuándo has de ser necio e insensato, que todo lo preguntas y nada entiendes? Estos son los que tienen fe, pero tienen también bienes de este mundo. Cuando sobreviene una tribulación, reniegan de su Señor por amor de su riqueza y negociaciones.

—¿Cuándo, pues, señora, serán buenos para la construcción? Volví a preguntar.

—Cuando —me dijo— se recorte su riqueza, que ahora los arrastra, entonces serán útiles para Dios. Porque así como la piedra redonda, si no se recorta y se tira algo de ella, no puede volverse cuadrada, así los que gozan de riqueza en este mundo, si no se les recorta su riqueza, no pueden ser útiles para el Señor. Por ti mismo, ante todo, puedes darte cuenta: cuando eras rico, eras inútil. Pero ahora eres útil y provechoso para la vida. Hacedos útiles para Dios, porque tú mismo fuiste de las mismas piedras.

7. En cuanto a las otras piedras, que viste arrojar lejos y caer en el camino y que rodaban del camino al desierto, representan a los que han creído; pero luego, por la duda de su corazón, abandonan el buen camino verdadero. Creyendo, pues, que pueden encontrar un camino mejor, se extravián y sufren mil calamidades, errantes por los desiertos.

Las que caían en el fuego y allí se abrasaban, representan a los que desde todo punto de vista se apartan del Dios vivo y no les vino nunca a su pensamiento arrepentirse, a causa de los deseos

de su disolución y de las maldades que obraban. ¿Quieres saber a quiénes representan las otras piedras, que cayeron junto a las aguas y que no podían rodar hasta ellas? Estos son los que oyeron la palabra y quisieron bautizarse en el nombre del Señor; pero luego, cuando les viene a la memoria la pureza de la verdad, se arrepienten y se van otra vez tras sus malos deseos.

Terminó, pues, la explicación de la torre. Importunándola yo nuevamente, le pregunté si a todas aquellas piedras rechazadas y que no encajaban en la construcción se les daría la oportunidad de la de penitencia y tendrían aún lugar en esta torre.

—Se les concede —me contestó— penitencia; pero no pueden encajar en esta torre. Sin embargo, se ajustarán a otro lugar muy inferior, y eso cuando hayan pasado por los tormentos y hayan cumplido los días de sus pecados. Y como participaron de la palabra justa, por eso serán trasladados. Y entonces les acontecerá ser trasladados de sus tormentos, con tal de que les vengan al pensamiento las malas obras que obraron; pero si no les vinieren al pensamiento, no se salvarán, por su dureza de corazón.

Visión de las virtudes

8. Cuando terminé de preguntarle acerca de todas estas cosas, me dijo:

—¿Quieres ver otra cosa?

Como yo estaba en extremo deseoso de contemplar, me puse muy alegre de ver algo más. Ella me miró y sonriendo, me dijo:

—¿Ves a siete mujeres en torno a la torre?

—Las veo, señora —le contesté.

—Esta torre se sostiene por ellas, según disposición del Señor. Escucha ahora sus operaciones. La primera de ella, que tiene manos robustas, se llama Fe. Por esta se salvan los elegidos de Dios. La otra, que está ceñida y tiene aire varonil, se llama Continencia, y es hija de la Fe. Quienquiera la siguiere, es bienaventurado en su vida, como quiera que se abstendrá de toda obra mala, creyendo que, si se abstiene de todo mal deseo, heredará la vida eterna.

—Y las otras, señora —pregunté—, ¿quiénes son?

—Son hijas las unas de las otras —me respondió—, y se llaman Sencillez, Ciencia, Inocencia, Modestia y Caridad. En todo momento, pues, que hicieres todas las obras de la madre de ellas, puedes vivir.

—Quisiera saber, señora —le dije—, qué virtud tiene cada una de ellas.

—Escucha —me respondió— las virtudes que tienen. Las virtudes de ellas se sostienen y acompañan unas a otras, al modo que unas de otras se engendran. De la Fe se engendra la Continencia; de la Continencia, la Sencillez ; de la Sencillez, la Inocencia; de la Inocencia, la Modestia; de la Modestia, la Ciencia; de la Ciencia, la Caridad. Las obras de ellas son puras, santas y divinas. Cualquiera, pues, que las sirviere y tenga fuerza para acabar sus obras, tendrá su morada en la torre con los santos de Dios.

Luego le pregunté sobre los tiempos, a ver si era ya llegada la consumación. Y ella dio un gran grito, diciendo:

—Hombre insensato, ¿no ves que la torre se está todavía edificando? Cuando la torre se termine de edificar, entonces es el fin. Sin embargo, pronto se terminará de edificar. No me preguntes nada más. Bastante es, para ti y para los santos, este recuerdo y la renovación de vuestros espíritus. Pero no se te reveló para ti solo, sino para que lo manifiestes a todos.

Exhortación general

9. Después de tres días —pues ante todo has de entenderlas tú— te mando primeramente a ti, Hermas, que todas estas palabras que voy a decirte, las hables en los oídos de los santos, a fin de que, habiéndolas oído y cumplido, se purifiquen de sus maldades y tú con ellos:

“Escuchadme, hijos. Yo os crie en gran sencillez, inocencia y santidad por la misericordia del Señor, que destiló sobre vosotros la justicia, para que os justificarais y santificarais de toda maldad y de toda torcedura; pero vosotros no queréis poner término a vuestra maldad. Ahora, pues, escuchadme: vivid en paz unos con otros, visitaos mutuamente, socorred los unos a los otros, no queráis ser los únicos en participar de las criaturas de Dios en abundancia, sino dad también parte de ella a los necesitados. Unos, en efecto, por el exceso de comida acarrear enfermedades a su carne y la dañan; otros, por el contrario, no tienen que comer, y por falta de suficiente alimento, dañan su carne y destruyen su cuerpo. Por tanto, esta intemperancia os es dañosa a los que tenéis y no dais parte de ello a los necesitados. Mirad el juicio que está por venir. Así, pues, los que tenéis en abundancia, buscad a los hambrientos, mientras no se termina aún la torre. Porque una vez terminada, buscaréis hacer el bien y no tendréis lugar para ello. Vosotros, pues, los que os jactáis de vuestras riquezas, mirad no giman los necesitados y su gemido suba hasta el Señor y seáis

excluidos, junto con vuestros bienes, fuera, de la puerta de la torre.

Ahora, pues, a vosotros me dirijo, los que presidís la Iglesia y os sentáis en los primeros puestos: no os hagáis semejantes a los hechiceros. Los hechiceros llevan en cajas sus remedios; pero vosotros, vuestro remedio y vuestro veneno lo lleváis en el corazón. Estáis endurecidos y no queréis purificar vuestros corazones, y con corazón limpio fundir en uno vuestro pensamiento, a fin de que alcancéis misericordia de parte del Gran Rey. Atended, pues, hijos, no sea que estas disensiones vuestras os priven de vuestra vida. ¿Cómo queréis instruir a los demás, si carecéis vosotros de instrucción? Instruíos, pues, unos a otros y conservad la mutua paz, a fin de que también yo, presentándome alegre delante del Padre, dé razón ante vuestro Señor en favor de todos vosotros.”

10. Cuando hubo terminado de hablar conmigo, vinieron los seis jóvenes, que estaban edificando, y se la llevaron a la torre, y otros cuatro levantaron el banco y se lo llevaron, también a la torre. El rostro de estos no lo vi, porque estaban de espaldas. Al tiempo que partía, le rogué me revelara el sentido de las tres formas en que se me había aparecido. Y me, respondió:

—Sobre esto, has de preguntar a otro que te lo revele.

Las tres formas de la Iglesia

Porque en la primera visión, hermanos, tenida el año pasado, se me apareció en extremo vieja y sentada en una silla. En la segunda, tenía la cara muy joven, pero la carne y los cabellos viejos, y hablaba conmigo de pie. Sin embargo, estaba más alegre que antes. Por fin, en la tercera visión, era toda joven y resplandeciente de belleza, y sólo tenía viejos los cabellos. Estaba, además, excesivamente alegre, y se sentó en un banco. Estaba yo triste en exceso, con deseo de conocer la revelación de estas cosas, cuando he aquí que veo a la anciana en una visión nocturna, que me dijo:

—Todo ruego necesita de la humildad. Ayuna, pues, y obtendrás lo que pides del Señor.

Ayuné un solo día y aquella misma noche se me apareció un joven que me dijo:

—¿Por qué estás tú pidiendo continuamente revelaciones en la oración? Cuidado, no sea que pidiendo mucho, dañes tu carne. Ya te bastan estas revelaciones. ¿Es que puedes ver revelaciones más fuertes que las que has visto?

Le respondí diciendo:

—Señor, lo único que pido es que se me dé la revelación completa acerca de las tres formas de la anciana.

—¿Hasta cuándo —me respondió— seréis insensatos? Pero ello es porque vuestras dudas y el no tener vuestro corazón dirigido al Señor, os vuelven necios.

—Mas por tu medio, señor —le respondí de nuevo—, lo conoceremos todo muy puntualmente.

—Escucha —me dice— la explicación de las tres formas por las que preguntas. ¿Por qué en la primera visión se te apareció vieja y sentada en una silla? Porque vuestro espíritu está envejecido y marchito ya y sin vigor, por causa de vuestras flaquezas y dudas. Porque así como los viejos, que no tienen ya esperanza de rejuvenecer, no aguardan ya otra cosa que el sueño de la muerte, del mismo modo vosotros, debilitados por vuestros negocios seculares, os habéis entregado al tedio y no habéis depositado vuestras preocupaciones en el Señor, sino que se quebró en pedazos vuestra mente y os envejecisteis por vuestras tristezas.

—Quisiera saber, señor, por qué estaba sentada en una silla.

—Porque todo el que está enfermo —me contestó—, se sienta en una silla por motivo de su debilidad, para sostener así la flaqueza de su cuerpo. Ahí tienes lo que representa la primera visión. En la segunda visión la viste de pie y que tenía la cara más joven y alegre que la vez primera; pero la carne y los cabellos, viejos. Escucha también, me dijo, esta comparación. Cuando un viejo ya sin esperanzas, por su flaqueza y su miseria, no aguarda otra cosa sino que llegue el día postrero de su vida, y luego de pronto se le deja una herencia, y oyendo la noticia se levanta, y, alegre en extremo, se reviste de fuerza y no está ya tendido en el suelo, sino que se pone en pie, y su espíritu, consumido ya por sus anteriores males, se renueva, y ya no anda el hombre arrastrado, sino que cobra porte varonil; así también os acontecerá a vosotros, una vez que hayáis oído la revelación que el Señor os reveló. Porque el Señor tuvo lástima de vosotros y rejuveneció vuestros espíritus, y depusisteis vuestras flaquezas y os sobrevino fortaleza y os fortalecisteis en la fe y se alegró el Señor viendo vuestro fortalecimiento. Y por eso, os manifestó la construcción de la torre y os manifestará otras cosas, siempre que mantengáis, de todo corazón, la paz de unos con otros.

13. Finalmente, en la tercera visión la viste joven, hermosa, alegre y de bella figura. Así como cuando a uno, que está triste, le llega una buena noticia, se olvida al punto de sus penas anteriores y no espera ya sino el cumplimiento de la noticia que oyó, y se fortalece en adelante para el bien y se rejuvenece su espíritu por la alegría que recibió; así también vosotros os rejuveneceréis en vuestros espíritus al ver estos bienes. Y el haberla visto sentada en un banco, es posición de

firmeza, porque el banco tiene cuatro pies y se mantiene firme, al modo que el mundo se mantiene por cuatro elementos. Ahora bien, los que hicieren penitencia se tornarán completamente jóvenes y se cimentarán, como se arrepientan de todo corazón. Ya tienes entera la revelación. No pidas ya más revelación; sin embargo, si algo fuere necesario, te será revelado.

VISIÓN CUARTA

Aparición de la fiera

1. La cuarta visión que vi, hermanos, fue después de veinte días de la primera visión, para representación de la tribulación que estaba para venir. Marchaba yo al campo por el camino de Campana. El lugar está a unos diez estadios del camino público, pero se anda fácilmente. Caminando, pues, solo, rogué al Señor que completara las revelaciones y visiones que me había mostrado por medio de su santa Iglesia, para fortalecerme a mí y dar penitencia a sus siervos, que sufrieron escándalo, y sea así glorificado su nombre grande y glorioso porque me tuvo por digno de mostrarme sus maravillas. Y como yo le glorificara y le diera gracias, me respondió como un eco de voz : “No dudes, Hermas.” Comencé entonces a discurrir para mí mismo: “¿Por qué tengo que dudar yo, que así he sido asentado por el Señor y he visto cosas gloriosas?”

Avancé entonces un trecho y he aquí que veo una polvareda como si se levantara hasta el cielo, y comencé a decirme a mí mismo: “¿Vienen acaso rebaños y levantan polvo?” La polvareda distaba de mí como un estadio. Como iba creciendo más y más, sospeché que fuera cosa divina. Brilló en aquel punto un poco el sol y he aquí que veo una fiera enorme, como un monstruo marino, de cuya boca salían langostas de fuego. Tenía la fiera unos cien pies de largo y la cabeza como un tonel. Y empecé a llorar y a rogar al Señor que me librara de ella. Entonces me acordé de la palabra que había oído: “No dudes, Hermas”. Revestido, pues, hermanos, de la fe del Señor, y acordándome de las magnificencias que me había enseñado, me abalancé animosamente hacia la fiera. Pero esta empezó a levantar tal estruendo, que bien pudiera destruir una ciudad. Llegué cerca de ella, y entonces un monstruo tan enorme se tiende en tierra sin sacar afuera más que la lengua, sin moverse nada hasta que hube yo pasado. La fiera tenía sobre la cabeza cuatro colores: negro, luego rojizo de fuego y sangre, luego dorado, y por fin, blanco.

Su significación

2. Cuando hube pasado la fiera, y habiendo avanzado como unos treinta pasos, he allí que me sale al encuentro una virgen engalanada, como si saliera de la cámara nupcial, vestida toda de blanco y con calzado también blanco, cubierta de un velo hasta la frente. Su cobertura era una venda. Los cabellos los tenía blancos. Conocí, por las pasadas visiones, que se trataba de la Iglesia, y me puse contento. Me saludó ella, diciendo:

—Dios te guarde, hombre.

—Señora, Dios te guarde —le devolví yo por saludo.

Tomando ella la palabra, me dijo:

—¿No te salió nada al encuentro?

—Señora —le contesté—, me salió una fiera tan enorme, que era capaz de devorar pueblos enteros; pero por el poder de Dios y por su gran misericordia, escapé de ella.

—Enhorabuena has escapado —me contestó—, porque depositaste tu temor en Dios y abriste tu corazón al Señor, creyendo que por ningún otro puedes salvarte, sino por el Nombre grande y glorioso. Por eso el Señor envió a su ángel, el que está al frente de las fieras, cuyo nombre es Thegri, y él cerró la boca de la fiera, para que no te devorara. De gran tribulación has escapado, a causa de tu fe y por no haber dudado al ver tan monstruosa fiera. Marcha, pues, y cuenta a los elegidos del Señor sus magnificencias, y diles que esta fiera representa la tribulación grande que está para venir.

Ahora bien, si de antemano os aparejáis y os convertís de todo corazón, por la penitencia, al Señor, podréis escapar de ella, con tal de que vuestro corazón se torne puro e irreprochable y sirváis irrepreensiblemente al Señor el resto de los días de vuestra vida. Arrojad vuestros temores en el Señor y Él los enderezará. Creed en el Señor, los que dudáis; creed que todo lo puede, lo mismo apartar su ira de vosotros, que enviaros azotes a los que dudáis. ¡Ay, de los que oyeren estas palabras y las desoyeren! Más les valiera no haber nacido.

3. Le pregunté entonces sobre los cuatro colores que la fiera tenía sobre la cabeza, y me respondió:

—Otra vez eres curioso acerca de estas cosas.

—Sí, señora —le respondí—; dame a conocer qué significan estas cosas.

—Escucha —me dijo—. El color negro representa este mundo en el que habitáis. El color de

fuego y sangre quiere decir que este mundo ha de perecer por la sangre y por el fuego. La parte áurea sois vosotros, los que habéis escapado de este mundo. Porque como el oro se depura por el fuego y de esta manera se vuelve útil, así sois también depurados vosotros, los que habitáis en el mundo. Ahora bien, los que perseverareis y fuereis probados por el fuego, seréis purificados. Al modo que el oro arroja su escoria, así arrojareis vosotros toda tristeza y estrechez y quedaréis limpios y seréis útiles para la construcción de la torre.

Por fin, la parte blanca representa el siglo venidero, en que habitarán los elegidos de Dios. Porque los que Dios escogiere para la vida eterna, serán puros y sin mancha. Así, pues, por tu parte, no ceses de hablar en los oídos de los justos. Ahí tenéis también la representación de la tribulación que va a venir. Pero si vosotros queréis, no será nada. Recordad lo anteriormente escrito.

Habiendo dicho esto, partió, sin que yo viera a dónde iba, pues sobrevino un estruendo y yo me volví espantado a mirar atrás, creyendo que venía la fiera.

VISIÓN QUINTA

Aparición del Pastor

1. Terminada la oración en mi casa y habiéndome sentado en mi lecho, entró un hombre de aspecto glorioso, con arreos de pastor, vestido de una blanca piel, con zurrón a la espalda y un cayado en la mano. Me saludó, y yo le devolví el saludo. Él inmediatamente se sentó a mi lado, y me dijo:

—He sido enviado por el más venerable de los ángeles, a fin de vivir contigo el resto de los días de tu vida.

Yo sospeché que me estaba tentando, y así le dije:

—¿Pero tú quién eres? Porque yo —añadí— conozco a quién he sido entregado.

Y él me respondió :

—No me conoces a mí?

—No —le respondí.

—Yo soy —me dijo— el Pastor a quien fuiste entregado.

Estando él aun hablando, se cambió su figura y reconocí en él aquel a quien yo había sido

entregado, y me confundí al punto y me sobrecogió el miedo y me llené todo de tristeza, por haberle respondido tan inconsiderada y neciamente.

Pero, tomando él la palabra, me dijo:

—No te confundas, sino fortalécete en los mandamientos que te quiero dar. Porque yo he sido enviado a fin de mostrarte otra vez todas las mismas cosas que viste al principio, el compendio mismo de las que os son provechosas.

En primer lugar, escribe mis mandamientos y comparaciones. Lo demás, según te lo mostrare, así lo escribirás. La razón —me dijo— porque te mando ante todo que escribas los mandamientos y comparaciones es para que las leas luego y así las puedas guardar.

Así, pues, conforme me lo mandó, puse por escrito los mandamientos y comparaciones. Por tanto, si los oís, los cumpliereis y caminareis en ellos y los ponéis por obra con limpio corazón, recibiréis del Señor cuanto os prometió; pero, si después de haberlos oído, no hicieréis penitencia, sino que siguiereis añadiendo pecados a pecados, recibiréis del Señor lo contrario. Todo esto me ordenó que así lo escribiera el Pastor, el ángel de la penitencia.

MANDAMIENTOS

MANDAMIENTO PRIMERO

La fe y temor de Dios

Ante todas las cosas, cree que hay un solo Dios, que creó y ordenó todas las cosas. Él es el que hizo pasar todas las cosas del no ser al ser, el que todo lo abarca, y Él solo es inabarcable. Cree, pues, en Él y témele, y temiéndole, contente. Guarda estas cosas y arrojarás de ti toda maldad y te revestirás de toda virtud de justicia. Y si este mandamiento guardares, vivirás para Dios.

MANDAMIENTO SEGUNDO

1. Me dijo:

—Procura la sencillez y sé inocente, y serás como los niños pequeños que no conocen la

malicia, destructora de la vida de los hombres.

Contra la murmuración

2. En primer lugar, no murmures de nadie ni escuches con gusto al murmurador. En otro caso, tú también te harás reo, oyéndole, del pecado del murmurador, si creyeres la murmuración que oyes. Porque, habiéndola creído, tú también guardarás alguna aversión contra tu hermano. De este modo, pues, te harás reo del pecado del murmurador.

Mala es la murmuración, demonio indisciplinado es, que nunca está en paz, sino que tiene su vivienda entre disensiones. Apártate, por tanto de él y tendrás siempre prosperidad con todos.

La limosna

3. Revístete, en cambio, de la modestia, en la que no hay tropiezo malo, sino, que todo es en ella llano y alegre. Obra el bien, y del fruto de tus trabajos que Dios te da, da sencillamente a todos los necesitados, sin titubear a quién darás y a quién no. Da a todos, pues a todos quiere el Señor que se dé de sus propios dones.

Ahora bien, los que reciben darán cuenta a Dios por qué recibieron y para qué. Los que reciben por hallarse atribulados, no serán juzgados; pero los que hipócritamente recibieron, pagarán la pena.

Así, pues, el que da es inocente, porque como recibió del Señor para cumplir ese ministerio, así lo cumplió sencillamente, sin discriminar a quién diera y a quién no. Este ministerio, pues, cumplido con sencillez, fue glorioso delante de Dios. El que así sencillamente administrare, vivirá para Dios.

Guarda, pues, estos mandamientos que te acabo de decir, a fin de que tu penitencia y la de tu familia sea hallada en sencillez, y tu corazón, puro y sin mancha.

MANDAMIENTO TERCERO

Contra la mentira

1. Me dijo de nuevo:

—Ama la verdad y que de tu boca salga toda verdad, a fin de que el Espíritu, que Dios hizo

morar en esta carne, sea hallado verdadero entre todos los hombres y de esta manera sea glorificado el Señor que mora en ti. Porque el Señor es verdadero en toda palabra y en Él no hay mentira alguna. Así, pues, los que mienten frustran el designio del Señor y se convierten en defraudadores suyos, no devolviéndole el depósito que recibieron. Porque recibieron de Él un espíritu que no puede mentir; pero si se lo devuelven mentiroso, mancillaron el mandamiento del Señor y se convirtieron en defraudadores suyos.

Habiendo oído yo esto, rompí a llorar fuertemente.

Y viéndome él llorar, me dijo:

—¿Por qué lloras?

—Porque, señor —le dije—, no sé si podré salvarme.

—¿Por qué motivo? —me pregunta.

—Porque jamás, señor —le dije—, he dicho en mi vida palabra verdadera, sino que hablé siempre astutamente con todo el mundo y presenté mi mentira como verdad ante todos los hombres. Por lo cual, nadie me contradijo jamás, sino que se dio fe a mi palabra. ¿Cómo, pues, —dije—, puedo vivir después de haber obrado así?

—Bien —me contestó—, y con verdad piensas, porque debieras, como siervo de Dios, haber andado en verdad y no consentir que conviviera una conciencia mala con el espíritu de la verdad, ni entristecer al mismo espíritu, santo y verdadero como es.

—Jamás, señor —le dije—, oí palabras tan exactas.

—Pues ahora —me contestó— las está oyendo. Guárdalas, a fin de que también aquellas mentiras que dijiste antes en tus negociaciones, resultando estas palabras verdaderas, también aquéllas se hagan creíbles. Si estas guardares y desde ahora hablares toda verdad, podrás adquirir para ti la vida. Y quienquiera que oyere este mandamiento y se apartare de la mentira perversísima, vivirá para Dios.

MANDAMIENTO CUARTO

La castidad

1. —Te mando —me dijo— que guardes la castidad y no entre en tu corazón pensamiento alguno sobre mujer ajena, ni sobre fornicación, ni sobre maldad alguna semejante; pues si eso

hicieres, cometerás un gran pecado. Pero si en todo tiempo te acordares de tu mujer, jamás pecarás. Porque si este deseo entrare en tu corazón, pecarás; y si deseas otras cosas semejantes, cometerás una maldad; y si alguno practica esta mala obra, a sí mismo se acarrea la muerte. Por tanto, vigila por tu parte. Apártate de este deseo, porque donde habita la santidad, no debe entrar iniquidad en el corazón del hombre justo.

Le dije yo:

—Señor, permíteme que te pregunte unas pocas cosas.

—Pregunta —me contestó.

—Señor —le dije— si uno tiene una mujer fiel en el Señor y la sorprende en un adulterio, ¿peca el hombre si convive con ella?

—Mientras lo ignora —me respondió—, no peca; pero si el hombre sabe el pecado de ella y la mujer no se arrepiente, sino que persevera en su fornicación y con todo eso el hombre sigue conviviendo con la mujer, se hace reo del pecado de ella y partícipe de su fornicación.

—¿Pues qué ha de hacer, señor —le pregunté—, el hombre si la mujer persiste en esta pasión?

—Repúdiela —me contestó— y viva solo; pero si después de repudiar a su mujer se casare con otra, también él comete un adulterio.

—Pero, señor —le dije—; si después de repudiada, la mujer se arrepiente y quiere volver con su marido, ¿no deberá este recibirla?

—Antes bien —me dijo—, si el marido no la recibe, peca, y grande es el pecado que carga sobre sí. En todo caso hay que recibir al que peca y se arrepiente. Sin embargo, no por muchas veces, porque una sola penitencia se da para los siervos de Dios. Así, pues, por razón de la posible penitencia de la mujer, no debe casarse el hombre. Y esta obligación corre por igual para el hombre que para la mujer.

No sólo —me dijo— es adulterio que uno mancille su carne, sino que quienquiera que hiciere obras semejantes a las de los gentiles, comete adulterio. De suerte que si alguien persevera en tales obras, apártate de él y no convivas con él. En caso contrario, tú también te harás reo de su pecado.

Por eso se ordenó, trátase de hombre o de mujer, deben permanecer solos, pues puede darse penitencia en estos. Por mi parte, pues, no quiero daros pretexto para que tal obra suceda, sino que deseo que quien ha pecado no vuelva a pecar más. Pero por lo que atañe al pecado anterior, hay quien puede curarlo, pues Él es quien tiene poder sobre todas las cosas.

2. Le hablé nuevamente:

—Puesto que el Señor me tuvo por digno de que habites siempre conmigo, soporta todavía unas pocas palabras mías, porque yo no entiendo nada y mi corazón está embotado por causa de mis acciones pasadas. Hazme inteligente, pues soy necio en extremo y no entiendo nada absolutamente.

La penitencia, gran prudencia

A esto me habló diciendo:

—Yo estoy encargado de la penitencia y a todos los que se arrepienten les doy inteligencia. ¿O no te parece —me dijo— que este mismo arrepentirse es ya inteligencia? Sí, cierto; la penitencia es una inteligencia grande. Porque el que pecó entiende y se da cuenta que obró el mal ante el Señor y sube a su mente la acción que practicó y se arrepiente y ya no vuelve a obrar el mal, sino que practica el bien perfectamente y humilla y atormenta su alma por haber pecado. Ya ves, pues, cómo la penitencia es una inteligencia grande.

—Por eso, pues, señor —le dije—, lo quiero saber todo puntualmente de ti. Primero, porque soy pecador, a fin de saber qué obras he de practicar para vivir, pues mis pecados son muchos y variados.

—Vivirás —me contestó— si guardares mis mandamientos y caminares en ellos. Y quienquiera que oyere y guardare estos mandamientos, vivirá para Dios.

3. —Todavía, señor —le dije—, te quiero hacer otra pregunta.

—Pregunta— me contestó.

—He oído, señor —le dije—, de algunos doctores, que no hay otra penitencia aparte de aquella de cuando bajamos una vez al agua y recibimos la remisión de nuestros pecados.

—Has oído muy bien, pues así es —me contestó—. Convendría, en efecto, que el que ha recibido el perdón de sus pecados no volviera a pecar más, sino que viviera en pureza. Pero ya que lo quieres saber todo puntualmente, también te manifestaré esto, sin que se pretexto para los que han de creer o han creído ahora en el Señor. Porque los que han creído ahora o están por creer, no tienen penitencia por los pecados, sino remisión de sus pecados pasados. Ahora bien, para los llamados antes de estos días, el Señor estableció una penitencia. Porque como Él es conocedor de los corazones y previsor de todas las cosas, conoció la flaqueza de los hombres y que la astucia

del diablo había de hacer daño a los siervos de Dios y probar su maldad en ellos. Siendo, pues, el Señor misericordioso, tubo misericordia de su obra y estableció esta penitencia y me fue dada a mí la potestad sobre ella.

Sin embargo, yo te lo aseguro —me dijo—, si después de aquel llamamiento grande y sagrado, alguno, tentado por el diablo, pecare, sólo tiene una penitencia; pero si luego pecare y se arrepintiere, de nada le sirve esta a tal hombre, pues difícilmente vivirá.

Le digo yo:

—La vida me ha concedido el haberte oído hablar tan puntualmente, porque ahora sé que si no volviere a cometer nuevos pecados, me salvaré.

—Sí —me contestó—, te salvarás tú y lo mismo todos cuantos hicieren estas cosas.

Segundas nupcias

4. Le pregunté además:

—Señor, una vez tenme paciencia y aclárame también este punto.

—Di —me dijo.

—Si una mujer, señor —le dije—, y lo mismo un hombre, muere y uno de ellos se casa, ¿peca el que se casa?

—No peca —me contestó—. Sin embargo, si permaneciere solo, adquiere para sí mayor honor y una gran gloria ante el Señor. Así y todo, si se casare, tampoco peca.

Guarda, pues, la castidad y la modestia y vivirás para Dios. Todas cuantas cosas te hablo o he de hablarte, guárdalas desde este momento, desde el día en que me fuiste entregado y yo habitaré en su casa. Y si guardares mis mandamientos, se te perdonarán tus pecados. Y lo mismo se les perdonarán a todos cuantos guardaren estos mandamientos míos y caminaren en esta pureza.

MANDAMIENTO QUINTO

El bien de la paciencia

1. —Sé paciente —me dijo— y prudente y dominarás todas las obras malas y obrarás toda justicia. Porque si fueres paciente, el Espíritu Santo, que mora en ti, será puro, no estando ensombrecido por otro espíritu malo, sino que habitando en lugar espacioso, se alegrará y regocijará en

el vaso en que mora y servirá a Dios con alegría, como quiera que tiene la felicidad en sí mismo. Pero cuando sobreviene una impaciencia, al punto, el Espíritu Santo, que es delicado, se angustia por no tener limpio el lugar y busca cómo apartarse de allí. Es que se siente ahogado por el espíritu malo, por no tener lugar para servir a Dios como quiere, mancillado por la impaciencia. Porque en la paciencia mora el Señor, y en la impaciencia, el diablo. Así, pues, el morar juntamente los dos espíritus es cosa inconveniente para el hombre en que moran. Si colocas una cantidad mínima de ajeno en un tarro de miel, ¿no se echa a perder toda la miel y una tan grande masa de miel se pierde por poquísimos ajenos, desaparece la dulzura de la miel y ya no gusta como antes al señor de ella, puesto que se amargó y perdió su utilidad? Pero si no se echa ajeno en la miel, la miel resulta dulce y es útil para su señor. Ya ves, pues, cómo la paciencia es más dulce que la miel y provechosa para el Señor, y que Él habita en ella; pero la impaciencia es amarga y sin provecho. Ahora bien, si la impaciencia se mezcla con la paciencia, se mancilla la paciencia y ya no es útil a Dios la súplica de ella.

—Quisiera, señor —le dije—, saber la operación de la impaciencia para guardarme de ella.

—Por cierto —me contestó—, que si tú y tu familia no os guardareis de ella, pierdes toda tu esperanza. Sin embargo, te guardarás de ella, porque yo estoy contigo. E igualmente, todos los que de todo corazón se arrepintieren, se apartarán también de ella, pues estaré yo con ellos y los preservaré. Porque todos fueron justificados por el ángel sacratísimo.

2. —Escucha ahora— me dijo—cuán mala es la operación de la impaciencia y cómo derriba con su fuerza a los siervos de Dios y cómo los extravía de la justicia. Sin embargo, no extravía a los que están llenos de fe ni puede obrar contra ellos, pues el poder de Dios los asiste; a los que extravía es a los vacuos y vacilantes. En efecto, cuando ve que estos hombres están firmes, se infiltra en su corazón y, por una nadería, el hombre o la mujer se irritan a causa de las cosas de la vida, ya se trate de comidas, ya de palabras de desprecio, o de un amigo, o cuestiones de dar y tomar, o, en fin, de asuntos tan necios como esos. Porque todo eso es necio, vano e inútil para los siervos de Dios.

La paciencia, en cambio, es grande y firme y tiene poder fuerte, robusto y próspero en dilatación grande. Es alegre, regocijada y sin preocupación; glorifica al Señor en todo tiempo; no guarda en sí misma amargura alguna y permanece siempre mansa y tranquila. Esta es, pues, la paciencia que habita en los que tienen íntegra fe.

Por el contrario, la impaciencia, en primer lugar, es necia, ligera e insensata. Luego de la necedad se engendra la amargura, de la amargura la ira, de la ira la cólera, de la cólera el rencor. Finalmente, este rencor, compuesto de grandes males, viene a ser pecado grande e incurable. Porque cuando estos dos espíritus habitan en un solo vaso, en que mora también el Espíritu Santo, el vaso no puede contenerlos, si no que rebosa. Ahora bien, como el espíritu delicado no tiene la costumbre de habitar con él espíritu malo ni con la aspereza, se aparta de aquel hombre y busca una morada de mansedumbre y tranquilidad. Luego, una vez que se aparte, queda aquel hombre vacío del espíritu justo y lleno en adelante de los malos espíritus, anda inquieto en todas sus acciones, traído y llevado de acá para allá por los malos espíritus y está ciego completamente para toda inteligencia buena. He aquí lo que acontece a todos los impacientes. Apártate, por tanto, de la impaciencia, espíritu perversísimo. Revístete, en cambio, de la paciencia y resiste a la ira y la amargura y serás hallado con la modestia, amada del Señor. Atiende, pues, a no descuidar jamás este mandamiento, porque si de este mandamiento te hicieras dueño, también podrás guardar los demás mandamientos que quiero darte. Sé, por tanto, fuerte, y fortalécete en ellos. Y fortalézcanse igualmente todos los que quieren caminar en ellos.

MANDAMIENTO SEXTO

Los dos ángeles en el hombre

1. —Te mandé—me dijo— en el primer mandamiento que guardes la fe, el temor y la continencia.

—Sí, señor —le dije.

—Ahora —prosiguió—, te quiero manifestar también sus virtudes, para que entiendas qué virtud y operación tiene cada una de esas cosas. Porque sus operaciones son dobles, ya que están puestas para lo justo y lo injusto. Por tu parte, pues, cree a lo justo y no creas a lo injusto. Porque lo justo lleva camino recto; pero lo injusto, torcido. Sigue el camino recto y llano y deja el torcido. Porque el camino torcido no tiene sendas, sino desiertos y tropiezos sin fin, y es áspero y espinoso. Consiguientemente, es dañoso para los que por él caminan. Pero los que van por el camino recto, andan llanamente y sin tropiezos, porque no es camino áspero ni espinoso. Ya ves, pues, cuánto más conveniente es caminar por este camino.

—Me place, señor —le dije—, andar por este camino.

—Por él —me dijo— andarás, y por él también caminará todo él que de todo corazón se convierta al Señor.

2. —Escucha ahora —me dijo— acerca de la fe. Dos ángeles hay con el hombre: uno de la justicia y otro de la maldad.

—¿Cómo, pues, señor —le dije—, conoceré sus operaciones, puesto que ambos ángeles habitan conmigo?

—Escucha —me dijo— y entiende. El ángel de la justicia es delicado, vergonzoso, manso y tranquilo. Así, pues, en cualquier momento que este entrare en tu corazón, al punto habla contigo sobre la justicia, sobre la castidad, sobre la modestia, sobre la templanza y sobre toda obra justa y sobre toda virtud gloriosa. En el momento que todas estas cosas vinieren a tu mente, conoce que el ángel de la justicia está contigo. He aquí, pues, las obras del ángel de la justicia. Cree, por tanto, a este y a sus obras.

Ahora mira también las obras del ángel malo. Ante todo, es impaciente, amargo e insensato, y sus obras, malas y pervertidoras de los siervos de Dios. Así, pues, siempre que este entrare en tu corazón, conócele por sus obras.

—Señor —le dije—, no sé cómo tengo que conocerle.

—Escucha —me dijo—. Siempre que te sobrevenga una impaciencia o una amargura, conoce que él está en ti. Lo mismo, un deseo de muchas acciones, y preciosidad de muchas comidas y bebidas y embriagueces muchas y de deleites variados y no convenientes y deseo de mujeres y de avaricias y mucha soberbia y arrogancia y todo cuanto a estas cosas se acerca y asemeja. Siempre, pues, que cualquiera de estas cosas entrare en tu corazón, conoce que el ángel de la maldad está contigo. Tú, pues, conociendo sus obras, apártate de él y no le creas en nada, porque sus obras son malas e inconvenientes para los siervos de Dios. Ahí tienes las operaciones de los dos ángeles. Entiéndelas y cree al ángel de la justicia. Por el contrario, apártate del ángel de la maldad, porque su doctrina es mala para toda obra. En efecto, aunque un hombre (o una mujer) sean fidelísimos, si el pensamiento de este ángel entra en su corazón, es forzoso que aquel hombre o mujer cometan algún pecado. Y al revés, por muy malvado que sea un hombre o una mujer, si entran en su corazón las obras del ángel de la justicia, por necesidad obrarán algún bien. Ya ves, pues, que es bueno seguir al ángel de la justicia y renunciar al ángel de la maldad.

Este mandamiento manifiesta las obras de la fe, a fin de que creas en las obras del ángel de la justicia y, practicándolas, vivas para Dios. Cree además que las obras del ángel de la maldad son duras; no practicándolas, consiguientemente, vivirás para Dios.

MANDAMIENTO SÉPTIMO

El temor de Dios

—Teme —me dijo— al Señor y guarda sus mandamientos. Ahora bien, si guardares los mandamientos de Dios, serás poderoso en toda acción y tu acción será incomparable, porque teniendo al Señor, todo lo harás bien. Este es el temor que has de tener y te salvarás. Al diablo, en cambio, no le temas, pues temiendo al Señor, te enseñorearás del diablo, ya que en él no hay poder alguno. Ahora bien, donde no hay poder, tampoco hay motivo para temer. Pero el que tiene poder glorioso, nos infunde también temor. Porque el que tiene poder, infunde temor; pero el que no, por todo el mundo es despreciado.

Teme, en cambio, las obras del diablo, porque son malas. Si temes al Señor, temerás las obras del diablo y no las practicarás, sino que te apartarás de ellas.

Así, pues, dos linajes hay de temor; porque si quieres obrar el mal, teme al Señor y no lo obrarás. Y a la vez, si quieres obrar el bien, teme al Señor y lo obrarás. En conclusión, el temor del Señor es fuerte, grande y glorioso. Teme, pues, al Señor y vivirás para Él. E igualmente, todos aquellos de entre los que guardan sus mandamientos y le temen, vivirán para Dios.

—¿Por qué, señor —le dije—, has hablado de los que guardan sus mandamientos como de los que vivirán para Dios?

—Porque —me contestó— temer al Señor, toda criatura le teme; pero no todos guardan sus mandamientos. Así, pues, los que le temen y juntamente guardan sus mandamientos, esos son los que viven para Dios; pero los que no los guardan, ni siquiera se puede decir que viven.

MANDAMIENTO OCTAVO

Apártate del mal y haz el bien

—Ya te he dicho —prosiguió— que las criaturas de Dios son dobles y, por lo mismo, doble es

también la continencia, porque en algunas cosas hay que contenerse; pero en otras, no hay que contenerse.

—Dame a conocer, señor —le dije—, en qué cosas hay que contenerse y en qué cosas no.

—Escucha —me contestó—. Contente en lo malo y no lo hagas. En cambio, no te contengas en lo bueno, sino hazlo. Porque si te contuvieras en lo bueno y no lo hicieras, cometerás un gran pecado; pero si te contienes en cuanto al mal y no lo realizas, obrarás una gran justicia. Obra, pues, el bien y abstente de toda maldad.

—¿Cuáles son, señor —le dije—, las maldades de que debo abstenerme?

—Escucha —me contestó—. Te abstendrás del adulterio y la fornicación, de la embriaguez, de iniquidad, de la molicie mala, del exceso de comidas, del lujo de la riqueza, de la vanagloria, de la altanería y de la soberbia, (de la mentira, de la murmuración y de la hipocresía, del rencor y de toda blasfemia. Estas obras son las peores de todas en la vida de los hombres. De ellas, por tanto, ha de abstenerse el siervo de Dios, porque quien de estas no se abstiene, no puede vivir para Dios.

—Escucha además las que a estas siguen.

—Pero, señor —le dije—, ¿es que hay todavía más obras malas?

—Y muchas, por cierto —me contestó—, de las que tiene que abstenerse el siervo de Dios: el robo, la mentira, la defraudación, el falso testimonio, las codicias, el mal deseo, el engaño, la jactancia, la arrogancia y cuanto a estas cosas se asemeja.

¿No te parece a ti que todas estas cosas son malas y muy malas para los siervos de Dios? De todas ellas han de abstenerse los que sirven a Dios. Contente, pues, en todas estas cosas, a fin de que vivas para Dios y seas inscrito entre los que se contienen en ellas. Así, pues, esas son las cosas en que has de contenerte.

—Escucha ahora —me dijo— aquellas cosas en que no has de contenerte, sino hacerlas. En el bien no te contengas, sino hazlo.

—Manifíestame también, señor —le dije—, la virtud de los bienes, a fin de caminar en ellos y servirles, para que, practicándolos, pueda salvarme.

—Escucha —me dijo—, también las obras del bien que has de practicar y en que no has de contenerte. Ante todo, la fe, el temor del Señor, la caridad, la concordia, las palabras de justicia, la verdad y la paciencia. En la vida de los hombres, nada hay mejor que estas virtudes. El que las

practicare y no se contuviere en ellas, es bienaventurado en su vida. Escucha luego lo que a estas se sigue: servir a las viudas, visitar a los huérfanos y necesitados, redimir de sus necesidades a los siervos de Dios, ser hospitalario, pues en la hospitalidad se halla alguna vez la beneficencia, no oponerse a nadie, ser tranquilo, hacerse el más pobre de todos los hombres, venerar a los ancianos, ejercitar la justicia, conservar la hermandad, soportar la insolencia, ser paciente, no guardar rencor, consolar a los enfermos del alma, no apartar de la fe a los que han sufrido tropiezo, sino convertirlos y animarlos, corregir a los que pecan, no oprimir a los menesterosos y necesitados y todo lo que a estas cosas se asemeja. ¿Te parece —me dijo— que todas estas cosas son buenas?

—¿Y qué puede haber, señor —le contesté—, mejor que estas cosas?

—Camina, pues, en ellas —me dijo— y no te contengas en practicarlas y vivirás para Dios. Guarda, por tanto, este mandamiento. Si hicieres el bien y no te contuvieres en él, vivirás para Dios. Y todos los que así lo hicieren, vivirán para Dios. Y a la vez, si no hicieres el mal y te contuvieres en él, vivirás para Dios. Y todos cuantos guardaren estos mandamientos y anduvieren en ellos, vivirán. también para Dios.

MANDAMIENTO NOVENO

No dudar en la oración

Me dijo:

—Arranca de ti toda duda y no vaciles absolutamente en pedir al Señor, diciendo dentro de ti mismo: “¿Cómo puedo pedir ni recibir nada del Señor, habiendo cometido contra Él tan grandes pecados?” No discurras así, sino conviértete de todo corazón al Señor y pídele sin dudar y experimentarás su gran misericordia y no tengas miedo de que te abandone, sino que cumplirá la petición de tu alma. Porque no es el Señor como los hombres, que guardan rencor, sino que Él no es rencoroso, antes se compadece de la hechura de sus manos. Por tu parte, pues, purifica tu corazón de todas las vanidades de este siglo y de todas las palabras que anteriormente te fueron dichas, y pide al Señor y lo recibirás todo y no te verás defraudado de ninguna de tus peticiones, siempre que le pidas al Señor sin dudar. Pero si dudares en tu corazón, nada recibirás de cuanto pidieres. Porque los que dudan de Dios, son dobles de alma y nada absolutamente obtienen de cuanto piden. Pero los sencillos en la fe, piden con confianza en el Señor y reciben, porque piden sin vacilación, sin

dar lugar a duda alguna. Porque todo hombre doble de alma, si no se arrepiente, difícilmente se salvará.

Purifica, pues, tu corazón de toda duda y revístete de la fe, porque es fuerte, y cree en Dios que recibirás todo cuanto pidieres. Y si acontece alguna vez que, después de pedir, tardas en recibir del Señor lo que pides, no dudes porque tarde en concederte la petición de tu alma. Porque, sin género de duda, por alguna tentación o pecado que tú desconoces, tardas en recibir respuesta para tu petición. Por tu parte, pues, no cedas en tus súplicas, que al fin recibirás. Mas si desfalleces y vacilas al rogar, a ti mismo tienes que acusarte y no al que te da. Vigila contra esta duda, porque es mala e insensata y a muchos desarraiga de la fe, y por cierto, también a los muy fieles y firmes en ella. Y, en efecto, esta duda es hija del diablo y mucho es el daño que hace a los siervos de Dios. Desprecia, pues, la duda y te enseñorearás sobre ella en toda obra, revestido de la fe, fuerte y poderosa. Porque la fe todo lo promete y todo lo cumple; pero la duda, que no tiene absolutamente fe en sí misma, fracasa en toda obra que emprende. Ya ves, pues, cómo la fe viene de arriba, de parte del Señor, y tiene gran poder; pero la duda es un espíritu terreno que viene del diablo y no tiene fuerza alguna. Tú, por lo tanto, sirve a la fe, que tiene fuerza, y apártate de la duda, que no la tiene, y vivirás para Dios. Y todos cuantos así piensen y sientan, vivirán también para Dios.

MANDAMIENTO DÉCIMO

Contra la tristeza

1. —Arranca de ti —me dijo— la tristeza, porque esta es hermana de la duda y de la impaciencia.

—¿Cómo, señor —le dije—, es la tristeza hermana suya? Porque a mí me parece que una cosa es la impaciencia, otra la duda y otra la tristeza.

—Eres un insensato, oh hombre —me contestó—. ¿No comprendes que la tristeza es el peor de todos los espíritus y la más terrible para los siervos de Dios? Ella es la que corrompe al hombre más que ningún otro espíritu; la que destruye el Espíritu Santo y por otro lado lo vuelve a salvar.

—Yo, señor —le dije—, soy un necio y no entiendo estas parábolas. Porque, ¿de qué manera puede destruir y luego salvar? Yo no lo entiendo.

—Escucha —me dijo—. Hay quienes jamás escudriñan la verdad, ni inquieren sobre la

divinidad, sino que se contentan con creer, y se hallan envueltos en sus negociaciones, en su riqueza y amistades paganas y en muchos otros tratos de este mundo. Así, pues, cuantos están apegados a estas cosas, no entienden las parábolas de la divinidad, toda vez que por estas acciones se oscurecen, se corrompen y quedan incapaces de dar fruto. Porque del mismo modo que las hermosas viñas se convierten en campos incapaces de producir frutos a causa de los cardos y variadas hierbas, así los hombres que creen, pero se entregan a las acciones susodichas, se extravían en su inteligencia y no entienden absolutamente de la divinidad. En efecto, cuando oyen hablar de ella, su mente se apega a sus negocios y nada en absoluto entiende. Pero los que tienen el temor de Dios y escudriñan acerca de la divinidad y de la verdad y dirigen su corazón al Señor, entienden y comprenden más rápidamente lo que se dice, porque tienen el temor de Dios en sí mismos. Porque donde habita el Señor, allí hay también mucha inteligencia. Adhiérete, pues, al Señor y todo lo entenderás y comprenderás.

2. —Oye ahora —me dijo—, oh insensato, cómo la tristeza destruye al Espíritu Santo y de nuevo lo salva. Cuando un hombre vacilante se abalanza a una acción y fracasa en ella por su misma duda, la tristeza entra en ese hombre y contrista al Espíritu Santo y lo destruye. A su vez, cuando la impaciencia por alguna cosa se pega al hombre y le amarga demasiado, la tristeza entra también en el corazón del hombre que se irritó y se contrista por la acción que hizo y se arrepiente de haber obrado mal. Ahora bien, esta tristeza parece que lleva consigo la salvación, porque habiendo obrado el mal, se arrepintió. Ambas acciones, pues, contristan al espíritu: la duda, porque no alcanzó su obra; la impaciencia, porque obró el mal. Ambas, por tanto, la duda y la impaciencia, son dolorosas para el Espíritu Santo. Arranca, por tanto, de ti la tristeza y no atribules al Espíritu Santo que mora en ti no sea que suplique contra ti a Dios y se aparte de ti. Porque el Espíritu de Dios, que fue infundido en esta carne nuestra, no soporta la tristeza ni la angustia.

3. Revístete, pues, de aquella alegría que halla siempre gracia ante Dios y le es siempre aceptada y ten en ella tus delicias. Porque todo hombre alegre obra el bien, piensa el bien y desprecia la tristeza. En cambio, el hombre triste, obra siempre mal. En primer lugar, obra mal porque contrista al Espíritu Santo que le fue dado alegre al hombre. En segundo lugar, comete una iniquidad, porque no ruega ni confiesa a Dios, ya que la súplica del hombre triste no tiene la virtud de subir al altar de Dios.

—¿Por qué —le dije— no sube al altar de Dios la súplica de que sufre tristeza?

—Porque —me contestó— la tristeza está asentada en su corazón. Consiguientemente, la tristeza mezclada con la súplica no deja subir a esta, pura, hasta el altar de Dios. Porque así como el vinagre y el vino mezclados no tienen el mismo sabor agradable, así la tristeza mezclada con el Espíritu Santo no produce la misma intercesión que causaría el Espíritu Santo sin ella.

Purifícate, por tanto, de esta tristeza mala, y vivirás para Dios. E igualmente vivirán para Dios todos los que arrojen de sí la tristeza y se revistan de toda alegría.

MADAMIENTO UNDÉCIMO

Espíritu de Dios y espíritu terreno

Me mostró a unos hombres sentados sobre banco y a otro sentado sobre una silla, y me dijo:

—¿Ves a los que están sentados sobre el banco?

—Los veo, señor —respondí.

—Esos —me dijo— son fieles, y el que está sentado sobre la silla es un falso profeta, que destruye la inteligencia de los siervos de Dios. Pero destruye la de los vacilantes, no la de los de verdad fieles. Estos vacilantes, en efecto, acuden a él como a un adivino y le preguntan qué será de ellos; y el falso profeta, que no tiene en sí virtud alguna de espíritu divino, les responde conforme a sus preguntas y según los deseos de su maldad y llena las almas de ellos conforme a lo que ellos quieren. Porque estando él vacío, vaciamente responde a los vacíos. Y es que a todo lo que es preguntado, responde conforme al vacío del hombre. Sin embargo, todavía dice algunas palabras verdaderas, porque el diablo le llena de su propio espíritu, para ver si puede hacer pedazos a algún justo.

Así, pues, cuantos están firmes en la fe del Señor, revestidos de la verdad, no se adhieren a tales espíritus, sino que se apartan de ellos; pero los que dudan y con frecuencia cambian de opinión, se dan a la adivinación, como los gentiles, y, con este género de idolatría que cometen, cargan sobre sí mismos mayor pecado. Porque el que pregunta a un falso profeta sobre una acción, es un idólatra y vacío de verdad e insensato. En efecto, ningún espíritu dado por Dios es interrogado, sino que lo habla todo por propio impulso, por tener la virtud de la divinidad, pues procede de arriba, de la virtud del espíritu divino. Por el contrario, el espíritu que es interrogado y que habla según los deseos de los hombres, es un espíritu terreno y ligero, que no tiene ninguna fuerza. Y si

no es interrogado, absolutamente no habla.

—Entonces, señor —le dije—, ¿cómo conocerá un hombre cuál de ellos es profeta y cuál falso profeta?

—Escucha —me contestó— acerca de uno y otro profeta. Y conforme te voy a decir, así examinarás al profeta y al falso profeta. Examina por su vida al hombre que tiene espíritu divino. Ante todo, el hombre que tiene el espíritu divino, que procede de arriba, es manso y pacífico y humilde, alejado de toda maldad y de todo vano deseo de este siglo. Se hace a sí mismo el más pobre de todos los hombres y a nadie responde por ser interrogado; ni habla en secreto; ni cuando quiere el hombre que hable, entonces habla el Espíritu Santo; sino cuando quiere Dios que hable, entonces habla. Así, pues, cuando un hombre que tiene en sí el espíritu divino se presenta en la reunión de hombres que tienen la fe del espíritu divino y se está haciendo una súplica a Dios por parte de aquellos hombres justos, entonces el ángel del espíritu profético que está junto a él, llena a aquel hombre y, lleno el hombre del Espíritu Santo, habla a la muchedumbre conforme a lo que quiere el Señor.

De este modo, pues, se pondrá de manifiesto el espíritu de la divinidad, y esta es y tan grande la virtud del espíritu de la divinidad del Señor.

—Escucha ahora —me dijo— acerca del espíritu terreno y vacío y que no tiene virtud, sino que es necio. En primer lugar, aquel hombre que aparenta tener espíritu, se exalta a sí mismo, pretende ocupar los primeros puestos y al momento se torna impúdico, desvergonzado y charlatán; se pasa la vida en todo género de deleites y en otros muchos engaños y recibe paga por su profecía. Si no se le paga, no profetiza. Ahora bien, ¿es que puede el espíritu divino profetizar por dinero? No cabe que un profeta de Dios obre de modo semejante, sino que el espíritu da tales profetas es terreno.

En segundo lugar, ese tal no se acerca en absoluto a la reunión de los hombres justos, sino que huye de ellos. En cambio, se junta con los vacilantes y vacíos, y les profetiza a sombra de tejado y los extravía hablándoles todo, según los deseos de ellos, vaciamente. A gente vacía, en efecto, responde. Y es así que un vaso vacío no se rompe junto a otros vacíos, sino que unos con otros concuerdan. Pero cuando se presenta en la reunión llena de hombres justos, que tienen el espíritu de la divinidad, y hay que hacer una exhortación entre ellos, aquel hombre queda vacío y el espíritu terreno huye de miedo de su lado y se queda mudo el hombre y se hace completamente añicos, sin

poder decir una palabra. Porque al modo que si almacenas en la bodega vino o aceite y allí pones un cántaro vacío, y quieres luego desocupar la bodega, hallarás vacío el cántaro que pusiste vacío; así los profetas vacíos, cuando se presentan entre los espíritus de los justos, tal como vinieron, tales son hallados. Ahí tienes la vida de cada linaje de profetas. Por sus obras, pues, y por su vida, examina al hombre que se dice portador del espíritu. Por tu parte, cree al espíritu que viene de Dios y tiene fuerza; pero al espíritu terreno y vacío, no le creas en nada, pues no hay en él fuerza alguna, pues procede del diablo.

Escucha ahora la parábola que te voy a decir. Toma una piedra y arrójala al cielo. Mira si puedes alcanzarle. O bien, toma un sifón de agua y dispárala hacia el cielo. Mira si puedes agujerearlo.

—¿Cómo, señor —le dije—, pueden ser esas cosas? Las dos cosas que has dicho son imposibles.

—Pues del mismo modo —me respondió— que esas cosas son imposibles, así los espíritus terrenos son impotentes y débiles. Mira ahora la fuerza que viene de lo alto. El granizo es un grano menudísimo; pero cuando cae sobre la cabeza de un hombre, ¡qué dolor causa! O bien toma la gota de agua que cae de un cántaro y llega a horadar la piedra. Ya ves, pues, cómo las cosas que caen de lo alto sobre la tierra, por menudas que sean, tienen gran fuerza. Así es de fuerte el espíritu divino que viene de lo alto. Por tanto, cree a este espíritu y apártate del otro.

MANDAMIENTO DUODÉCIMO

Contra los malos deseos

1. Me dijo:

—Quita de ti todo deseo malo, y revístete del deseo bueno y santo. Porque revestido de este deseo, aborrecerás el malo y lo frenarás a tu gusto. Fiero es, en efecto, el mal deseo y con dificultad se amansa. Terrible es y con su fiereza consume desde todo punto a los hombres. Y, señaladamente cuando un siervo de Dios viene a dar en él y no es prudente, es por él terriblemente consumido. Pero consume a los que no tienen la vestidura del buen deseo, sino que están contaminados por este siglo. A estos, pues, entrega a la muerte.

—¿Cuáles son, señor —le dije— las obras del deseo malo, que entregan a los hombres a la

muerte? Dámelas a conocer y me abstendré de ellas.

—Escucha —me respondió— en qué clase de obras el deseo malo da muerte a los siervos de Dios.

2. El que sobre todos descuella es el deseo de la mujer ajena o del marido ajeno; luego, el lujo de la riqueza, de la abundancia de comidas y bebidas vanas, y de otros placeres muchos y necios. Porque todo placer es necio y vano para los siervos de Dios. Estos son, pues, los deseos malos que matan a los siervos de Dios. Porque este deseo malo es hijo del diablo. Es necesario que os abstengáis de esos malos deseos, para que, absteniéndooos, viváis para Dios. Pero aquellos que se dejen dominar por ellos y no los resistan, morirán de muerte total, porque mortales son estos deseos. Tú, por tanto, revístete del deseo de la justicia y, armado con el temor del Señor, resiste a los malos deseos, porque el temor de Dios habita en el buen deseo. Si el deseo malo te ve armado del temor de Dios y presto a resistirle, huirá lejos de ti y, atemorizado de tus armas, no se presentará más ante tu vista. Por tu parte, pues, coronado contra el mal deseo, marcha hacia el deseo de la justicia y, entregándole la victoria que ganaste, sé esclavo suyo en todo lo que quiere. Si fueres esclavo del buen deseo y te sometieras a él, podrás avasallar el deseo malo y someterle a tu voluntad.

3. —Quisiera saber, señor —le dije—, de qué manera tengo que servir al buen deseo.

Óyelo —me contestó—. Practicarás la justicia y la virtud, la verdad y el temor de Dios, la fe y la mansedumbre, y cuanto a estas virtudes se asemeja. Si estas virtudes practicares, serás siervo agradable a Dios y vivirás para Él. Y todo el que sirviere al buen deseo, vivirá para Dios.

Terminó, pues, estos doce mandamientos y me dijo:

—He aquí los mandamientos. Camina tú en ellos y exhorta a los demás a que su penitencia sea pura todo el resto de los días de su vida. Cumple cuidadosamente el ministerio que te encargo y harás una obra grande. Porque hallarás gracia en los que han de arrepentirse y darán fe a tus palabras, pues yo estaré contigo y los forzaré a que te crean.

Los mandamientos son posibles de guardar

—Le dije yo:

—Señor, estos mandamientos son grandes, hermosos y gloriosos y que pueden alegrar el corazón del hombre capaz de guardarlos; pero yo no sé si estos mandamientos pueden ser guardados por un hombre, puesto que son demasiado duros.

Me respondió diciendo:

—Si te persuadieses a ti mismo que pueden ser guardados, los guardarás fácilmente y no se te harán duros; pero si ya se te está viniendo a la cabeza que no pueden ser guardados por un hombre, no los guardarás. Ahora bien, lo que te digo es: si no guardas estos mandamientos, sino que los descuidas, no tendrás salvación: ni tú ni tus hijos ni tu casa, una vez que ya has juzgado para ti que no pueden ser guardados por un hombre.

4. Y me dijo estas palabras en extremo airado, de suerte que yo quedé confundido y consumido por el miedo ante él. Porque su figura se transformó, hasta el punto que no hay hombre que pudiera soportar aquella figura. Al verme, pues, todo turbado y confuso, me empezó a hablar mansamente y me dijo:

—Necio, insensato y vacilante, ¿no entiendes cuán grande, poderosa y admirable es la gloria de Dios, que creó el mundo por amor del hombre y sometió a él toda la creación y le dio potestad para dominar sobre todo lo que hay debajo del cielo? Si pues —me dijo—, el hombre es dueño de todas las criaturas de Dios y sobre todas ejerce señorío, ¿no podrá también apropiarse de estos mandamientos? Sí puede —dijo— el hombre que tiene al Señor en su corazón, dominarlo todo y dominar también todos estos mandamientos. Pero los que sólo tienen al Señor en sus labios, pero su corazón endurecido y están lejos del Señor, para esos, sí, estos mandamientos son duros e inaccesibles. Poned, pues, vosotros, los que sois vacíos y ligeros en la fe, poned al Señor en vuestros corazones y os daréis cuenta de que nada hay más fácil ni más dulce ni más suave que estos mandamientos. Convertíos vosotros, los que andáis en los mandamientos del diablo, en las liviandades difíciles, amargas y fieras y no temáis al diablo, porque no hay en él poder alguno contra vosotros. Porque yo estaré con vosotros, yo, mensajero de la penitencia, que domino sobre él. El diablo sólo infunde miedo; pero este miedo no tiene vigor ninguno. No le temáis, pues, y huirá de vosotros.

La tentación

5. Le dije yo:

—Señor, escúchame unas pocas palabras.

—Habla lo que quieras —me contestó.

—El hombre ciertamente, señor —le dije—, está pronto a guardar los mandamientos y no hay nadie que no pida al Señor que le fortalezca en sus mandamientos y lo sujete a ellos; pero el diablo

es duro y los domina.

—No puede —me contestó— el diablo dominar a los siervos de Dios que de todo corazón confían en Él. Puede combatirlos, pero no puede derrotarlos. Así, pues, si le resistís, huirá de vosotros vencido y lleno de vergüenza. Aquellos, en cambio, que están del todo vacíos, temen al diablo como si este tuviera algún poder. Cuando un hombre llena de buen vino un buen número de tinajas y le quedan algunas a medio llenar, y si luego visita las tinajas, no examina las llenas, pues sabe que estas están llenas; en cambio, examina las medio vacías, porque teme que se agrien, pues las tinajas a medio llenar se agrian rápidamente y se echa a perder el gusto del vino. Así también los que están llenos de fe, le resisten fuertemente y el diablo se retira de ellos, por no tener lugar por donde entrar. Entonces va a los medio vacíos y, como tiene lugar, entra en ellos y hace con ellos lo que quiere y se convierten en esclavos suyos.

6. A vosotros os lo digo, yo el mensajero de la penitencia: no temáis al diablo. Porque yo he sido enviado —me dijo— para estar con vosotros, los que os arrepentís de todo corazón, y a fortaleceros en la fe. Creed, pues, a Dios, vosotros los que por vuestros pecados estáis ya desesperados de vuestra vida y añadís pecados a pecados y agraváis hasta el suelo vuestra vida, porque si os convirtierais al Señor de todo vuestro corazón y obrareis la justicia el resto de los días de vuestra vida y le sirviereis rectamente conforme a su voluntad, Él pondrá remedio a vuestros pecados pasados y tendréis poder para dominar las obras del diablo. Pero no temáis en absoluto la amenaza del diablo, pues no tiene vigor alguno, como los tendones de un cadáver. Oídme, pues, a mí y temed al que todo lo puede, salvar lo mismo que perder, y guardad estos mandamientos y viviréis para Dios.

Le dije yo:

—Señor, ahora me siento fortalecido en todas las justificaciones del Señor, pues tú estás conmigo. Y sé que tú harás pedazos toda la fuerza del diablo y nosotros lo dominaremos y sobrepujaremos todas sus obras. Y espero, señor, que fortaleciéndome el Señor, seré capaz de guardar todos estos mandamientos que me has dado.

—Los guardarás —me contestó— a condición de que tu corazón sea puro para con el Señor; y todos los que purificaren sus corazones de los vanos deseos de este siglo, los guardarán también y vivirán para Dios.

COMPARACIONES QUE HABLÓ CONMIGO

PRIMERA COMPARACIÓN

Las dos ciudades

Me dijo:

—Sabéis —me dijo— que vosotros, los siervos de Dios, vivís en una tierra extranjera. En efecto, vuestra ciudad está lejos de esta ciudad. Si, pues, sabéis —me dijo— la ciudad en que tenéis que habitar, ¿con qué fin os prepararéis aquí campos y moradas lujosas, casas y edificios superfluos? El que prepara todas esas cosas para esta ciudad presente, es que no espera volver a su propia ciudad. Necio, vacilante y miserable, ¿no te das cuenta que todas esas son cosas ajenas y que están bajo el poder de otro? Te dirá, en efecto, el señor de esta ciudad: “no quiero que habites en mi ciudad, sino sal de esta ciudad, puesto que no sigues mis leyes”. Ahora bien, tú que tienes campos y casas y muchas otras riquezas, desterrado por él, ¿qué harás con tu campo y con tu casa y con todo lo demás que te preparaste para ti? Porque con toda justicia te dice el señor de esta tierra: “O has de seguir mis leyes o márchate de esta tierra”. ¿Qué vas, pues, a hacer tú que tienes una ley en tu propia ciudad? ¿Es que por amor de tus campos y de tus otros bienes negarás del todo tu fe y caminarás en la ley de esta ciudad? Ten cuidado no te sea inconveniente negar tu ley, pues corres riesgo de que cuando quieras volver a tu propia ciudad no seas admitido, por haber negado la ley de tu ciudad, y quedes excluido de ella.

Atiende, por tanto. Puesto que habitas en tierra extranjera, no busques para ti sino lo suficiente y necesario y está preparado para que, en el momento en que el señor de esta ciudad quiera expulsarte por oponerte a su ley, salgas de su ciudad y entres en tu propia ciudad y sigas allí tu ley alegremente, sin injuria de nadie.

¡Atención, pues, vosotros los que servís al Señor y lo tenéis en el corazón! Obrad las obras de Dios, recordando sus mandamientos y las promesas que os ha hecho y creed que Él las cumplirá, con tal de que se guarden sus mandamientos. En lugar, pues, de campos, comprad almas atribuladas, conforme cada uno pudiere; asistid a las viudas y a los huérfanos y no los despreciéis y gastad las riquezas y todos vuestros bienes, que recibisteis de Dios, en tales campos y casas. Porque este fue el fin porque Dios os hizo ricos, para que le cumpláis a Él estas administraciones. Mucho mejor

es comprar tales campos y posesiones y casas que has de encontrar en tu ciudad cuando vayas a ella. Este es el lujo bueno y santo, que no trae consigo tristeza ni temor, sino alegría. No practiquéis, pues, el lujo de los gentiles, pues es sin provecho para vosotros, los servidores de Dios. Practicad más bien vuestro propio lujo, aquel en que podáis alegraros. Y no falsifiquéis moneda, ni toquéis lo ajeno ni lo codiciéis. Porque cosa mala es codiciar lo ajeno. Trabaja, en cambio, en tu trabajo y te salvarás.

SEGUNDA COMPARACIÓN

El olmo y la vid

Como me paseara yo por el campo y estuviera considerando un olmo y una vid, discurriendo sobre esas plantas y los frutos de ellas, se me apareció el Pastor y me dijo:

—¿Qué es lo que estás meditando dentro de ti acerca del olmo y la vid?

—Estoy reflexionando, señor —le dije—, que encajan muy bien el uno con la otra.

—Estos dos árboles —me contestó— están puestos para ejemplo de los servidores de Dios.

—Quisiera saber—le dije— qué ejemplo es el de estos árboles de que hablas.

—¿Ves —me dijo— el olmo y la vid?

—Los veo, señor —contesté.

—Pues bien —me dijo—; esta vid da por sí misma fruto; pero el olmo es un tronco infructuoso. Sin embargo, la vid, si no se sube al olmo, no puede dar mucho fruto, arrastrada por tierra, y aun el que da, si no cuelga del olmo, lo da podrido. Así, pues, cuando la vid se adhiere al olmo, da fruto por sí y por el olmo. Ya ves, pues, como también el olmo da fruto, no menos que la vid y hasta puede decirse que más.

—¿Cómo, señor —le dije—, más?

—Sí —me contestó—, porque la vid colgada del olmo da mucho y buen fruto; pero arrastrada por la tierra lo da escaso y podrido. Así, pues, esta comparación está puesta para los servidores de Dios, para el pobre y el rico.

—Explícame, señor —le dije—, de qué manera.

—Escucha —me contestó—. El rico tiene mucho dinero; pero en lo que atañe al Señor es un mendigo, distraído como está por su riqueza, y son muy pocas las veces que confiesa y ora al Señor

y, cuando lo hace, su oración tiene poca fuerza para subir a lo alto. Ahora bien, cuando el rico se sube sobre el pobre y le proporciona lo necesario, con la fe de que cuanto por el pobre hiciere, tendrá su galardón ante Dios —porque el pobre es rico en su oración y confesión y su súplica tiene gran fuerza para con Dios—; con esa fe, pues, el rico le suministra todo al pobre sin vacilar, y el pobre, socorrido por el rico, ruega por él, dando gracias a Dios por el que le dio. Y aquél sigue preocupándose por el pobre, a fin de que nada le falte en su vida, porque sabe que la oración del pobre es aceptada y rica delante de Dios.

Así, pues, ambos cumplen su obra: el pobre hace la oración en que es rico y que recibió del Señor. Este la devuelve al Señor que la suministra; igualmente el rico, la riqueza que recibió del Señor, se la da al pobre sin dudar. Y esta obra es grande y aceptada ante Dios, porque el rico entendió su riqueza y dio al pobre de los dones del Señor y cumplió rectamente la administración del Señor.

Entre los hombres, el olmo parece que no da fruto y no saben ni se dan cuenta que cuando hay sequía, el olmo, que tiene agua, alimenta la vid, y la vid que no sufre falta de agua, da doble fruto, por sí y por el olmo. Del mismo modo también los pobres, rogando al Señor por los ricos, dan plenitud a la riqueza de estos; y los ricos a su vez, suministrando lo necesario a los pobres, dan plenitud a las almas de estos. Ambos, pues, se hacen partícipes de la obra justa. El que estas cosas hiciere, no será abandonado por Dios, sino que será inscrito en los libros de los vivientes. Bienaventurados los que tienen y se dan cuenta que su riqueza les viene de Dios. Porque el que esto entendiere, podrá también administrar algo.

TERCERA COMPARACIÓN

El presente siglo, invierno

Me mostró muchos árboles que no tenían hojas, sino que me parecían todos como secos, y me dijo:

—¿Ves todos estos árboles?

—Los veo, señor —le respondí—, y que todos son iguales y secos.

Me respondió diciendo:

—Estos árboles que estás viendo, son los habitantes de este siglo.

—Entonces, señor —le dije—, ¿por qué están como secos y son iguales?

—Porque —me contestó— ni los justos ni los pecadores se manifiestan en este siglo, sino que son semejantes. Este mundo, en efecto, es invierno para los justos y no se manifiestan, habitando, como habitan, entre los pecadores. Porque así como en invierno los árboles sin hojas son semejantes unos a otros y no se ve cuáles están secos y cuáles verdes, así en el siglo presente no se manifiestan ni los justos ni los pecadores, sino que todos son semejantes.

CUARTA COMPARACIÓN

El siglo venidero, verano

Me mostró otra vez muchos árboles, unos verdes y otros secos, y me dijo:

—¿Ves estos árboles?

—Los veo, señor —le dije—, y que unos están verdes y otros secos.

—Estos —me dijo— que están verdes representan a los justos que han de habitar en el siglo venidero. Porque el siglo venidero es verano para los justos; pero para los pecadores, invierno. Así, pues, cuando brille la misericordia del Señor, entonces se manifestarán todos los que sirven a Dios.

Porque del mismo modo que en verano se manifiestan los frutos de cada árbol y se reconoce de qué calidad son, así, en aquel siglo, serán manifiestos los frutos de los justos y se conocerá el vigor de todos. En cambio, los gentiles y los pecadores, que son los árboles que viste secos, secos e infructuosos, como ellos, se encontrarán en aquel siglo y como leños serán abrasados y serán manifiestos. Porque sus acciones fueron malas en su vida. Los pecadores, en efecto, serán quemados, porque pecaron y no hicieron penitencia; y los gentiles lo serán, porque no conocieron al que los creó.

Tú, pues, lleva fruto, para que en aquel verano por venir sea conocido tu fruto. Apártate del exceso de acciones y jamás peques. Porque los que se entregan a muchas acciones, mucho también pecan, arrastrados en el torbellino de sus acciones y no sirviendo a su Señor. —¿Cómo, pues —me dijo—, puede un hombre tal, que no sirve al Señor, pedir nada al Señor y recibirlo? Porque los que a Él le sirven, esos son los que reciben lo que piden; pero los que no sirven al Señor, esos nada recibirán. En cambio, el que se dedica a hacer una sola cosa, ése puede también servir al Señor, porque su pensamiento no se aparta del Señor, sino que le servirá manteniendo puro su

pensamiento. Así, pues, si esto hicieras, puedes dar fruto para el siglo venidero; y todo el que esto hiciere, dará también fruto.

QUINTA COMPARACIÓN

El ayuno grato a Dios

1. Estando yo ayunando y sentado en cierto monte y como le diera gracias al Señor por todo lo que había hecho conmigo, he aquí que veo al Pastor sentado a mi lado y me dice:

—¿Cómo has venido tan de madrugada?

—Porque hago, señor —le dije—, estación.

—¿Qué es eso de estación? —me preguntó.

—Estoy ayunando, señor—le dije yo.

—¿Y cuál es —me dijo— ese ayuno que ayunáis?

—Ayuno, señor —le contesté—, según lo tenía por costumbre.

—No sabéis —me dijo— ayunar para el Señor, ni es este ayuno inútil el que debéis ayunar para Él.

—¿Por qué, señor —le dije—, dices esto?

—Te digo —me contestó— que no es este el ayuno que os imagináis, sino que yo te enseñaré cuál es el ayuno lleno y acepto al Señor. Escucha —me dijo—. Dios no quiere ese ayuno vano, pues ayunando para Dios de ese modo, nada obrarás para la justicia. El ayuno que has de ayunar para Dios es este: no hagas mal alguno en tu vida y sirva al Señor con corazón limpio. Guarda sus mandamientos, caminando en sus ordenanzas y que ningún mal deseo entre en tu corazón. Ten fe en Dios. Y si esto hicieras y te abstuvieras de toda obra mala, vivirás para Dios. Y si de este modo obras, practicarás un ayuno grande y acepto a Dios.

Parábola del esclavo y la viña

2. Escucha la comparación que quiero ponerte, pertinente al ayuno. Un hombre tenía un campo y muchos esclavos, y una parte de aquel campo lo plantó de viñedo. Y habiendo escogido de entre los otros a un esclavo que le era fiel y le agradaba y a quien él honraba, le llamó y le dijo: “Toma a tu cargo esa viña que he plantado y ponle una empalizada hasta que yo vuelva y no hagas nada

más con la viña. Si guardas este mandamiento que te doy, te pondré en libertad.” Y luego el amo de aquel esclavo se marchó de viaje. Y, ausente ya el amo, se fue el esclavo y cercó la viña con una empalizada. Cuando hubo terminado la cerca, vio que la viña estaba llena de hierba. Pensó, pues, para sí y se dijo: “Ya he cumplido el primer mandamiento de mi señor; voy ahora a cavar esta viña y estará más hermosa cavada y, sin hierbas que la ahoguen, dará fruto más copioso.” Se fue, pues, y cavó la viña y arrancó todas las hierbas que había en ella y aquella viña se puso hermosísima y frondosa, ya que no tenía hierbas que la ahogaran. Después de algún tiempo, volvió el amo del esclavo y del campo y entró en la viña. Y como la viera convenientemente cercada y además cavada y arrancadas todas las hierbas y con frondosas hojas, se alegró sobremanera de los trabajos de su esclavo. Llamando, pues, a su hijo amado, a quien tenía por heredero, y a sus amigos, que tenía por consejeros, les contó lo que mandara al esclavo y lo que había encontrado hecho, y aquéllos felicitaron al esclavo por el testimonio que el señor daba sobre él. Y les dijo: “Yo había prometido a este esclavo la libertad, si guardaba el mandamiento que le puse, y no sólo lo ha guardado, sino que ha añadido a la viña esta hermosa obra, con lo que me ha complacido sobremanera. Así, pues, como premio por esta obra que ha hecho, quiero hacerlo coheredero de mi hijo, pues habiendo entendido el bien no lo descuidó, sino que lo cumplió”.

El hijo del señor fue de la misma opinión: que el esclavo fuera coheredero con él.

Después de pocos días, el amo celebró una cena y le mandó al esclavo mucha comida. Tomando este la comida mandada por su amo, se quedó con lo que le bastaba y todo lo demás lo distribuyó entre sus compañeros. Los compañeros, por su parte, se alegraron con la comida y empezaron a hacer votos para que encontrara todavía mayor gracia ante su señor, por la forma en que se había con ellos. Todo esto lo oyó el señor y nuevamente se alegró de la acción de su esclavo, y llamando otra vez a sus amigos y a su hijo, les contó lo que el esclavo había hecho con la comida que recibió. Y ellos se confirmaron más y más en la idea de que, el esclavo fuera coheredero con el hijo.

3. Le dije yo al Pastor:

—Señor, yo no entiendo ni soy capaz de comprender estas comparaciones, si tú no me las resuelves.

—Todo te lo resolveré —me contesto—, y cuanto contigo hablare, te lo mostraré todo. Guarda los mandamientos del Señor y serás grato a Dios y serás inscrito en el número de los que guardan

sus mandamientos. Pero si alguna cosa hicieres además de lo que ordenan los mandamientos de Dios, te adquirirás mayor gloria y serás más glorioso a la vista de Dios que si no lo hubieras hecho.

Así, pues, si además de guardar los mandamientos de Dios, añades estos servicios, te alegrarás, con la condición de que los cumplas conforme a mi mandato.

Le dije yo:

—Señor, todo lo que me mandes lo cumpliré, porque sé que tú estás conmigo.

—Sí —me contestó—, estaré contigo, porque tienes este propósito de hacer el bien; y estaré también —añadió— con todos aquellos que tuvieren el mismo propósito.

El mejor ayuno

Este ayuno —me dijo— de los que observan los mandamientos del Señor es sobremanera hermoso. Consiguientemente, el ayuno que has de observar lo observarás de la manera siguiente: ante todo, guárdate de toda palabra mala y de todo deseo malo y limpia tu corazón de todas las vanidades de este siglo. Si esto guardares, este ayuno será para ti perfecto. Por lo demás, lo harás de esta manera: cumplido lo que queda escrito, el día que ayunes no degustarás nada, sino pan y agua y de la comida que habías de tomar para ti aquel día, calcularás la cantidad que habrías gastado y lo entregarás a una viuda, un huérfano o un necesitado, y de este modo te humillarás, para que el que tomó de tu humildad sacie su alma y ruegue por ti al Señor.

Si cumplieres, pues, el ayuno del modo que yo te he mandado, tu sacrificio será aceptado por Dios y este ayuno quedará inscrito y este servicio, así practicado, es hermoso y alegre y grato ante el Señor. Todo esto lo observarás de este modo tú y tus hijos y toda tu familia. Y si así la observares, serás bienaventurado. Y cuantos, oídas estas cosas, las observaren, serán igualmente bienaventurados y cuanto pidieren al Señor lo alcanzarán.

Explicación de la parábola

4. Le supliqué con mucha instancia que me explicara la comparación del campo y de la viña y del esclavo que la cercó, de la empalizada y de las hierbas arrancadas en la viña y del hijo y de los amigos consejeros. Me di cuenta, efecto, que todo esto era una comparación.

Me respondió él diciendo:

—Eres en extremo audaz para preguntar. Nada absolutamente —me dijo— debes preguntar,

porque si realmente la cosa ha de serte manifiesta, se te manifestará.

—Le respondí yo:

—Señor, todo lo que me muestres y no me lo expliques, vano será haberlo visto, si no entiendo lo que significa. Del mismo modo, si me pones comparaciones y no me las resuelves, en vano será habértelas oído.

—Quiquiera —me dijo— que sea siervo de Dios y tenga a Dios en su corazón, y le pide inteligencia, la recibe y así resuelve toda comparación y se le hacen patentes las palabras del Señor dichas por medio de comparaciones. Pero los que son tardíos y perezosos para la oración, esos son los que dudan en pedir al Señor. Pero el Señor tiene entrañas en gran manera misericordiosas y a todos los que le piden les da sin falta. Pero tú, fortalecido por su santo mensajero y que de él has recibido tal espíritu de oración y no eres perezoso, ¿por qué no pides al Señor inteligencia y la recibirás de Él?

Le respondí yo:

—Señor, mientras te tengo a ti conmigo, tengo necesidad de rogarte y preguntarte a ti, pues tú eres el que me lo muestras todo y estás hablando conmigo; pero si hubiera visto y oído esas cosas sin ti, le hubiera pedido al Señor que me las manifestara.

5. —Ya te dije —me contestó— hace poco que eres astuto y audaz para preguntar las resoluciones de las comparaciones. Pero ya que eres tan pertinaz, te quiero explicar la comparación del campo con todas las otras circunstancias, para que tú las des a conocer a todos. Escucha ahora —me dijo— y procura entenderlas.

El campo es este mundo; el amo del campo es el que creó todas las cosas y las ordenó y las fortaleció todas. Las cepas son este pueblo que Él plantó. Las estacas de la empalizada son los ángeles santos del Señor, que contienen a su pueblo. Las hierbas arrancadas de la viña son las iniquidades de los servidores de Dios. La comida que Él mandó del banquete son los mandamientos que le dio a su pueblo por medio de su Hijo. Los amigos y consejeros son los santos ángeles, que fueron creados primero. El viaje del dueño es el tiempo que falta hasta su venida.

Le dije entonces:

—Señor, todas estas cosas son grandes y maravillosas y gloriosas todas. ¿Acaso —le dije— podría yo entenderlas? Ni yo ni ningún otro hombre, por muy inteligente que sea, es capaz de entenderlas. Todavía, señor —le dije—, explícame lo que te quiero preguntar.

—Di —me dijo— lo que quieras.

—¿Por qué, señor —le dije—, el Hijo de Dios está puesto en la parábola con el oficio de esclavo?

La gloria del Hijo de Dios

6. —Escucha —me contestó—. El Hijo de Dios no está puesto en el oficio de esclavo, sino en gran potestad y señorío.

—¿Cómo? —le dije yo—, señor; no lo entiendo.

—Porque —me contestó— Dios plantó la viña, es decir, creó a su pueblo y lo entregó a su Hijo, y el Hijo estableció a los ángeles sobre ellos para que los guardaran. Y Él limpió los pecados de ellos, después de trabajar mucho y pasar muchas fatigas, pues no hay viña que pueda cavarse sin trabajo y fatiga. Así, pues, cuando hubo limpiado los pecados de su pueblo, les mostró las sendas de la vida, dándoles la ley que recibió de su Padre. Ya ves —me dijo— cómo Él es señor de su pueblo, habiendo recibido toda potestad de manos de su Padre.

Escucha también cómo el Señor tomó por consejero a su Hijo y a los ángeles gloriosos acerca de la herencia del esclavo. Al Espíritu Santo, preexistente, el que creó la creación entera, Dios le hizo morar en la carne que Él quiso. Ahora bien, esta carne, en que habitó el Espíritu Santo, sirvió bien al Espíritu, caminando en santidad y pureza, sin mancillar en nada absolutamente al mismo Espíritu. Como hubiera, pues, ella llevado una conducta buena y pura, trabajando y cooperando en toda obra juntamente con el Espíritu, y habiéndose portado fuerte y valerosamente, la tomó Dios como compañera juntamente con el Espíritu Santo, pues la conducta de esta carne agradó a Dios por no haberse manchado sobre la tierra, morada que era del Espíritu Santo. Así, pues, tomó por consejero a su Hijo y a los ángeles gloriosos, para que también esta carne que había servido sin reproche al Espíritu, obtuviera algún lugar de habitación y no pareciera que se perdía el galardón de su servicio. Porque toda carne, en que moró el Espíritu, recibirá su recompensa, con tal que sea hallada pura y sin mancha. He aquí también la solución de esta comparación.

7. —Me alegro, señor —le dije—, de haber oído esta explicación.

—Escucha ahora—me dijo—. Guarda tu carne pura y sin mancha, a fin de que el Espíritu que habita en ella atestigüe por ella, y sea justificada tu carne.

Cuidado con que te venga jamás a la mente que esta carne tuya es perecedera y abusos de ella

en alguna impureza. Porque si mancillares tu carne, mancillarás también al Espíritu Santo; y si mancillas al Espíritu, no vivirás.

—Señor—le dije—, si antes de oír estas palabras sucedió alguna ignorancia, ¿cómo puede salvarse el hombre que mancilló su carne?

—Sólo Dios —me contestó— tiene poder para remediar las ignorancias pasadas, pues Él lo puede todo. Pero ahora guárdate a ti mismo y el Señor omnipotente, misericordioso como es, dará remedio acerca de las pasadas ignorancias, a condición de que en lo sucesivo no mancilles tu carne ni tu espíritu, pues uno y otro van juntos y no puede mancharse el uno sin el otro. Guárdalos, pues, puros a ambos y vivirás para Dios.

SEXTA COMPARACIÓN

Exhortación a la guarda de los mandamientos

1. Estando sentado en mi casa, glorificando a Dios por todo lo que había visto e inquiriendo sobre lo bellos, poderosos, alegres y gloriosos que son estos mandamientos y cómo pueden salvar el alma del hombre, me decía para mí: “Dichoso seré si caminare en estos mandamientos, y no sólo yo, sino quienquiera que camine en ellos será igualmente feliz.” Mientras esto decía dentro de mí, he aquí que de improviso veo al Pastor sentado junto a mí y que me decía:

—¿Qué es lo que vacilas acerca de los mandamientos que te he dado? Hermosos son. No dudes en absoluto, sino revístete de la fe del Señor y caminarás en ellos. Estos mandamientos son útiles a los que han de hacer penitencia, pues si no caminaren en ellos, vana es su penitencia. Vosotros, pues, los que hacéis penitencia, arrojad las maldades de este siglo, que os corrompen, y revestidos de toda virtud de justicia, podréis observar estos mandamientos y no añadir ya más pecados. Si, pues, no añadiereis ya ningún otro pecado, os apartaréis de vuestros pecados pasados. Caminad, por tanto, en estos mandamientos míos y viviréis para Dios. Todo esto os lo digo yo.

Los dos Pastores

Después de haberme hablado lo antedicho, me dijo:

—Vámonos al campo y te mostraré los pastores de los rebaños.

—Vámonos, señor —le dije.

Salimos a una llanura y me mostró un pastor joven, vestido con variedad de ropas, de color carmesí. Este pastor apacentaba numerosísimas ovejas y estas ovejas estaban como entre delicias y jolgorios, muy alegres, saltando de acá para allá. El pastor mismo estaba sobremanera alegre con su rebaño, y su cara irradiaba por todas partes alegría, y corría por entre las ovejas. Vi también otras ovejas, entre delicias y alegrías, pero que no daban saltos.

2. Me dijo entonces:

—¿Ves este pastor?

—Lo veo, señor —le dije.

—Este —me dijo— es el mensajero del placer y del engaño. Este es el que corrompe las almas de los servidores de Dios y los trastorna alejándolos de la verdad, engañándolos con los malos deseos en que perecen. Porque se olvidan de los mandamientos del Dios vivo y caminan en sus engaños y placeres vanos y perecen por obra de este mensajero, algunos hasta la corrupción, y otros hasta la muerte.

Le dije yo:

—Señor, yo no entiendo qué quiere decir “hasta la corrupción” y qué “hasta la muerte”.

—Escucha —me dijo—. Las ovejas que viste alegres y saltando, representan a los que viven apartados totalmente de Dios y se han entregado a los deseos de este siglo. Ahora bien, en estos no hay penitencia para vida, pues han añadido pecados a pecados y blasfemaron el nombre de Dios. Por consiguiente, su destino es la muerte. Las ovejas, en cambio, que viste que no saltaban, sino que pacían reunidas en un mismo sitio, representan a los que se han entregado, cierto, a los placeres y engaños, pero no pronunciaron blasfemia alguna contra el Señor. En estos la corrupción no pasa de haberse alejado de la verdad, y todavía queda la esperanza de la penitencia, mediante la cual pueden vivir. La corrupción, pues, tiene alguna esperanza de renovación; pero la muerte lleva consigo ruina sempiterna.

Avanzarnos nuevamente un corto trecho y me mostró un pastor alto de talla, con cara como feroz, cubierto de una piel blanca de cabra, un zurrón al hombro, un cayado muy duro y nudoso y un gran látigo. Su mirada era tan amenazadora, que me infundió terror. Tal mirada tenía. Así, pues, este pastor recibía del pastor joven las ovejas, aquellas que pacían entre deleites y alegrías, pero que no saltaban, y las arrojaba a cierto paraje escarpado, lleno de cardos y abrojos, de suerte que las ovejas no podían desenredarse de los cardos y abrojos, sino que quedaban prendidas entre ellos.

Y así prendidas, pacían entre cardos y abrojos y sufrían sobremanera, punzadas por ellos. Y el pastor las llevaba de acá para allá, sin darles ningún reposo y las pobres ovejas no estaban un momento quietas.

3. Viéndolas, pues, tan castigadas y atormentadas, tuve lástima de ellas, pues pasaban por tales trances y no tenían tregua alguna. Le dije al Pastor que hablaba conmigo:

—Señor, ¿quién es este pastor, tan sin entrañas, tan duro y que no tiene compasión con estas ovejas?

—Este es —me respondió— el mensajero de la pena; pertenece ciertamente a los mensajeros o ángeles justos, pero está puesto para la pena. Así, pues, él es el que recibe a los que se extravían de Dios y se fueron tras los deseos y engaños de este siglo y los atormenta, conforme a lo que merecen, con terribles y variadas penas.

—Quisiera saber, señor —le dije—, cuáles son estas variadas penas.

—Escucha —me contestó—, las variadas penas y tormentos. Los tormentos son de esta vida, porque unos son castigados con daños en su fortuna, otros con privaciones; quiénes con varias enfermedades, quiénes con todo género de inconstancia; estos reciben injurias de gentes indignas y aquéllos, en fin, sufren en muchos otros aspectos. Muchos, en efecto, inconstantes en sus designios, se abalanzan a muchas empresas y nada absolutamente les sale bien. Y dan como excusa que no tienen suerte en sus empresas y no se les ocurre pensar que antes cometieron acciones malas, sino que le echan la culpa al Señor. Así, pues, una vez que han pasado por todo tipo de tribulaciones, entonces me son entregados para la buena instrucción y se fortalecen en la fe del Señor y todo el resto de los días de su vida sirven ya al Señor con corazón puro. Pero cuando hacen penitencia, entonces es cuando les viene a la mente las malas obras que hicieron y glorifican a Dios, proclamándolo como justo juez y que justamente sufrió cada uno conforme a sus obras. Y en adelante sirven al Señor con corazón puro y prosperan en toda empresa, pues reciben del Señor cuanto le piden. Y entonces glorifican al Señor por haberme sido entregados y ya en adelante ningún mal vuelven a padecer.

El tiempo del placer y del castigo

4. Le dije yo:

—Señor, explícame además este punto.

—¿Qué es lo que quieres ? —me contestó.

—A ver si, acaso, señor —le dije—, los que se dan al placer y al engaño, son atormentados la misma cantidad de tiempo utilizado para gozar y vivir engañados.

Me respondió:

—Si, son atormentados por el mismo tiempo.

—Muy corto tiempo, señor —repliqué—, son atormentados.

—Necio eres —me contestó—, y no entiendes la virtud del tormento.

—Si lo entendiera, señor —le repliqué—, no te preguntara que me lo expliques.

—Escucha —me dijo— la virtud de lo uno y de lo otro. El tiempo del placer y del engaño es una hora sola; pero la hora de tormento tiene la virtud de treinta días. Así, pues, si uno se da al placer y al engaño por un solo día, y por un solo día es atormentado, el día de tormento vale por un año entero. Consiguientemente, cuantos días se dé uno al placer, otros tantos años es atormentado. Ya ves, pues, cómo el tiempo del placer y del engaño es brevísimo y el de la pena y tormento, largo.

—Todavía, señor —le dije—, no he entendido del todo lo del tiempo del engaño, del placer y del tormento. Explícamelo con más claridad.

Me respondió diciendo:

—Tu insensatez es pertinaz y no quieres purificar tu corazón para servir a Dios. Atiende —me dijo—, no se cumpla el tiempo y tú seas hallado insensato. Oye, pues, como quieres, a fin de que lo entiendas. El que se da al placer y al engaño un solo día y hace lo que le da gana, anda envuelto en gran insensatez y no se da cuenta de lo que hace. Porque el placer y el engaño no tienen memoria, a causa de la insensatez de que está envuelto; pero la pena y el tormento, si por un solo día se adhieren al hombre, se apena y se atormenta por un año entero, pues la pena y el tormento tiene gran memoria. El que es, pues, atormentado y castigado por un año entero, llega un día a acordarse del placer y del engaño y cae en la cuenta de que por causa de ello sufre los males que sufre. Así, pues, todo hombre que se da al placer y al engaño es de este modo atormentado, porque teniendo vida se entregó a sí mismo a la muerte.

—¿Cuáles son, señor —le dije—, los placeres dañosos?

—Toda acción —me dijo—, que se haga con gusto, acarrea placer al hombre. Y, en efecto, el colérico, satisfaciendo su pasión, siente placer; y del mismo modo, el adúltero, y el borracho y el

murmurador y el embustero y el avaro y el defraudador, y todo el que hace cosas por el estilo, siente gusto en satisfacer su propia enfermedad. Siente, pues, placer en su acción. Todos estos placeres son dañosos para los servidores de Dios. Consiguientemente, por estos engaños sufren los que son castigados y atormentados. Mas hay también placeres que salvan a los hombres, pues muchos, obrando el bien, gozan llevados de su propio placer. Este placer es provechoso al servicio de Dios y acarrea vida al que lo siente. Pero los placeres susodichos sólo acarrear penas y tormentos. Y si perseveran en ellos y no se arrepienten, les acarrear la muerte.

SÉPTIMA COMPARACIÓN

El ángel del castigo en la casa de Hermas

Después de unos días le vi en la misma llanura en que había visto los pastores, y me dijo:

—¿Qué buscas?

—He venido, señor —le contesté—, para rogarte que mandes salir de mi casa al ángel castigador, porque me atribula sobremanera.

—Es necesario —me contestó él— que seas atribulado, pues así lo ordenó acerca de ti el ángel glorioso. Y es que quiere que seas probado.

Entonces de pregunté:

—¿Pues qué he hecho yo, señor, tan malo para ser entregado a este ángel?

—Escucha —me contestó—. Tus pecados son ciertamente muchos, pero no tan grandes como para que merezcas que seas entregado a este ángel; pero tu familia cometió grandes iniquidades y por eso se mandó que por cierto tiempo seas tú atribulado, con el fin de que también aquéllos se arrepientan y se limpien de toda codicia de este siglo. Cuando, pues, se hubieren arrepentido y purificado, entonces se apartará de ti el ángel de la pena.

Le dije yo:

—Señor, si ellos hicieron obras capaces de exasperar al ángel glorioso, ¿yo qué culpa tengo?

—Es que —me contestó— no hay otro modo de que ellos sean atribulados, si tú, que eres cabeza de familia, no sufres tribulación. Porque, siendo tú atribulado, forzosamente sufrirán ellos; pero si tú sigues firme, no pueden ellos sufrir tribulación alguna.

—Pero he aquí, señor —le dije—, que ya se han arrepentido de todo su corazón.

—También yo sé —me contestó— que se han arrepentido de todo corazón. Ahora bien, ¿crees tú que se perdonan inmediatamente los pecados a los que se arrepienten? De ninguna manera, sino que el que se arrepiente tiene que atormentar su alma y humillarla fuertemente en toda acción suya y pasar por todo género de tribulaciones varias. Y dado el caso que sobrellevare las tribulaciones que le sobrevienen, entonces del todo se compadecerá Aquel que todo lo creó y le fortalecerá y le dará algún remedio. Y esto absolutamente, como vea Él el corazón del que hace penitencia puro de otra obra mala. En todo caso, a ti y a tu familia te conviene pasar ahora por la tribulación. Pero ¿por qué te hablo tanto? Tienes que sufrir tribulación, conforme lo ordenó el ángel del Señor, aquel que te entregó a mí. Y agradece al Señor que te tuvo por digno de que te fuera de antemano revelada la tribulación, para que, conociéndola de antemano, la sobrelleves valerosamente.

Le dije yo:

—Señor, te ruego que estés tú conmigo y podré sobrellevar toda tribulación.

—Yo estaré —me contestó— contigo, y hasta rogaré al ángel castigador que te atribule a ti más suavemente. Sin embargo, por poco tiempo serás atribulado y luego serás de nuevo restituido a tu casa. Solamente has de procurar ser constante en humillarte y en servir al Señor con toda pureza de corazón, tú, tus hijos y toda tu familia, y caminar en los mandamientos que yo te mando y podrá tu penitencia ser fuerte y pura. Y si estos mandamientos guardares con toda tu familia, se alejará de ti toda tribulación. Y de todos aquellos que caminaren en estos mis mandamientos, se apartará también toda tribulación.

OCTAVA COMPARACIÓN

El sauce que cubre la tierra

1. Luego el Pastor me mostró un sauce grande, que cubría los campos y los montes y bajo cuya sombra se habían refugiado todos los que llevan el nombre del Señor. Junto al sauce estaba de pie un ángel del Señor de talla sumamente alta con una hoz en la mano y estaba cortando ramas del sauce. y las iba entregando al pueblo, que permanecía cubierto por este. Las ramitas que repartía eran menudas, menores a dos metros. Una vez que todos hubieron tomado sus varitas, dejó el ángel la hoz y aquel árbol quedó tan entero como antes lo había visto. Me admiraba yo y decía dentro de mí: “Cómo es posible que, después de cortadas tantas ramas, este árbol quede tan entero?”

—No te maravilles —me dijo— de que el árbol permanezca entero después de habersele cortado tantas ramas, espera y una vez que lo hayas visto todo, se te manifestará también, en qué consiste esto. El ángel que había distribuido las varas al pueblo, se las pedía ahora nuevamente. Y según el orden en que las habían recibido, eran llamados a su presencia y cada uno entregaba su propia rama. El ángel del Señor las tornaba y las iba examinando. Unos le entregaban las ramas secas y como carcomidas por la polilla. A los que presentaban las ramas en tal estado, el ángel mandaba que los pusieran aparte. Otros las entregaban secas, pero no estaban carcomidas por la polilla. También a estos los mandaba colocar aparte. Otros las presentaban medio secas y también estos se ponían aparte. Otros devolvían sus ramas medio secas y con rajadas y también estos se ponían aparte. Otros devolvían sus ramas verdes y con rajadas y también estos se ponían aparte. Otros traían sus ramas en dos partes verdes y un tercio secas, y también estos se ponían aparte. Otros devolvían ramas por poco todas ellas verdes y sólo un trocito de ellas estaba seco y este en la punta. Sin embargo, tenían rajadas en ellas. Y también estos se ponían aparte. Las de otros, por el contrario, sólo un trocito estaba verde y todo el resto de la rama seca. Y también estos se ponían aparte. Otros venían con sus ramas tal como las habían recibido del ángel. La mayor parte de la muchedumbre presentaba así las varas y el ángel se alegraba sobremanera con ellos, y también estos se ponían aparte. Otros devolvían las varas verdes y con retoños y también estos se ponían aparte. Y sobre estas se alegró sobremanera el ángel. Otros devolvían sus varas con retoños, pero estos tenían además una especie de fruto. Y los hombres cuyas varas fueron halladas tales, estaban sobremanera alegres. Y también el ángel se regocijaba por estos y el Pastor estaba también sumamente alegre.

2. Mandó entonces el ángel del Señor que trajeran coronas. Y fueron traídas coronas hechas como de palmera y coronó con ellas a los hombres que habían entregado sus varas con retoños y frutos y los despachó a la torre. Igualmente envió a la torre a los que habían devuelto sus varas con retoños, pero sin fruto, dándoles un sello. Todos los que marchaban a la torre llevaban el mismo vestido, blanco como la nieve. A los que devolvieron sus ramas verdes como las habían recibido, los despachó también, dándoles vestido y sello. Después que el ángel hubo terminado todo esto, le dijo al Pastor:

—Yo me voy; pero tú despacharás a estos a las murallas, conforme al lugar que cada uno

merece habitar. Examina con cuidado sus ramas y así los despacharás. Examínalas atentamente. Ten cuidado que no te engañe alguno —dijo—. Pero si alguno te engañare, yo lo examinaré sobre el altar. Habiéndole dicho esto al Pastor, se marchó. Y después de marcharse el ángel, me dijo a mí el Pastor:

Replantación de las ramas

—Vamos a tomar las ramas de todos y plantémoslas, a ver si algunas de ellas podrán vivir.

Le dijo yo:

—Señor, ¿cómo pueden vivir estas que están secas?

Me respondió diciendo:

—Este árbol es un sauce, que es una especie muy vivaz. Así, pues, si se plantan las ramas y toman un poco de humedad, muchas de ellas vivirán. Por tanto tratemos de echarles agua. Si alguna de ellas logra vivir, nos congratularemos con ellas; si no, por lo menos se verá que yo no he sido descuidado.

Me mandó entonces el Pastor que los fuera llamando por el mismo orden con que cada uno se había colocado. Vinieron grupo por grupo y fueron entregando sus ramas al Pastor. Este las tomaba y por grupos también las iba plantando y luego les echaba tan abundante agua que las ramas desaparecían bajo el agua. Después que hubo regado bien las varas, me dijo:

—Vámonos ahora y dentro de unos días volveremos y visitaremos todas las ramas. Porque el que creó este árbol, quiere que vivan todos los que tomaron ramas de él. Y yo mismo espero que tomando estas ramitas humedad y regadas con agua, han de reverdecer la mayor parte de ellas.

3. Le dije yo:

—Señor, explícame qué representa este árbol. Porque me sorprende que, habiéndosele cortado tantas ramas, queda el árbol sano y no se ve que se le haya cortado nada. Esto es lo que me sorprende.

—Escucha —me dijo—: este árbol grande, que cubre campos y montes y aun toda la tierra, representa la ley de Dios, que fue dada a todo el mundo. Ahora bien, esta ley es el mismo Hijo de Dios que fue predicado hasta los confines de la tierra. Los que se guarecen bajo él son los que oyeron la predicación y creyeron en Él. El ángel grande y glorioso es Miguel, que tiene potestad sobre este pueblo y lo gobierna. Porque este es el que pone su ley en el corazón de los que creen

y, consiguientemente, él es el que vigila a aquellos a quienes la dio, a ver si la han cumplido. Y ya ves las ramas de cada uno, pues las ramas son la ley. Ahora bien, muchas ramas las ves inutilizadas y te darás cuenta que son los que no han cumplido la ley y verás la habitación de cada uno.

Dije entonces:

—Señor, ¿cómo es que a unos los despachó a la torre y a otros te los dejó a ti?

—A cuantos —me contestó— transgredieron la ley que recibieron de él, los dejó en mi poder para penitencia; en cambio, a los que ya satisficieron a la ley y la observaron, los tiene él bajo su propio poder.

—¿Quiénes son, pues, señor —le dije—, los que han sido coronados y han marchado a la torre?

—Todos aquéllos —me respondió— que han combatido contra el diablo y le han vencido, están coronados. Estos son los que han padecido por la ley. Los otros, los que entregaron sus ramas verdes y con retoños, pero sin fruto, son los que pasaron tribulaciones por la ley, pero no sufrieron por ella, aunque tampoco negaron la ley. Los que las entregaron verdes, tal como las habían recibido, son los santos y justos y que anduvieron con corazón totalmente puro y guardarán los mandamientos del Señor. Lo demás lo conocerás cuando haya yo examinado estas ramas plantadas y regadas.

4. Después de algunos días volvimos al lugar, y el Pastor se sentó en el sitio del ángel y yo me puse a su lado. Y me dijo:

Examen de las ramas

—Cíñete una toalla y ayúdame. Me ceñí la toalla limpia, hecha de saco, y viéndome ya ceñido y presto para servirle, me dijo:

—Llama a los hombres, cuyas ramas están plantadas, por el mismo orden en que cada uno entregó su rama.

Y me fui a la llanura y los llamé a todos y ellos se colocaron por grupos.

Le dijo entonces:

—Que cada uno arranque su propia rama y me la traiga a mí. Los primeros en entregármela fueron los que las habían presentado secas y con rajadas, y otra vez se encontraron rajadas y secas. Él les mandó ponerse aparte. Luego las entregaron los que las tenían secas, pero no rajadas. De estos, unos las entregaban verdes; otros, secas y atacadas por larvas. Así, pues, a los que las

entregaban secas y carcomidas, les mandó ponerse junto con los primeros. Luego las entregaron los que las habían traído secas y con rajadas, y algunos de estos las traían ahora verdes y con retoños y en los retoños frutos, como las que tenían los que marcharon coronados a la torre. Otros, en cambio, las traían secas y carcomidas; otros, secas y sin larvas; otras tal como estaban antes, medio secas y con rajadas. Les mandó a estos que se pusieran cada uno aparte, unos en sus propios grupos, otros en grupo especial.

5. Luego las entregaron los que tenían las ramas verdes, pero con rajadas. Todos estos las entregaron verdes y se colocaron en su propio orden. El Pastor se alegró sobre estos, porque todos habían cambiada y habían depuesto sus rajadas. Las entregaron también los que las tenían por la mitad verdes y por la mitad secas. De estos, se vio que unos tenían sus ramas completamente verdes; otros, verdes por la mitad; otros, secas y carcomidas; otros, verdes y con retoños. Todos ellos se colocaron cada uno en su propio orden. Luego las entregaron los que tenían dos tercios verdes y una tercera parte seca. Muchos de ellos las volvieron verdes; muchos, medio secas; otros, secas y carcomidas. Todos estos se colocaron en su propio orden. Luego las entregaron los que tenían dos tercios secos y la tercera parte verde. Muchos de ellos las devolvieron medio secas; otros, secas y carcomidas; otros, medio secas y con rajadas; unos pocos, verdes. Todos estos se colocaron en su propio orden. Las entregaron también los que tenían sus ramas verdes, con un solo trocito seco y con rajadas; de estos, hubo quiénes las devolvieron verdes; quiénes, verdes y con retoños. Marcharon, pues, también estos a su propio orden. Luego las entregaron los que tenían sólo un trocito pequeñísimo de la rama verde y todo lo demás seco. De estos se halló que algunas ramas estaban, en su máxima parte, verdes y con retoños y fruto en los retoños; y otras, verdes completamente. En estas ramas se complació sobremanera el Pastor de que se hubieran hallado en tal estado. Marcharon también estos cada uno a su propio orden.

6. Después que hubo examinado las varas de todos, me dijo el Pastor:

—Ya te dije que este árbol es vivaz; ¿ves —prosiguió— cuántas se han arrepentido y se han salvado?

—Lo veo, señor —, le respondí.

—Para que veas —me dijo— cuán grande y gloriosa es la misericordia del Señor, que dio a los que son dignos, espíritu de penitencia.

—Entonces, señor —le dije—, ¿por qué no se han arrepentido todos?

—A aquéllos —me contestó— cuyo corazón vio el Señor que había de ser puro y que habían de servirle de todo corazón, a esos les dio penitencia; pero a aquellos cuya doblez y maldad vio Él y que iban a arrepentirse fingidamente, a esos no les dio penitencia, no sea que de nuevo profanen su nombre.

Significado de las ramas

Le dije yo:

— Señor, explícame ahora quién es cada uno de los que entregaron sus ramas, y la morada de ellos, a fin de que oyéndolo los que han creído y recibieron el sello, y lo quebrantaron y no lo conservaron íntegro, reconociendo sus obras, se arrepientan tomando de tu mano otro sello y glorifiquen al Señor por haberse compadecido de ellos y haberte mandado a ti para renovar sus espíritus.

—Escucha —me contestó—. Aquéllos cuyas ramas fueron halladas secas y carcomidas por la larva, son los apóstatas y traidores a la Iglesia y que con sus pecados blasfemaron del Señor, cubriendo además de oprobio el nombre del Señor que fue invocado sobre ellos. Estos, por tanto, están absolutamente perdidos para Dios. Y ya ves cómo ninguno entre ellos se arrepintió, a pesar de que oyeren las palabras que les dije y que yo te mandé. De los tales, pues, se apartó la vida.

Los que las entregaron secas y no podridas, están también cerca de estos, pues fueron hipócritas, que introdujeron doctrinas extrañas y pervirtieron a los siervos de Dios, particularmente a los que habían pecado, no permitiéndoles hacer penitencia, sino persuadiéndolos con sus locas enseñanzas. Así, pues, estos tienen alguna esperanza de penitencia. Y ya ves cómo muchos de ellos se han arrepentido desde el momento que les hablaste mis mandamientos. Y todavía se arrepentirán más. Pero los que no se arrepintieron, han perdido su vida. Los que ya se han arrepentido de entre ellos, se han hecho buenos y se les ha dado por morada las primeras murallas. Algunos han subido incluso a la torre, Ya ves, pues, cómo la penitencia de los pecadores lleva consigo la vida; pero la impenitencia, la muerte.

7. Escucha ahora acerca de aquellos que las entregaron medio secas y con rajadas. Los que tenían las ramas por secas por la mitad, son los indecisos y además murmuradores. Son gente que no tiene paz con nadie, sino que están siempre promoviendo la discordia. Sin embargo, también a estos se les ofrece penitencia. Ya ves —me dijo— que algunos de ellos se han arrepentido y todavía queda

entre ellos esperanza de penitencia. Y cuantos de entre ellos se han arrepentido tienen su morada en la torre; pero los que de entre ellos fueren más tardos en arrepentirse, habitarán en las murallas. Finalmente, los que no se arrepientan, sino que perseveren en sus acciones, morirán de muerte.

Los que trajeron las ramas verdes, pero con algunas rajadas, son los que siempre fueron fieles y buenos, pero tuvieron entre sí alguna envidia sobre primacías y honores. Sin embargo, todos estos que tienen entre sí celos por primacías, son unos necios. Pero también estos, como oyeron tus mandamientos, siendo ellos buenos, se purificaron a sí mismos y se arrepintieron en seguida. Su morada, pues, fue la torre. Si alguno, sin embargo, volviere a la duda, será expulsado de la torre y perderá su vida. La vida pertenece a todos los que guardan los mandamientos del Señor; pero en esos mandamientos nada hay acerca de primacías ni de honores, sino acerca de la paciencia y de la humildad del hombre. En los tales, por tanto, está la vida; pero en los dudosos y transgresores, la muerte.

8. Los que entregaron sus ramas con la mitad verdes y la otra mitad secas, son los que andan envueltos en sus negocios y no se adhieren a los santos. De ahí que la mitad de ellos vive y la otra mitad está muerta. Muchos, pues, habiendo oído mis mandamientos, hicieron penitencia, y cuantos, en todo caso, la hicieron, tienen su morada en la torre. Sin embargo, otros de entre ellos se apartaron para siempre. Estos, consiguientemente, no han dado lugar a la penitencia, pues por causa de sus negociaciones blasfemaron del Señor y renegaron de Él. Por la maldad, pues, que obraron, perdieron su vida. Muchos, por otra parte, de ellos sólo dudaron. Estos todavía tienen tiempo para la penitencia, si prestamente se arrepienten, y tendrán también su morada en la torre. Pero si fueren tardíos en arrepentirse, habitarán en las murallas. Por fin, si no se arrepienten, también estos pierden su vida. Los que entregaron dos partes de su vara verde y la tercera parte seca, son los que han negado con muchas veces. Así, pues, muchos de ellos se han arrepentido y les fue concedida una habitación en la torre; muchos otros, en cambio, se apartaron del todo de Dios. Estos, por tanto, han perdido totalmente su vida. Algunos sólo llegaron a dudar y mover discusiones. A estos, pues, se les concede penitencia, a condición de que se arrepientan prontamente y no permanezcan en sus placeres. Pero si permanecieren en sus acciones, también estos se acarrean a sí mismos la muerte.

9. Los que entregaron sus ramas, secas en dos de sus partes y verdes en la tercera, son y han sido, cierto, fieles, pero adquirieron riquezas y se hicieron famosos entre los gentiles. Se revistieron

de gran soberbia y se volvieron arrogantes y abandonaron la verdad y no se adhirieron a los justos, sino que convivieron con los gentiles y les pareció este camino más dulce. Sin embargo, no se apartaron de Dios, sino que permanecieron en la fe, aunque no hicieron las obras de la fe. Así, pues, muchos de ellos se arrepintieron y tuvieron su morada en la torre. Otros, en cambio, conviviendo totalmente con los gentiles y arrastrados por las vanidades de ellos, se apartaron de Dios, haciéndose esclavos de las acciones y obras de los gentiles. Estos, consiguientemente, fueron computados con los gentiles. Otros de entre ellos vinieron a dudar, perdida la esperanza de salvarse a causa de las acciones que hicieron. Otros dudaron y promovieron entre sí escisiones. Ahora bien, a estos que dudaron y a los que perdieron la esperanza por sus acciones, se les concede penitencia. Pero su penitencia tiene que ser rápida, a fin de que tengan una habitación en la torre. Pero para los que, por el contrario, no se arrepientan, sino que perseveran en sus placeres, la muerte está cerca.

10. Los que entregaron las varas verdes, pero con las puntas secas y algunas rajadas en estas, son los que siempre fueron buenos, fieles y gloriosos ante Dios, pero que pecaron algún tanto por menudos deseos y algunas cosillas entre sí. Sin embargo, apenas oyeron mis palabras, la mayor parte de ellos se arrepintió en seguida y tuvieron su habitación en la torre. Algunos, sin embargo, dudaron y después de dudar promovieron mayor disensión. En estos, pues, todavía queda la esperanza del arrepentimiento, ya que siempre fueron buenos, y difícilmente morirá ninguno de ellos. Los que entregaron sus ramas secas y sólo una mínima parte verdes, son los que creyeron, ciertamente, pero hicieron las obras de la iniquidad. Sin embargo, no se apartaron jamás de Dios y llevaron con gusto el Nombre y recibieron con placer en sus casas a los servidores de Dios. Una vez, pues, que oyeron esta penitencia, se arrepintieron sin vacilar y ahora obran toda virtud y justicia. Otros de entre estos, hasta atribulados, sufrieron con gusto, reconociendo las obras que antes hicieron. Consiguientemente, todos estos tienen su morada en la torre.

Pregón de penitencia

11. Cuando hubo terminado de explicarme el sentido de todas las ramas, me dijo:

—Marcha, y di a todos, a fin de que se arrepientan y vivan para Dios: el señor, movido por la compasión, me ha enviado a ofrecer a todos penitencia, a pesar de que algunos son indignos de ella. Sin embargo, paciente como es el Señor, quiere que el llamamiento hecho por su Hijo no se

invalide.

Le dije yo:

—Señor, espero que todos, cuando hayan oído estas cosas, se arrepentirán, pues me persuado que cada uno, reconociendo sus propias obras y movido del temor de Dios, se arrepentirá.

Me respondió diciendo:

—Cuantos se arrepintieren de todo corazón y se limpien a sí mismos de todas las maldades antes dichas y no vuelvan a añadir pecados a pecados, recibirán del Señor remedio de sus pasados pecados, con tal de que no vacilen en sus mandamientos, y vivirán para Dios. Todos aquellos, en cambio —me dijo— que añadan pecados a pecados y caminen en los deseos de este siglo, se condenan a sí mismos a la muerte.

Tú, por tu parte, camina en mis mandamientos y vivirás para Dios. Y cuantos en ellos caminaren y rectamente los cumplieren, vivirán para Dios. Habiéndome mostrado y hablado todo esto, añadió:

—Lo demás te lo mostraré dentro de unos cuantos días.

NOVENA COMPARACIÓN

Visión de los doce montes

1. Después de haber puesto yo por escrito los mandamientos y comparaciones del Pastor, mensajero de la penitencia, vino a mí y me dijo:

—Quiero mostrarte cuantas cosas te mostró el Espíritu que habló contigo bajo la figura de la Iglesia, porque aquel Espíritu es el Hijo de Dios. Como, en efecto, eras demasiado débil en tu carne, no te fue revelado por medio de un ángel. Cuando, pues, fuiste fortalecido por el Espíritu y se afianzó tu fuerza hasta ser capaz de ver a un ángel, entonces te fue manifestada la construcción de la torre por medio de la Iglesia. Y todo lo has contemplado bien y reverentemente, como te fue mostrado una virgen. Pero ahora ves por medio de un ángel, si bien por obra del mismo Espíritu. Sin embargo, de mí has de saberlo todo con más exactitud. Pues para este fin fui yo entregado por el ángel glorioso para habitar en tu casa, a saber, para que lo veas todo valientemente, sin acobardarte para nada, como al principio.

Entonces me transportó a la Arcadia, a un monte elevado, y me hizo sentar sobre la cima de

aquel monte y me mostró una gran planicie y, en torno a esta, doce montes que tenían cada uno su forma diferente. El primero era negro como el hollín. El segundo raso, sin una hierba. El tercero estaba lleno de cardos y abrojos. El cuarto tenía hierbas medio secas, es decir, la parte superior de las hierbas, verdes, y la parte junto a las raíces, secas. Algunas de aquellas hierbas, apenas hubo calentado el sol, se secaron completamente. El quinto monte tenía hierbas verdes, pero era escabroso. El sexto estaba lleno de quebradas, unas pequeñas y otras grandes. Pero las quebradas tenían hierbas, si bien no estaban estas muy lozanas, sino que más bien se presentaban como marchitas. El séptimo monte tenía hierbas lozanas y todo él era fértil y en aquel monte pacían y se alimentaban todo género de rebaños y aves del cielo. Y cuanto más pacían y comían los rebaños y las aves, más y más florecían las hierbas de aquel monte. El octavo monte estaba lleno de fuentes y todo género de criaturas del Señor que se abrevaban en las fuentes de aquel monte. El noveno monte no tenía agua en absoluto y estaba completamente yermo y por él corrían reptiles mortíferos, que matan a los hombres. El décimo monte tenía árboles grandísimos y todo él era sombrío y a la sombra de los árboles había ovejas tendidas, que descansaban y rumiaban. El undécimo monte estaba muy poblado de árboles, y aquellos árboles eran todos frutales, adornados con diversa variedad de frutos, de suerte que bastaba verlos para desear comer de aquellos frutos. El monte duodécimo era todo él blanco y su vista era muy alegre, y era hermosísimo en sí mismo.

2. Y en medio de la planicie me mostró una gran roca blanca, que se había levantado de la llanura misma. Aquella roca era más alta que los montes, de forma cuadrada, de suerte que podía abarcar el mundo entero. La roca era antigua y tenía una puerta tallada. El corte de la puerta me parecía como recién hecho. Pero la puerta brillaba con un resplandor tan superior al del sol que yo estaba maravillado de su brillo. En torno a esta estaban firmes doce vírgenes. Cuatro de ellas, que estaban en los ángulos, me parecían más gloriosas, si bien todas lo eran en gran manera. Estaban estas cuatro vírgenes en las cuatro partes de la puerta, y en medio de ellas estaban las demás vírgenes formadas de dos en dos. Las vírgenes iban vestidas de túnicas de lino y convenientemente ceñidas, dejando al descubierto el hombro derecho, como si hubieran de llevar alguna carga. Así estaban de diligentes. Y, en efecto, se mostraban sobremanera alegres y animosas.

Nueva construcción de la torre

Habiendo visto todo esto, estaba maravillado de las grandes y gloriosas cosas que veía. Y

nuevamente estaba perplejo sobre aquellas vírgenes, cómo, siendo tan delicadas, estaban de pie en actitud tan valerosa, como si hubieran de llevar sobre sí todo el mundo.

Me dijo entonces el Pastor:

—¿Por qué discurre y estás perplejo y te pones triste? Lo que no puedes entender, no lo intentes, como si fueras hombre de ingenio; sino ruega al Señor, a fin de que, recibiendo inteligencia, lo entiendas. Lo que está detrás de ti no lo puedes ver, sino que ves lo que tienes delante. Así, pues, lo que no puedes ver, déjalo y no te tortures. Pero lo que ves, trata de dominarlo, y por lo demás no andes inquieto. Por otro lado, cuanto yo te mostrare, te lo explicaré.

3. Luego vi venir a seis hombres de alta talla y llenos de gloria y de figura todos semejante, los cuales llamaron a una muchedumbre de otros hombres. Y también estos que fueron llamados, eran hombres de alta estatura, hermosos y fuertes. Y los seis mandaron a los otros edificar sobre la roca y sobre la puerta una torre. Y era grande el estruendo de aquellos hombres que habían venido al edificar la torre, pue andaban de acá para allá alrededor de la puerta. Y las vírgenes que estaban en torno a la puerta, decían a aquellos hombres que se dieran prisa en edificar la torre. Y las vírgenes extendieron sus manos en actitud de recibir algo de los hombres. Y los seis daban órdenes para que se sacaran ciertas piedras del fondo y que las llevaran a la construcción de la torre. Y sacaron diez piedras cuadradas y brillantes, pero que no estaban labradas. Y los seis llamaron a las vírgenes y les mandaron que todas las piedras que habían de participar en la construcción de la torre, las llevaran y las pasaran por la puerta y las entregaran a los hombres que habían de edificar la torre. Con esto las vírgenes se fueron entregando una a una las diez piedras que habían salido del fondo y una a una las transportaron juntamente.

4. Y tal como se habían colocado en torno a la puerta, las que parecían ser bastante fuertes se habían inclinado a los ángulos de la piedra, mientras que las otras se inclinaban a los lados de la piedra, y de este modo se transportaban todas las piedras. Según las órdenes que recibieron, las iban pasando por la puerta y las entregaban a los hombres para la torre. Y estos, con las piedras ya a mano, iban construyendo. La construcción de la torre se hizo sobre la roca grande y encima de la puerta. Así, pues, aquellas diez piedras se ajustaron bien y llenaron toda la roca. Y aquellas piedras se convirtieron en fundamento de la construcción de la torre. Y la roca y la puerta sostenían todo el peso de la torre. Después de aquellas diez piedras subieron del fondo otras veinticinco y también estas, transportadas por las vírgenes, como las primeras, se ajustaron bien en la

construcción. Después de estas, subieron treinta y cinco, y estas se ajustaron igualmente en la torre. Después de estas subieron cuarenta piedras, y también estas fueron colocadas en la construcción de la torre. Con lo cual quedaron construidas cuatro paredes sobre los fundamentos de la torre. Y cesaron de subir piedras del fondo y los constructores descansaron también un poco.

Y de nuevo ordenaron los seis a la muchedumbre de la gente que trajeran de los montes piedras para la construcción de la torre. Así, de todos aquellos montes fueron transportando piedras, pulidas con varios colores por aquellos hombres, y se las entregaban a las vírgenes; estas las pasaban por la puerta y las entregaban a su vez para la construcción de la torre. Y en el momento en que aquellas piedras de varios colores eran colocadas en la construcción, se volvían todas blancas y perdían sus variados colores. Algunas, sin embargo, eran entregadas por los hombres para la construcción, pero no se volvían brillantes, sino que tal como las ponían, tal se quedaban. Y es que no habían sido entregadas por las vírgenes y no habían sido transportadas a través de la puerta. Así, pues, estas piedras no resultaban aptas para la construcción de la torre. Viendo, pues, los seis hombres las piedras que no encajaban bien en la construcción, mandaron que fueran retiradas y bajadas al lugar de donde habían sido traídas. Y dijeron a los hombres que extraían las piedras: “No entreguéis vosotros en absoluto piedras para la construcción, sino dejadlas junto a la torre, a fin de que las vírgenes las transporten a través de la puerta y las entreguen para la construcción. Porque si no pasan —dijeron— por mano de estas vírgenes a través de la puerta, las piedras no pueden cambiar sus colores. No os fatiguéis, pues en vano.

5. Y se terminó por aquel día el trabajo de construcción, pero no se terminó la torre, pues había que sobreedificar de nuevo. Por entonces hubo tregua en la construcción. Los seis dieron orden de que los constructores se retiraran todos por un poco de tiempo y descansaran; pero a las vírgenes las mandaron que no se movieran de la torre, y, a mi parecer, es que las dejaban para custodiar la torre. Después que se hubieron retirado todos y se entregaron al descanso, le dije al Pastor:

—¿Por qué motivo, señor, no se concluyó la construcción de la torre?

—Todavía —me contestó— no puede terminarse la torre, si no viene el señor de ella y examina esta construcción, con el fin de que si halla algunas piedras de mala calidad, las pueda cambiar; pues la torre se edifica de acuerdo con su voluntad.

Explicación

—Quisiera, señor —le dije—, saber sobre de la construcción de esta torre y qué es, y acerca de la roca, de la puerta, de los montes, de las vírgenes y de las piedras subidas del fondo y que, no obstante no estar labradas, pasaron así a la construcción. Y por qué primeramente se pusieron por fundamento diez piedras, luego veinticinco, luego treinta y cinco, y por fin, cuarenta; y acerca de las piedras que entraron en la construcción y luego fueron retiradas y depositadas en su propio lugar. Así, pues, da, señor, descanso a mi alma sobre todos estos puntos y acláramelos.

—Si no fueres hallado vanamente curioso —me contestó—, lo conocerás todo. Porque dentro de pocos días volveremos aquí y verás todo lo demás que le pasa a la torre y entenderás puntualmente todas las comparaciones.

Y después de unos días volvimos, en efecto, al lugar, donde nos sentamos y me dijo:

—Vámonos a la torre. Porque el autor de la torre está por llegar a examinarla.

Y fuimos, en efecto, hacia la torre; pero nadie absolutamente había junto a ella, excepto las vírgenes solas. Preguntó entonces el Pastor a las vírgenes si había acaso venido el dueño de la torre; y ellas le respondieron que iba a venir pronto a examinar la construcción.

Viene el señor de la torre

6. Y he aquí que al cabo de poco rato, veo un escuadrón de muchos hombres que se acercaban y en medio de ellos uno de tan gran estatura que sobrepasaba la misma torre. Y los seis que estaban al frente de la construcción, caminaban con él colocados a la derecha y a la izquierda. Con él iban también todos los que habían trabajado en la construcción y mucha otra gente distinguida en torno suyo. En cuanto a las vírgenes que custodiaban la torre, le salieron al encuentro, y, habiéndole besado, se pusieron a caminar junto a él en torno a la torre. Aquel hombre la iba examinando cuidadosamente, hasta el punto de palpar piedra por piedra. Y con una vara en su mano, golpeaba cada una de las piedras que habían entrado en la construcción. Y cuando las golpeaba, algunas de ellas se volvían negras como el hollín; otras, resultaban escabrosas, otras con rajadas, algunas cortas, otras ni blancas ni negras, otras ásperas y que no se ajustaban con las demás, otras con muchas manchas. Estas eran las variedades de piedras de mala calidad halladas en la construcción de la torre. Mandó, pues, que todas estas piedras fueran retiradas de la torre y fueran puestas a un lado de ella y que se trajeran otras y se pusieran en lugar de aquéllas. Le preguntaron entonces los

constructores de qué monte quería que se trajeran las piedras y fueran puestas en lugar de las otras; pero él no mandó que se trajeran de los montes, sino de cierto campo que estaba allí cerca. Se excavó, pues, el campo y se encontraron piedras brillantes, cuadradas, aunque también algunas redondas. Y cuantas piedras había en aquel campo, todas se trajeron y fueron transportadas por las vírgenes a través de la puerta. Y las cuadradas fueron labradas y las colocaron en lugar de las retiradas; pero las redondas no las pusieron en la construcción, pues eran muy duras para ser pulidas y el trabajo duraba mucho. Fueron, sin embargo, puestas junto a la torre, en espera de ser labradas y empleadas en la construcción, ya que eran sumamente brillantes.

7. Cuando hubo terminado todas estas cosas el hombre glorioso y señor de toda la torre, llamó al Pastor y le entregó todas las piedras que estaban puestas junto a la torre, y habían sido rechazadas de la construcción y le dijo: “Limpia cuidadosamente todas estas piedras y ponlas en la construcción de la torre; aquéllas, digo, que se ajusten con las demás; las que no se ajusten, tíralas lejos de la torre”. Después de que ordenó esto al Pastor, se retiró de la torre con todos aquellos con quienes había venido; pero las vírgenes se quedaron en formación para guardar la torre.

Le dije yo entonces al Pastor:

—¿Cómo es posible que estas piedras, que han sido reprobadas, vuelvan a la construcción de la torre?

Me respondió diciendo:

—¿Ves estas piedras?

—Las veo, señor, —le contesté.

—Pues yo —me dijo—, puliré la mayor parte de estas piedras y las pondré en la construcción y se ajustarán con las demás piedras.

—¿Cómo, señor, —le dije—, podrán llenar el mismo sitio, si se las recorta?

Me respondió diciendo:

—Las que sean halladas pequeñas, serán metidas en medio de la construcción; las mayores, se pondrán fuera y sostendrán a las otras.

Habiéndome dicho esto, añadió:

—Vámonos y luego de dos días volveremos y limpiaremos todas estas piedras y las pondremos en la construcción. Porque todo lo que rodea la torre tiene que estar limpio, no sea que venga de improviso el dueño y halle sucios los contornos de la torre y se irrite, y no vuelvan ya estas piedras

a la construcción de la torre, con lo que yo aparecería como hombre negligente ante el dueño.

Examen de las piedras

Y después de dos días, volvimos a la torre y me dijo:

—Examinemos todas las piedras y veamos cuáles que pueden volver a la torre.

—Examinémoslas, señor, —le respondí.

8. Y poniendo manos a la obra, examinamos primero las piedras negras. Y tal cual fueron retiradas de la torre, tal se encontraban entonces. Y el Pastor mandó que fueran trasladadas de la torre y puestas aparte. Luego examinó las escabrosas y tomándolas pulió muchas de ellas y mandó a las vírgenes que las tomaran y las pusieran en la construcción. Las tomaron, en efecto, las vírgenes y las metieron en el medio de la construcción. Todas las demás, mandó el Pastor que fueran puestas junto con las negras, pues también estas fueron halladas negras. Luego examinó las que tenían hendiduras. Y también de estas pulió muchas y dio orden a las vírgenes que las llevaran a la construcción; sin embargo, fueron puestas al exterior, por haber sido halladas más sanas. Pero las demás no pudieron ser pulidas a causa del gran número de hendiduras. Por este motivo fueron arrojadas de la construcción. Luego examinó las cortas y muchas de ellas fueron halladas negras; otras, que habían formado grandes rajadas, y también estas, mandó que fueran puestas con las rechazadas. Las restantes de ellas mandó que después de limpiadas y pulidas fueran puestas en la construcción. Y tomándolas las vírgenes, las encajaron en el medio de la construcción de la torre, pues eran piedras más débiles. Luego examinó las que eran mitad blancas y mitad negras. Y muchas de ellas fueron halladas negras. Mandó, por tanto, que también estas fueran retiradas y puestas en el número de las rechazadas; pero todas las demás fueron llevadas por las vírgenes, pues siendo blancas, fueron ajustadas por las mismas vírgenes en la construcción. Y fueron puestas hacia fuera, pues fueron halladas sanas, de suerte que pudieran sostener las colocadas en el medio. En efecto, absolutamente ninguna de ellas se había acortado. Luego examinó las ásperas y duras y unas pocas de ellas fueron rechazadas por la imposibilidad de dejarse labrar. Eran, en efecto, demasiado duras. Pero las restantes fueron labradas y las levantaron las vírgenes y las ajustaron en el medio de la construcción de la torre, pues eran más débiles. Luego examinó las que tenían manchas y de estas poquísimas se habían ennegrecido, mismas que fueron rechazadas con las demás. Las restantes fueron ajustadas por las vírgenes en la construcción. Y por su fortaleza, fueron colocadas hacia

fuera.

9. Luego pasó a examinar las piedras blancas y redondas y me dijo:

—¿Qué hacemos con estas piedras?

—¿Qué sé yo, señor? —le contesté.

—Luego ¿nada se te ocurre sobre ellas?

—Yo, señor —le dije—, no entiendo este arte ni soy pulidor ni se ocurre nada.

—¿No ves —me dijo—, que son demasiado redondas? Y si quiero hacerlas cuadradas, tendré que cortar mucho de ellas. Sin embargo, es del todo necesario que algunas de ellas sean colocadas en la construcción.

—Pues si es necesario, señor —le dije—, ¿por qué te atormentas y no eliges las que quieras para la construcción y las ajustas a ella?

Escogió efectivamente de entre ellas las más grandes y más brillantes y las pulió. Las vírgenes, por su parte, alzándolas, las ajustaron a las partes exteriores de la construcción. Todas las demás, sobrantes, fueron retiradas y las depositaron en el campo de donde las extrajeron. Sin embargo, no fueron reprobadas, porque,

—Todavía —me dijo—, falta un poco a la torre para ser edificada. Ahora bien, el señor de la torre quiere desde todo punto que estas piedras se ajusten a la construcción, puesto que son sumamente brillantes.

Las diez mujeres de luto

Fueron entonces llamadas diez mujeres, bellísimas en sus rostros, vestidas de negro y ceñidas, con los hombros desnudos y los cabellos sueltos. Las mujeres me parecieron a mí campesinas. Les mandó entonces el Pastor que cargaran con aquellas piedras que habían sido rechazadas de la construcción y las transportaran a los montes de donde habían sido tomadas. Y una vez que todas las piedras hubieron sido retiradas y no quedaba ya ninguna en torno a la torre, me dijo el Pastor:

—Demos la vuelta a la torre y veamos si tiene algún defecto.

Y yo di la vuelta con él. Y como viera el Pastor que la torre estaba convenientemente construida, se puso en extremo alegre. Y en efecto, de tal manera estaba construida la torre, que al contemplarla yo, codiciaba su construcción. Porque estaba construida con tal arte que parecía como de un solo bloque, sin que se descubriera una sola juntura en ella. Y la construcción de piedra

aparecía como cortada de la roca. A mí, en efecto, me daba la impresión de ser un monolito.

10. Y paseándome yo con él, iba muy contento por haber visto tales bienes. Me dijo entonces el Pastor:

—Anda y tráeme barro y ripio menudo, para llenar los huecos que han dejado las piedras quitadas y rechazadas de la construcción, pues es necesario que todo el contorno de la torre quede perfectamente igual.

Y yo hice tal como me mandó y se lo llevé.

—Ayúdame —me dijo— y la obra quedará terminada rápidamente. Llenó, pues, los huecos de las piedras retiradas de la construcción y mandó barrer los alrededores de la torre y que quedara todo limpio. Y las vírgenes, tomando cada una su escoba, se pusieron a barrer y quitaron toda suciedad de la torre y la rociaron con agua y todo el paraje de la torre quedó alegre y hermosísimo.

Me dijo entonces el Pastor:

—Todo está ya limpio, Si ahora viniere el amo a visitar la torre, no tendrá nada que reprocharnos.

La noche entre las vírgenes

Dicho esto, hizo ademán de marcharse; pero yo le cogí del zurrón y me puse a conjurarle en el nombre del Señor, para que me explicara todo lo que me había mostrado.

Me respondió él:

—Tengo ahora un poquito de trabajo, ya te lo explicaré todo. Espérame aquí hasta que vuelva.

Le dije yo:

—Señor, ¿qué voy a hacer aquí solo?

—No estás solo —me contestó—, pues estas vírgenes están contigo.

—Pues entonces —le repliqué—, encomiéndame a ellas.

Las llamó entonces el Pastor y les dijo:

—Os encomiendo a este, hasta que yo vuelva.

Y se marchó. Y yo me quedé solo con las vírgenes. Todas estaban alegres y me acogieron muy bien, pero especialmente aquellas cuatro más gloriosas.

11. Me dijeron entonces las vírgenes:

—Hoy seguramente no vendrá aquí el Pastor.

—¿Pues qué voy a hacer yo? —les dije.

—Espérale —me contestaron— hasta la tarde; y si para entonces ha llegado, él hablará contigo; si no, te quedarás aquí con nosotras, hasta que llegue.

—Esperaré —les contesté— hasta la tarde; pero si no llega para entonces, me marcharé a mi casa y volveré mañana por la mañana. Pero ellas me respondieron diciendo:

—A nosotras fuiste encomendado; no puedes, por tanto, retirarte de nuestro lado.

—Pero ¿cómo me voy a quedar? —repliqué yo.

—Dormirás —me contestaron— con nosotras como un hermano y no como un hombre, y en adelante nosotras queremos habitar contigo, pues te amamos en extremo.

Yo, sin embargo, tenía vergüenza de quedarme, y la que parecía la primera entre ellas empezó a besarme. Y como las otras vieran que me besaba, también ellas me empezaron a besar y a llevarme alrededor de la torre y a jugar conmigo. Por mi parte, me volví como un niño y empecé también a jugar con ellas. De ellas, en efecto, unas bailaban, otras danzaban, otras cantaban. Y yo, en silencio, iba paseando con ellas alrededor de la torre y estaba muy contento en su compañía. Pero llegada la tarde, intenté marcharme a casa; pero ellas no me dejaron, sino que me retuvieron. Me quedé, pues, con ellas aquella noche y dormí junto a la torre. Pero ellas extendieron sus túnicas de lino en tierra y me acostaron en medio de ellas y ninguna otra cosa hacían sino orar. Y yo también estaba en oración y no con menos fervor que ellas. Las vírgenes, que me veían así orar, se llenaban de alegría.

Permanecí allí, con las vírgenes, hasta el día siguiente, a la hora segunda. Entonces llegó el Pastor y les dijo a las vírgenes:

—¿Le habéis hecho algún agravio?

—Pregúntale —respondieron— a él mismo.

Yo entonces dije:

—Señor, me alegré mucho de quedarme con ellas.

—¿Qué cenaste? —me preguntó.

—Cené, señor —le respondí—, palabras del Señor durante toda la noche.

—¿Te recibieron bien? —me preguntó.

—Muy bien, señor —le contesté.

—Y ahora, ¿qué quieres oír lo primero? —me preguntó.

—Lo mismo, señor, que al principio me mostraste —le respondí. Y Te ruego, señor, que conforme yo te preguntare, así me lo vayas explicando.

—Del modo que tú quieras —me respondió—, así lo explicaré y nada absolutamente te voy a ocultar.

Explicación de la visión

12. —Ante todo, señor —le dije—, manifiéstame qué significa la roca y la puerta.

—Esta roca —me contestó— y esta puerta representan al Hijo de Dios.

—¿Pues cómo, señor —le dije—, la roca es antigua y la puerta nueva?

Entonces me contestó:

—Escucha y entiende necio. El Hijo de Dios es más antiguo que toda la creación de Dios, de tal suerte que Él fue consejero del Padre en la creación del mundo. De ahí que sea antiguo.

—Y la puerta, señor—le dije—, ¿por qué es nueva?

—Porque en los últimos días de la consumación —me dijo— Él se manifestó. De ahí que la puerta, sea nueva, a fin de que todos los que han de salvarse entren por ella al reino de Dios. ¿No viste —me dijo— cómo las piedras que pasaban por ellas eran puestas en la construcción de la torre, y cómo las que no pasaban eran de nuevo rechazadas a su lugar de origen?

—Lo vi, señor —contesté.

—Pues de este modo —me dijo—, nadie entrará en el reino de Dios, si no recibe el nombre de su Hijo. Porque si quieres entrar en una ciudad toda amurallada y que no tiene más que una puerta, ¿podrás acaso entrar en la ciudad por alguna otra parte que no sea por la única puerta que tiene?

—¿Cómo va a ser, señor, de qué otra manera? —le repliqué yo.

—Pues del mismo modo que no podrás entrar en la ciudad, sino por su puerta, así —me dijo— no hay hombre que pueda entrar en el reino de Dios sino por el nombre de su Hijo, a quien Él ama. ¿Viste la muchedumbre que edificaba la torre?

—La vi, señor —contesté.

—Todos aquellos —me dijo— son ángeles gloriosos. De estos se rodea el señor, como de una muralla. Y la puerta es el mismo Hijo de Dios. Esta es la única entrada que hay hacia el Señor. Así, pues, nadie entrará a Él por otro medio que por su Hijo.

—¿Viste —continuó— aquellos seis hombres y el que iba en medio de ellos, llenos de gloria

y de elevada estatura, que se paseaba alrededor de la torre y examinaba las piedras de la construcción?

—Lo vi, señor —respondí.

—Aquel hombre lleno de gloria —me dijo— es el Hijo de Dios y aquellos seis son ángeles también gloriosos que le sostienen por la derecha y por la izquierda. De estos ángeles gloriosos ninguno llegará a Dios sin El. Todo el que no recibiere su nombre, no entrará en el reino de Dios.

13. —Y la torre —le dije—, ¿qué representa?

—Esta torre —me respondió— es la Iglesia.

Las vírgenes en alrededor de la torre

—Y las vírgenes alrededor de la torre, ¿qué son? —pregunté de nuevo.

—Son espíritus santos —me respondió. Y no hay otro modo de que el hombre se halle en el reino de Dios, si estas no le revisten de su vestidura. Si en efecto, sólo recibieres el Nombre, pero no tomas la vestidura de manos de estas vírgenes, de nada te aprovecha, pues estas vírgenes son las virtudes del Hijo de Dios. Consiguientemente, si llevas su nombre, pero no sus virtudes, en vano llevarás solo su nombre. Aquellas piedras que viste rechazadas, son los que llevaron el Nombre, pero no se vistieron con la vestidura de las vírgenes.

—¿Cuál es, señor —le pregunté—, la vestidura de ellas?

—Sus mismos nombres —me contestó— son su vestidura. Todo el que lleve el nombre del Hijo de Dios, tiene también que llevar los nombres de estas, puesto que el mismo Hijo de Dios lleva también los nombres de estas vírgenes. Las piedras que viste que entraban en la construcción de la torre, entregadas por manos de estas y que permanecían en la construcción, es porque están vestidas de la virtud de estas vírgenes. Y esta es la causa por la que viste la torre formando un bloque de la roca misma. Porque de ese modo los que han creído en el Señor por medio de su Hijo y se revisten de estos espíritus, formarán un solo espíritu, un solo cuerpo y con un solo color en sus vestidos. Y a estos que llevan los nombres de las vírgenes, pertenece la habitación en la torre.

—Entonces, señor —le dije—, ¿por qué fueron rechazadas las piedras que se rechazaron? Pues el hecho es que pasaron por la puerta y por manos de las vírgenes fueron puestas en la construcción de la torre.

—Puesto que por todo te preocupas —me dijo— y todo lo inquieres tan puntualmente, oye

acerca de las piedras rechazadas. Todos estos recibieron el nombre del Hijo de Dios y recibieron también la virtud de estas vírgenes. Así, pues, con estos espíritus se fortalecieron y estaban entre los servidores de Dios y tenían todos un espíritu y un cuerpo y una vestidura, pues pensaban todos lo mismo y practicaban la justicia. Pero al cabo de cierto tiempo, fueron seducidos por aquellas mujeres que viste vestidas de negro, con los hombros fuera, los cabellos sueltos y de buen parecer. Apenas las vieron, se enamoraron de ellas, se revistieron de su poder y se quitaron la vestidura de las vírgenes. Esos, consiguientemente, fueron arrojados de la casa de Dios y entregados a aquellas mujeres. Pero los que no fueron engañados con la hermosura de estas mujeres, permanecieron en la casa de Dios. Ya tienes la explicación de las piedras rechazadas.

14. —Ahora bien, señor—le dije yo—; si estos hombres, aun siendo tales, se arrepintieren y dejaren a un lado la codicia por estas mujeres y se volvieren a las vírgenes, y caminaren en la virtud y en las obras de ellas, ¿no podrán entrar de nuevo en la casa de Dios?

—Podrán entrar otra vez —me contestó—, a condición de que desechen las obras de estas mujeres y vuelvan a tomar la virtud de las vírgenes y caminen en las obras de ellas. Justamente por esto se dio una tregua en la construcción de la torre, con el fin de que, si estos se arrepienten, entren en la construcción de la torre. Pero si no se arrepintieren, entonces entrarán otros y estos serán definitivamente reprobados.

Los nombres de las vírgenes y de las mujeres

Di gracias al Señor por todas estas cosas, por haberse compadecido de todos los que invocan su nombre y haber enviado al mensajero de la penitencia a los que hemos pecado contra Él, y así rejuveneció nuestro espíritu. Y, perdidos como estábamos ya y sin esperanza de vivir, Él renovó nuestra vida.

—Ahora, señor —le dije—, explícame por qué la torre no está edificada en tierra, sino sobre la roca y sobre la puerta.

—¿Todavía —me cuestionó— eres necio e insensato?

—Necesito, señor —repliqué yo—, preguntártelo todo, porque no soy capaz de entender absolutamente nada, pues todas se tratan de cosas grandes, gloriosas e incomprensibles para los hombres.

—Escucha —me dijo—. El nombre del Hijo de Dios es grande e inmenso y sostiene todo el

mundo. Ahora bien, si toda la creación es sostenida por el Hijo de Dios, ¿qué pensar de los que fueron por Él llamados y que llevan el nombre del Hijo de Dios y caminan en sus mandamientos? ¿ Ves, por tanto, quiénes son los que Él sostiene? Los que de todo corazón llevan su nombre. De ahí que Él se hiciera el fundamento de ellos y con placer los lleve sobre sí, pues no se avergonzaron de llevar su nombre.

15. —Explícame, señor —le dije—, los nombres de las vírgenes y los de las mujeres vestidas de negro.

—Escucha —me contestó— los nombres de las vírgenes. Primeramente, los de las más fuertes, las que están firmes en los ángulos. La primera se llama Fe; la segunda, Continencia; la tercera, Fortaleza; la cuarta, Paciencia. Las otras, colocadas en medio de estas, tienen los siguientes nombres: Sencillez, Inocencia, Castidad, Alegría, Verdad, Inteligencia, Concordia, Caridad. El que llevare estos nombres, junto con el nombre del Hijo de Dios, podrá entrar en el reino de Dios.

Escucha también —continuó diciéndome— el nombre de las mujeres que llevan los vestidos negros. De estas hay cuatro más poderosas: la primera se llama Infidelidad; la segunda, Incontinencia; la tercera, Terquedad; la cuarta, Engaño. Las compañeras de ellas se llaman Tristeza, Maldad, Disolución, Impaciencia, Mentira, Insensatez, Murmuración y Odio. El siervo de Dios que lleve estos nombres sobre sí, verá, cierto, el reino de Dios, pero no entrará en él.

Las piedras de la construcción

—Y las piedras, señor—le dije—, sacadas del fondo y que se ajustaron a la construcción, ¿quiénes son?

—Las primeras —me contestó—, aquellas diez que fueron puestas como fundamentos, representan la primera generación; las otras veinticinco son la segunda generación de hombres justos; las treinta y cinco son los profetas y ministros de Dios; finalmente, las otras cuarenta son los apóstoles y maestros de la predicación del Hijo de Dios.

—Entonces, señor —pregunté yo—, ¿por qué fueron también las vírgenes las que entregaron estas piedras para la construcción y las transportaron a través de la puerta?

—Porque —me respondió— estos fueron los primeros en llevar sobre si estos espíritus y no se apartaron absolutamente unos de otros, ni los hombres de los espíritus ni los espíritus de los hombres, sino que los espíritus perseveraron con ellos hasta el momento de su muerte. Y si no hubieran

tenido consigo estos espíritus, no hubieran resultado útiles para la construcción de esta torre.

16. —Explícame, señor —le dije—, todavía otra cosa.

—¿Qué es lo que inquieres ? —me contestó.

—¿Por qué, señor —le dije—, subieron las piedras del fondo del agua y fueron colocadas en la construcción de la torre, habiendo antes llevado estos espíritus.

—Necesario les fue —me contestó— subir por el agua, a fin de recobrar la vida, pues no les era posible entrar de otro modo en el reino de Dios, si no deponían la mortalidad de su vida anterior. Así, pues, también estos, que habían muerto ya, recibieron el sello del Hijo de Dios y así entraron en el reino de Dios. Porque antes de llevar el nombre del Hijo de Dios, está muerto; pero cuando recibe el sello, depone la mortalidad y recobra la vida. Ahora bien el sello es el agua y, consiguientemente, bajan al agua muertos y suben vivos. Por tanto, también a aquéllos les fue predicado este sello e hicieron uso de él para entrar en el reino de Dios.

—Entonces, señor —volví a preguntar—, ¿por qué también las cuarenta piedras subieron con ellas del fondo del agua, siendo así que ya llevaban el sello?

—Porque —me respondió— estos apóstoles y maestros que predicaron el nombre del Hijo de Dios, habiendo muerto en la virtud y fe del Hijo de Dios, predicaron también a los anteriormente muertos y les dieron el sello de la predicación. Bajaron, pues, juntamente con ellos al agua y volvieron a subir; pero estos bajaron vivos y vivos subieron; pero aquéllos, los muertos anteriormente, bajaron muertos y subieron vivos. Consiguientemente, gracias a estos fueron vivificados y conocieron el nombre del Hijo de Dios. De ahí que subieron juntamente con ellos y con ellos fueron ajustados a la construcción de la torre y entraron en la obra sin necesidad de ser labrados, dado que habían muerto en justicia y grande pureza. Sólo les faltaba este sello. Ahí tienes, pues, la explicación sobre estos.

—Sí, señor —le respondí.

Significado de los montes

17. —Ahora, pues, señor —le dije—, aclárame lo que se refiere a los montes; ¿por qué tienen figuras diferentes y variadas?

—Escucha —me contestó—. Estos doce montes son las doce tribus que habitan en todo el mundo. Así, pues, a todas ellas fue predicado el Hijo de Dios por medio de los apóstoles.

—Explícame, señor —continué yo—, ¿por qué los montes son variados y de distinta figura?

—Escucha —me dijo—. Estas doce tribus que habitan el mundo entero, son doce naciones y son distintas en su pensamiento y sentir. Así, pues, los distintos montes que viste, representan las variedades en el pensar y sentir de estas naciones. Voy a manifestarte el modo de obrar de cada una.

—Antes, señor —le dije—, explícame por qué siendo tan variados estos montes, apenas las piedras traídas de ellos fueron colocadas en la construcción, todas se volvieron brillantes de un solo color, al igual que las que habían subido del fondo del agua.

—La razón es —me contestó— porque todas las naciones que habitan bajo el cielo fueron llamadas después de haber oído y creído en el nombre del Hijo de Dios. Habiendo, pues, tomado el sello, tuvieron todas un solo pensamiento y un solo sentir y de todas se hizo una sola fe y un solo amor y llevaron los espíritus de las vírgenes juntamente con el nombre del Señor. Por esta razón, la construcción de la torre resultó de un solo color y brillante como el sol. Sin embargo, ya después de entrar ellos en la unidad y formar un solo cuerpo, algunos de ellos se mancillaron a sí mismos y fueron expulsados de la familia de los justos y nuevamente volvieron a ser como antes, o, mejor dicho, todavía peores.

18. —¿Cómo, señor —le pregunté—, pudieron hacerse peores, habiendo conocido a Dios?

—Justamente —me respondió— porque el que no conoce a Dios y obra mal, merece algún castigo por su maldad; pero el que le conoce, ya no debe obrar mal, sino hacer el bien. Ahora, pues, si el que debe hacer el bien es un malvado, ¿no te parece que comete mayor iniquidad que el que no conoce a Dios? Por eso, los que no conocen a Dios y obran el mal, están condenados a muerte; pero los que, no obstante conocerle y haber visto sus magnificencias, todavía son malvados, serán doblemente castigados y morirán eternamente. De este modo, pues, será purificada la Iglesia de Dios. Y así como viste que fueron quitadas aquellas piedras de la torre y entregadas a los espíritus malos y arrojadas de allí, ellos también serán echados fuera. Y será ella un solo cuerpo de los purificados, lo mismo que la torre, que después que fue limpiada, quedó formada como de un solo bloque. Así será también la Iglesia de Dios después de ser limpiada y cuando sean expulsados de ella los malvados, los hipócritas, los blasfemos, los de alma doble y los malos en todo linaje de maldad. Después que todos estos sean arrojados fuera, la Iglesia de Dios será un solo cuerpo, un solo pensamiento, un solo sentir, una fe y un amor. Y entonces el Hijo de Dios, tomando

posesión de su pueblo limpio, se alegrará y regocijará en ellos.

—Todo eso, señor —le dije—, son cosas grandes y gloriosas. Explícame además, señor —añadí—, la virtud y operaciones de cada uno de los montes, a fin de que toda alma que confía en el Señor, oyéndolo, glorifique el grande, admirable y glorioso nombre suyo.

19. —Escucha —me dijo— la variedad de los montes y de las doce naciones. Los que del primer monte creyeron, el que era negro, son los apóstatas, los blasfemos contra el Señor y los traidores a los siervos de Dios. Para estos, no ha lugar para la penitencia, sino para la muerte, y por eso justamente son negros, ya que su raza es inicua. Los que creyeron, del segundo monte, el raso y pelado, son los hipócritas y maestros de maldad. Así, pues, también estos son semejantes a los primeros en no dar fruto de justicia. Porque del mismo modo que el monte que los representa es infructuoso, así estos tales llevan, ciertamente, el Nombre; pero con respecto de la fe, están vacíos y no hay en ellos fruto alguno de verdad. Para estos, pues, hay lugar para penitencia, en caso de que se arrepientan prontamente; pero si tardaren, su muerte será como la de los primeros.

—¿Por qué, señor—le pregunté—, para estos se da lugar para la penitencia y para los primeros no se da? Porque en realidad sus acciones son poco más o menos las mismas.

—A estos —me contestó— se les concede lugar para la penitencia, porque no blasfemaron a su Señor, ni fueron traidores a los siervos de Dios, sino que por la codicia de ganancia fueron fingidos y enseñaron doctrinas conforme a los deseos de los hombres que habían pecado. Tendrán que pagar cierta pena; sin embargo, se les concede la penitencia, por no haber sido blasfemos ni traidores.

20. Los que creyeron, del tercer monte, que tenía cardos y abrojos, unos son los ricos y otros los que están envueltos en muchos negocios. Los ricos son los abrojos y las espinas, los que están enredados en muchos negocios. Estos, pues, los envueltos en muchos negocios, no se juntan con los siervos de Dios, sino que se extravían ahogados por sus tratos. Por otra parte, tampoco los ricos se juntan de buena gana con los siervos de Dios, por miedo de que se les pida algo. Todos esos, pues, difícilmente entrarán en el reino de Dios. Porque de la misma manera que es difícil caminar por entre los abrojos con los pies descalzos, así les es difícil a esos entrar en el reino de Dios. Sin embargo, a todos estos se les brinda la penitencia, pero rápida, a fin de que lo que no hicieron en el tiempo pasado, lo recobren ahora y practiquen algún bien. Así, pues, si se arrepintieren e hicieren algún bien, vivirán para Dios; pero si perseveraren en sus acciones, serán entregados a aquellas

mujeres que les darán la muerte.

21. Los que creyeron, del cuarto monte, que tenía muchas hierbas, unas con la parte superior verde y las de junto a las raíces secas, y algunas también secas por el sol, son, unos, los vacilantes; otros, los que tienen al Señor en sus labios, pero no en el corazón. De ahí que sus fundamentos están secos y no tienen virtud alguna y viven únicamente sus palabras, pero sus obras están muertas. Esos tales no están ni vivos ni muertos. Son, pues, semejantes a los que dudan, pues realmente los que dudan no están ni verdes ni secos, porque ni viven ni están muertos. Porque al modo que las plantas que los representan, apenas vieron el sol, se secaron, así los vacilantes, apenas oyen el nombre de persecución, se entregan por su cobardía a la idolatría y se avergüenzan de su Señor. Estos, pues, ni viven ni están muertos. Sin embargo, también estos, en el caso de que se arrepintieren, podrán vivir; pero si no se arrepienten, ya están en las manos de las mujeres que han de quitarles la vida.

22. Los que creyeron, del quinto monte, que tenía hierbas verdes, pero era escabroso, son aquellos que, si bien fieles, son, sin embargo, indóciles, arrogantes y procuran agradarse a sí mismos, dándose aires de saberlo todo, cuando en realidad nada saben absolutamente. En castigo de esa presunción suya, se apartó de ellos la prudencia y les entró la loca insensatez. Y, sin embargo, se venden a sí mismos por sabios y pretenden ser maestros por su propia cuenta, cuando no son más que unos necios... Por esta altanería, muchos de ellos, mientras se exaltan a sí mismos, se han encontrado con las manos vacías, pues la arrogancia y vana presunción son un gran demonio. De estos, pues, muchos fueron desechados; otros, sin embargo, hicieron penitencia y creyeron y se sometieron a los que tienen prudencia, dándose cuenta de su propia necedad. También a los demás de esta clase se les ofrece la penitencia, pues no fueron realmente malos, sino locos y necios. Así, pues, en caso de que se arrepientan, vivirán para Dios; pero de no arrepentirse, habitarán con las mujeres, que ejercitarán su maldad sobre ellos.

23. Los que creyeron, del sexto monte, que tenía quebradas grandes y pequeñas y en las quebradas hierbas marchitadas por el sol, son, los de las quebradas menores, los que tienen algo unos contra otros y por causa de sus murmuraciones están marchitos en la fe. Sin embargo, muchos de ellos se arrepintieron y los demás se arrepentirán también cuando oyeren mis mandamientos; pues, en efecto, sus murmuraciones son menudas y se arrepentirán rápidamente. Pero los que se hayan en las grandes hendiduras, son los pertinaces en sus murmuraciones y que guardan rencores en sus

iras de unos con otros. Estos, por tanto, fueron arrojados lejos de la torre y reprobados para su construcción. Esos, pues, difícilmente vivirán. Si el que es Dios y soberano nuestro, dominador del universo y que tiene poder sobre toda su creación, no guarda rencor a los que confiesan sus pecados, sino que se les muestra propicio; ¿un hombre corruptible y lleno de pecados lo guardará a otro hombre, como si estuviera en su mano perderle o salvarle? Yo os lo digo, el mensajero de la penitencia: “Cuanto tenéis ese propósito, abandonadlo y arrepentíos, y el Señor pondrá remedio a vuestros pecados pasados, con la condición de que os limpiéis de este demonio. En caso contrario, seréis entregados a él para la muerte”.

24. Los que creyeron, del séptimo monte, en que había hierbas verdes y lozanas y todo él era fértil y todo género de rebaños y aves del cielo se alimentaban de sus plantas y las plantas de que se alimentaban cobraban nueva lozanía, son los que siempre fueron sencillos, inocentes y dichosos, sin discusión ninguna entre sí, sino gozosos siempre con los siervos de Dios y revestidos del santo espíritu de estas vírgenes, llenos siempre de misericordia para con todos los hombres, y que a todos repartieron del trabajo de sus manos sin reproche y sin regateo. Así, pues, viendo el Señor su simplicidad y toda su inocencia, les multiplicó lo obtenido por el trabajo de sus manos y les ha concedido su favor en todas sus obras. Ahora les digo yo, el mensajero de la penitencia, a los que sois tales: “Permaneced así y jamás será borrada vuestra estirpe. Porque el Señor os aprobó y os inscribió en nuestro número y toda vuestra descendencia habitará con el Hijo de Dios, ya que habéis recibido de su Espíritu”.

25. Los que creyeron, del monte octavo, en que había muchas fuentes y toda la creación del Señor se abrevaba en aquellas fuentes, son los apóstoles y maestros que predicaron por todo el mundo y enseñaron santa y castamente la palabra del Señor, sin desviarse absolutamente nada hacia el mal deseo, sino caminando siempre en la justicia y la verdad, pues recibieron el Espíritu Santo. A estos, por tanto, les pertenece entrar en compañía de los ángeles.

26. Los que creyeron, del noveno monte, el que estaba yermo y tenía reptiles y fieras que matan a los hombres, son los ministros que se mancharon a sí mismos, administrando mal y saqueando la vida de las viudas y de los huérfanos y atesorando para sí lo que recibieron para administrar. Ahora, pues, si se obstinan en su codicia, dense por muertos, sin esperanza alguna de vida; pero si se convirtieren y cumplieren santamente su ministerio, podrán vivir. Los escabrosos son los que renegaron del Señor y no se han convertido a Él, sino que, endurecidos y estériles, no se juntan

con los santos, sino que, por sí mismos, destruyen sus propias almas. Porque de igual manera que una viña, abandonada dentro de una cerca, si se deja de cultivar se destruye y queda estéril, sofocada por las hierbas, y andando el tiempo se torna silvestre, sin utilidad ya para su dueño; así también esos hombres pierden toda esperanza y se vuelven inútiles para su Señor al hacerse salvajes. A estos, pues, se les concede la penitencia, siempre que no se compruebe que han negado de corazón; pero si ve que alguno ha renegado de corazón, no sé si puede vivir. Esto, sin embargo, no lo digo para estos días, para que si alguno ha renegado tome la penitencia, porque es imposible que se salve quien ahora esté para negar a su Señor. En cambio, para aquellos que le negaron hace mucho tiempo, parece posible que se les propone la penitencia. Así, pues, si alguno ha de arrepentirse, que se dé prisa antes de que se termine la torre. En caso contrario, será destruido por las mujeres para la muerte.

Y las piedras pequeñas, son los engañosos y murmuradores. Y estos son las fieras que viste en el monte. Porque como las fieras matan con su veneno y destruyen al hombre, así las palabras de estos matan y destruyen al hombre. Estos, pues, son pequeños en su fe por la obra que tienen en sí mismos. Sin embargo, algunos se arrepintieron y se salvaron. Y también los demás, aun siendo tales, pueden salvarse, en caso de que se arrepientan. Pero si no se arrepintieren, morirán a manos de aquellas mujeres pro cuyo poder son poseídos.

27. Los que creyeron, del monte décimo, donde había árboles que daban sombra a ciertas ovejas, son obispos y hospitalarios. Estos recibieron en todo tiempo y de buena gana a los siervos de Dios en sus casas y sin engaño. En cuanto a los obispos, protegieron también con su ministerio, sin falta, a los necesitados y a las viudas y se portaron siempre santamente. Todos estos, por tanto, serán también protegidos por el Señor en todo tiempo. Así, pues, todos los que así han obrado, son gloriosos ante el Señor y su puesto es ya con los ángeles, si perseveran hasta el fin sirviendo al Señor.

28. Los que creyeron, del monte undécimo, donde había árboles llenos y adornados de variados frutos, son los que padecieron por el nombre del Hijo de Dios, los que sufrieron con ánimo pronto, de todo corazón, y entregaron sus vidas.

—Entonces, señor —le dije yo—, ¿por qué todos los árboles tienen frutos, pero unos son más hermosos que otros?

—Escucha —me respondió. Cuantos un día sufrieron por el Nombre, son gloriosos delante de

Dios y a todos se les perdonaran sus pecados por el hecho de haber padecido por el nombre del Hijo de Dios. Pero por qué los frutos de ellos son variados y algunos más excelentes, escúchalo. Todos aquellos que llevados ante la autoridad fueron interrogados y no negaron, sino que padecieron animosamente, son los más gloriosos ante el Señor. El fruto de estos descuella sobre los otros. Pero los que fueron cobardes y estuvieron en dudas y calcularon en sus corazones si negarían o confesarían, pero con todo padecieron, llevan frutos menores, por haber entrado en su corazón este pensamiento. Malo es, en efecto, que un esclavo piense en negar a su propio señor. Vigilad, pues, los que tenéis tales pensamientos, que no perseveren en vuestros corazones y muráis para Dios. Pero vosotros, los que sufrís por causa del Nombre, debéis glorificar a Dios, porque os tuvo por dignos de que llevarais este Nombre y fueran curados todos vuestros pecados. Teneos por bienaventurados y pensad que hacéis una obra grande cuando alguno de vosotros sufre por Dios. El Señor os da entonces la vida y no lo comprendéis. Porque vuestros pecados se habían agravado y, si no hubierais padecido, por causa del nombre del Señor, hubierais por vuestros pecados muerto para Dios. Esto os lo digo a vosotros, a los que andáis en balanzas de si negaréis o confesaréis. Confesad que tenéis Señor, no sea que, si lo negáis, seáis metidos en la cárcel. Si los gentiles castigan a sus esclavos cuando alguno niega a su señor, ¿qué pensáis que hará el Señor con vosotros, Él, que tiene potestad sobre todos? Quitad de vuestros corazones esos pensamientos, a fin de que viváis por siempre para Dios.

29. Los que creyeron, del monte duodécimo, que era blanco, son los que viven como niños pequeños, en cuyo corazón no entra malicia alguna ni saben qué cosa sea la maldad, sino que perseveraron siempre en la sencillez. Estos, por tanto, habitarán sin género de duda en el reino de Dios, porque no mancillaron con obra alguna los mandamientos de Dios, sino que perseveraron con sencillez en el mismo sentir durante todos los días de su vida. Así, pues —dijo—, todos aquellos que perseveréis y seáis como niños sin malicia, seréis más gloriosos que todos los anteriormente mencionados, pues todos los niños son gloriosos ante Dios y los primeros en su presencia. Bienaventurados, pues, los que quitéis de vosotros toda malicia y os revistáis de inocencia, pues viviréis como los primeros para Dios.

Las últimas piedras

Cuando hubo terminado con las comparaciones de los montes, le dije:

—Señor, explícame ahora acerca de las piedras que fueron tomadas de la llanura y puestas en la construcción, en lugar de las que fueron retiradas de la torre; igualmente, sobre las redondas que entraron en la construcción y las que siguieron siendo redondas.

30. —Escucha —me contestó— acerca de todo esto. Las piedras que fueron tomadas del campo y colocadas en la construcción de la torre en lugar de las reprobadas, son las raíces o pie de este monte blanco. Puesto que los que creyeron de este monte blanco fueron todos hallados inocentes, mandó el Señor de la torre que estas piedras, de la raíz de este monte, fueran todas metidas en la construcción de la torre, porque sabía que si estas piedras entraban en la construcción de la torre, todas permanecerían brillantes y ninguna se ennegrecería. Ahora bien, si hubiera añadido piedras de los otros montes, hubiera necesitado visitar otra vez la torre y limpiarla. En cambio, estas fueron halladas todas blancas, lo mismo los que ya han creído, como los que han de creer, pues todos son de la misma naturaleza. Feliz raza esta, pues es inocente.

Escucha ahora acerca de las piedras redondas y brillantes. También estas son todas de este monte blanco. Pero oye por qué fueron halladas redondas. Es que sus riquezas las oscurecieron y ofuscaron un tanto de la verdad; sin embargo, nunca se apartaron de Dios ni salió de su boca palabra mala, sino toda equidad y virtud de verdad. Como viera, pues, el Señor la mente de ellos, y que podían todavía favorecer a la verdad y permanecer justos, mandó que se les recortaran sus riquezas, sin que les fueran, no obstante, quitadas del todo, a fin de que pudieran hacer algún bien con lo que les quedaba. Y vivirán para Dios, puesto que son de buena casta. Por eso, pues, fueron recortadas un poco y puestas en la construcción de esta torre.

31. Pero las demás, que siguieron siendo redondas y no se ajustaron a la construcción, porque todavía no habían recibido el sello, fueron restablecidas en su lugar, por haber sido encontradas demasiado redondas. Pero es preciso que se recorte de ellas este siglo y las vanidades de sus riquezas, y entonces se adaptarán al reino de Dios. Porque necesario es que entren en el reino de Dios, dado que el Señor ha bendecido a esta raza inocente. Por tanto, nadie de esta raza perecerá. Porque, aun dado el caso que alguno, tentado por el diablo perversísimo faltare en algo, recurrirá prontamente a su Señor. Por bienaventurados os tengo a todos, yo mensajero de la penitencia, cuantos sois inocentes como niños, porque vuestra herencia es buena y gloriosa ante Dios.

Exhortación final

Pero les digo a todos cuantos habéis recibido este sello: “Guardad la sencillez y no tengáis memoria de las injurias ni persistáis en vuestra malicia, ni en la memoria de las ofensas amargas, sino que el espíritu more en cada uno y llenéis estas malas hendiduras y las quitéis de vosotros, a fin de que el dueño del rebaño se complazca en él. Y se complacerá, ciertamente, si lo encontrare todo sano. Pero si algo encontrare disipado, ¡ay de los pastores! Ahora bien, si los pastores mismos están disipados, ¿qué responderán por este rebaño? ¿Acaso alegrarán que fueron maltratados por el rebaño? No se les dará crédito, pues es cosa increíble que un pastor sufra de parte de su rebaño. Y por su mentira, se le castigará más duramente. También yo soy pastor y tengo que dar cuenta rigurosísima de vosotros.

32. Corregíos, pues, mientras se está todavía edificando la torre. El Señor mora en los hombres que aman la paz; pues Él ama la paz; muy lejos, en cambio, está de los contenciosos y perdidos de malicia. Devolvedle, pues, entero el espíritu, tal como lo recibisteis. Si tú dieras al lavandero un vestido nuevo e intacto, intacto lo quieres también recibir. Pero si el lavandero te lo vuelve roto, ¿acaso lo querrás recibir? ¿No te irritarás al instante y se lo echarás en cara, diciéndole: “Yo te entregué intacto el vestido, ¿por qué lo has roto y me lo has echado a perder? Pues por el rasguño que en él has hecho, ya no vale para nada”. ¿Acaso no dirás todo eso al lavandero por la rotura de tu vestido? Si, pues, así te dueles tú por tu vestido y te quejas de no recibirlo entero, ¿qué piensas que hará contigo el Señor, que te entregó íntegro su espíritu y tú lo echaste todo a perder, de modo que ya no sirve para nada a su Señor? Porque desde el momento en que fue por ti corrompido, dejó de servir para su Señor. ¿Acaso, pues, el Señor no te condenará a muerte por haber hecho esto a su espíritu?

—Ciertamente —dijo— a cuantos hallare que guardan memoria de las injurias, los condenará a muerte.

—No pisoteéis —dijo— su misericordia, sino más bien glorificadle, porque Él es tan paciente con vuestros pecados y no es como vosotros. Haced, pues, penitencia provechosa para vosotros.

33. Todas estas cosas anteriormente escritas las mostré y hablé yo, el Pastor, mensajero de la penitencia, a los siervos de Dios. Así, pues, si creyereis y oyereis mis palabras, y anduviereis en ellas y corrigiereis vuestros caminos, podréis vivir; pero si permaneciereis en la malicia y recuerdo de las ofensas, nadie de estos vivirá para Dios. Todo esto que tenía que decir, está ya dicho.

Me dijo entonces el Pastor mismo:

—¿Ya me lo has preguntado todo?

—Todo, señor —le contesté.

—¿Por qué, pues, no me preguntaste acerca de la figura de las piedras que fueron restablecidas en la construcción y cómo llenamos sus figuras?

—Me había olvidado, señor —contesté.

—Oye ahora sobre ellas —me dijo—. Estas representan a los que oyeron ahora mis mandamientos y de todo corazón hicieron penitencia, y como viera el Señor que su penitencia era buena y pura y que podrían perseverar en ella, mandó que les fueran borrados sus pecados pasados. Porque estas figuras representaban los pecados de ellos y fueron borrados para que no se vieran.

DÉCIMA COMPARACIÓN

Mirando hacia atrás

Después de que hube yo escrito este libro, vino a mi casa aquel ángel, que me había entregado a este Pastor, y se sentó sobre la cama y se colocó a su derecha el Pastor. Luego, me llamó y me dijo:

—Yo te entregué a ti y a tu familia a este Pastor, para que puedas ser protegido por él.

—Así es, señor —respondí yo.

—Si quieres, pues —me dijo—, ser protegido de toda molestia y de toda crueldad y prosperar en toda obra y palabra buena y poseer toda virtud de justicia, camina en los mandamientos que te di por este y podrás dominar toda iniquidad. Porque si guardas los mandamientos de este, te estará sometida toda codicia y dulzura de este siglo, y te acompañará la prosperidad en toda empresa buena. Toma su seriedad y modestia y di a todos que él goza de gran honor y dignidad delante del Señor y que está al frente de gran poder y que es poderoso en su oficio. A este solo se le ha concedido el poder sobre la penitencia en todo el mundo. ¿No te parece que es poderoso? Vosotros, sin embargo, menosprecias su seriedad y la moderación que muestra con vosotros.

2. Le dije entonces:

—Pregúntale, señor, a él mismo, si desde el día en que entró en mi casa he hecho nada desordenado, en que le haya ofendido.

—También ve sé —me respondió— que nada has hecho desordenado ni lo harás. Y justamente hablo contigo a fin de que perseveres, ya que él me habló bien de ti. Pera tú di estas cosas a los demás, a fin de que aquellos que hicieron o han de hacer penitencia, tengan tus mismos sentimientos y este me hable a mi bien de ellos, y yo, ante el Señor.

—Por mi parte, señor —respondí—, a todo el mundo pregonó estas maravillas del Señor y espero que todos aquellos que antes pecaron, si esto oyen, han de arrepentirse y recobrar su vida.

—Persevera, pues —me dijo—, en este ministerio y llévalo hasta el fin... Y cualquiera que practicare los mandamientos dados por él, tendrá vida, y él, gran honor ante el Señor. Pero todos los que no guardan los mandamientos dado por él, huyen de su vida y van en contra de él y no siguen sus mandamientos, sino que se entregan a la muerte y cada uno se hace reo de su propia sangre. A ti, en cambio, te intimo que sirvas a estos mandamientos y tendrás remedio para tus pecados.

Las vírgenes ayudadoras

3. Te he enviado también estas vírgenes para que habiten contigo, pues sé que se te mostraban afables. Las tendrás, pues, como ayudadoras, a fin de que puedas observar mejor los mandamientos dados por él; pues sin ellas, no es posible que estos mandamientos se observen. Veo, por otra parte, que ellas están contentas de estar contigo. y yo les mandaré que nunca se aparten de tu casa. Tú procura sólo tener limpia tu casa, pues en una casa limpia habitarán con gusto. Ellas, en efecto, son limpias, castas e ingeniosas, y todas tienen gracia ante el Señor. Así, pues, si hallan tu casa limpia, se quedarán contigo; pero si se produce un poco de suciedad, al punto se retirarán de tu casa, pues estas vírgenes no soportan mancha alguna.

Le dije yo:

—Espero, señor, que les daré gusto, de modo que habiten de buena gana conmigo, y como este, a quien me entregaste, no tiene queja contra mí, así tampoco la tendrán aquéllas.

Le dijo entonces al Pastor:

—Veo que este siervo de Dios quiere vivir y que ha de guardar estos mandamientos y colocar a estas vírgenes en una habitación limpia.

Dicho esto, de nuevo me entregó a aquel Pastor y llamó a las vírgenes y les dijo:

—Pues veo que habitáis con gusto en esta casa, os lo encomiendo, a él y a su familia, a fin de

que no salgáis en absoluto de su casa.

Y ellas oyeron complacidas estas palabras.

4. Me dijo luego a mí:

—Pórtate varonilmente en este ministerio, publica a todo el mundo las magnificencias del Señor y alcanzarás gracia en este ministerio. Cualquiera, pues, que caminare en estos mandamientos, vivirá y será dichoso en su vida. Manda a todos que no cesen de obrar el bien, en cuanto tengan la ocasión de hacerlo. Provechoso es para ellos el practicar buenas obras. Por mí parte, os digo que es necesario que todo hombre se vea libre de sus calamidades. Porque el que vive necesitado y sufre miserias en su vida cotidiana, está en gran tormento y angustia. Por tanto, el que libra el alma de alguien como este de su angustia, se adquiere un gran gozo. Porque quien se halla en tal calamidad, sufre tormento semejante al del que está en la cárcel, pues hay muchos que al no poder soportar tamañas calamidades, se dan la muerte a sí mismos. Por tanto, el que sabe de la calamidad de este hombre y no le libra, comete un gran pecado y se hace reo de la sangre de él. Haced, pues, buenas obras todos los que recibisteis riqueza del Señor, no sea que, si tardáis, se termine la construcción de la torre. Porque, por consideración vuestra fue interrumpida la obra de su construcción. Así, pues, si no os dais prisa en hacer el bien, se terminará la torre y quedaréis excluidos.

Cuando hubo terminado de hablar conmigo, se levantó de la cama, y, en compañía del Pastor y de las vírgenes, se fue, no sin advertirme que me enviaría al Pastor y a las vírgenes a mi casa.

0-0-0-0-0-0

Fuente
Padres Apostólicos
El Pastor de Hermas
Introducción y versión por el P. Daniel Ruiz Bueno
Librería Parroquial de Clavería, S. A. de C. V. México. 1947

Adaptación y presentación realizada por
Luis Mariano Salazar Mora